

TerBi

Revista de la Asociación Vasca
de Ciencia-Ficción, Fantasía y Terror

Nº 11
Junio
2016

Especial VI Concurso de Relato
Temático: “Religiones”

Con el relato ganador: *Baghdad*
de *Alfredo Moreno Vozmediano*

Incluye los 5 relatos finalistas

Bajo un mismo cielo de *David Luna Lorenzo*

El aquelarre- de *Ferrán Varela Navarro*

El Dios Púrpura de *Antonio Sancho Villar*

La novicia de *Leonardo Roperó Serrano*

El último número de la Meta-Revista

Interplanetaria Asteroidal de *Mario Daniel Martín*

TerBi

Asociación Vasca de Ciencia-Ficción, Fantasía y Terror

Especial V Concurso TerBi de Relato Temático

Sumario

- Fallo del VI PREMIO TEMÁTICO “Religiones” TerBi 2016 de Ciencia-Ficción, Fantasía y Terror”-----pág. 3
- Relatos del Concurso TerBi**
- Bagdad ----- *Alfredo Moreno Vozmediano*-----pág. 4
- Bajo un mismo cielo----- *David Luna Lorenzo*-----pág. 21
- El aquelarre----- *Ferrán Varela Navarro*-----pág. 32
- El Dios Púrpura----- *Antonio Sancho Villar* -----pág. 48
- La novicia ----- *Leonardo Roperó Serrano* -----pág. 60
- El último número de la Meta-Revista Interplanetaria Asteroidal ----- *Mario Daniel Martín* -----pág. 73

Han elaborado este número

- *Ricardo Manzanaro*
- *Joserra Vila*

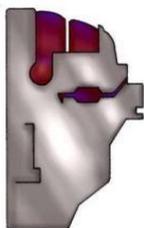
Imagen de la portada extraída de pixabay con licencia Creative Commons CC0

Los autores mantienen los derechos de sus obras.



safe creative

[Creative Commons Reconocimiento-NoComercial-SinObraDerivada 3.0](https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/3.0/)



Fallo del VI Premio TerBi de Relato

Temático 2016 “Religiones”

En Bilbao, día 7 de Mayo del año 2016, se hace público el fallo del "VI PREMIO TerBi 2016 de Ciencia-Ficción, Fantasía y Terror" con el TEMA: “Religiones”.

Tras deliberación, el jurado del premio acuerda:

Primero - Conceder el **VI PREMIO TerBi 2016**, dotado con un trofeo conmemorativo, obra de Ángel Rodríguez sobre un diseño de Ricardo Manzanaro, así como varios libros de la colección “Espiral Ciencia Ficción” donados por su editor Juan José Aroz, al relato titulado “**Baghdad**” recibido bajo el seudónimo de “**Bard Yoon**”. Una vez abierta la plica, resulta ser su autor *Alfredo Jesús Moreno Vozmediano* (Almería).

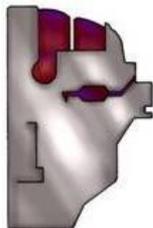
Segundo - Declarar como finalistas por igual a los siguientes relatos: “Bajo un mismo cielo” de *David Luna Lorenzo* (Toledo), “El aquelarre” de *Ferrán Varela Navarro* (Barcelona), “El dios púrpura” de *Antonio Sancho Villa* (Sevilla) y “La novicia” de *Leonardo Roperó Serrano* (León).

Tercero – El jurado menciona asimismo el relato titulado “El último número de la Meta-Revista Interplanetaria de Minería Asteroidal” de *Mario Daniel Martín* (Australia)

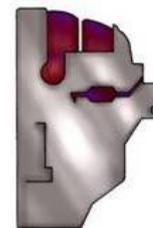
De acuerdo con las bases del concurso, se acuerda la publicación del relato ganador y de los relatos arriba mencionados en el próximo número del fanzine de la TerBi

En esta ocasión, se han recibido 100 relatos. La TerBi, Asociación Vasca de Ciencia Ficción Fantasía y Terror agradece el interés mostrado por los autores que han enviado un relato para el certamen, e invita a todos los escritores a participar en la próxima edición, cuyas bases se publicarán en el último trimestre de 2016.





VI PREMIO TerBi 2016 de Ciencia-Ficción, Fantasía y Terror



Baghdad

Alfredo Moreno Vozmediano

La primera comida después de un hipersueño siempre es frustrante. La Doctora

Kinsay y el capitán Wong discutían sobre ello tomando el frugal refrigerio:

—Doctora, me comería un buey ahora mismo.

—Ya sabe usted que no puede hacerlo.

—Sí, sí, lo sé. El aparato digestivo necesita habituarse al alimento de nuevo. Pero hace siglos que se perfeccionó el viaje interestelar. ¿Cómo es que nadie ha descubierto el modo de evitar este efecto secundario tan molesto?

—El organismo humano es una máquina muy compleja, resistente y delicada al mismo tiempo.

—¿Y si introdujéramos comida directamente en el aparato digestivo durante el hipersueño?

—Capitán, el metabolismo se ralentiza hasta casi la muerte clínica en estado de hipersueño. El proceso de la digestión en esas condiciones se prolongaría durante días o meses, y el alimento acabaría por descomponerse en el estómago antes de ser digerido. Créame, sufrir una gastroenteritis aguda en mitad del viaje no es algo que ni a usted ni a mí nos apetezca experimentar.

1

Wong asintió y sonrió. Florence Kinsay se sonrojó un poco bajo su piel aceitunada. Le gustaba el capitán Wong. Era más joven que ella, pero se había curtido en las revueltas de carroñeros del sector Cygnus y tenía ese aire resuelto y algo cínico del que ha visto la muerte de cerca. Probablemente él había temido, cuando lo seleccionaron para dirigir esta misión, que le asignaran algún estirado pez gordo del Comité Médico, pero ninguno quiso jugarse el pellejo viajando hasta los confines de la Galaxia con un propósito tan dudoso.

La puerta del comedor se abrió con un zumbido. Aparecieron las figuras desgarbadas de Albus Zoetrope y Helda Minsky. El capellán estaba pálido y ojeroso, y se quedó

paralizado al entrar, como si acabara de recordar que había dejado a alguien encerrado en la cámara frigorífica.

—¿Están comiendo? —preguntó incrédulo—. ¿Sin esperar a la ceremonia?

—Técnicamente no estamos comiendo, capellán —mintió Wong—. Solo tomábamos una bebida isotónica para combatir el mareo.

—Ha sido por prescripción médica —lo apoyó la doctora Kinsay con un gesto de complicidad.

El capellán Zoetrope apretó los labios en un rictus que no dejaba lugar a dudas sobre lo poco que lo convencían esas explicaciones.

—Saben de sobra que la primera comida después del hipersueño debe hacerse de la forma correcta. De otro modo los dioses...

—Esto no es una comida —lo interrumpió Wong, de pronto muy serio—. Ya se lo he dicho. Estamos ingiriendo un medicamento por prescripción médica.

El silencio que siguió fue tan espeso como la gelatina. La doctora Kinsay miró a Wong y le pareció que, bajo la máscara de capitán hosco, estaba a punto de sonreír. Por eso se animó a decir:

—¿Quieren un poco? —y acercó la botella medio vacía y un par de vasos limpios hacia los recién llegados.

El capellán Zoetrope y su acompañante, Helda Minsky, la historiadora más reputada de Términus, se sentaron sin decir nada más y sin aceptar la bebida que les ofrecían, aunque el capellán continuó mirando con gesto reprobatorio a Wong. Aún tuvieron que esperar unos minutos más hasta que llegó el resto de la tripulación: Gonsález, la jefa de ingenieros, con su ayudante Zynks, y Piotr Delacour, el piloto. Todos tomaron asiento alrededor de la mesa de polímero blanco y guardaron silencio a la espera de que comenzase la ceremonia.

—Bien —dijo el capitán Wong—. Creo que estamos todos. No hace falta que les recuerde para qué estamos aquí. Lo que sí haré es confirmarles que el viaje ha transcurrido, por lo que parece, sin contratiempos, y que hemos sido despertados del hipersueño en el momento previsto por el plan de vuelo. Nos encontramos ahora mismo a menos de cinco minutos luz de distancia del tercer planeta del sistema S169A-G2, en el sector de Orión, lo que quiere decir que entraremos en órbita dentro de pocas horas y podremos iniciar el descenso tras las comprobaciones de seguridad oportunas.

»Supongo que todos están hambrientos, de modo que cedo la palabra al capellán Zoetrope para que inicie la ceremonia.

Todas las cabezas se giraron hacia el rostro ceñudo del capellán. Era el único vestido con una túnica blanca en lugar de con el uniforme reglamentario. Elevó las manos sobre la cabeza y comenzó a recitar:

—Dioses de Arda, os damos las gracias por los alimentos que vamos a recibir. Vosotros, pobres pecadores, decidme: ¿cuál es el número?

—Siete —contestaron todos al mismo tiempo.

—Uno —dijo el capellán, y se detuvo. El bot de servicio, con un aspecto que recordaba al de una mesa camarera con garras adosadas a los lados, apareció por la puerta de la alacena transportando una bandeja de comida. La depositó con precisión exquisita delante del capitán. Cuando hubo desaparecido, Zoetrope continuó: —Dos —el mismo bot repitió el gesto, llevando la comida a la historiadora Helda Minsky. El capellán contó hasta siete, y en cada ocasión el bot llevó una bandeja de comida a cada uno de los ocupantes de la mesa.

Cuando todos estuvieron servidos, Zoetrope extrajo un pliego de papel troquelado, de los que ya solo se veían en los museos, de un bolsillo de su túnica y, empleando una vetusta pluma estilográfica, escribió en el papel: «la suma es 28».

—Dioses de Arda, hemos calculado la suma según vuestros designios —dijo en voz alta, poniendo el papel en el centro de la mesa—. Ahora podemos comer.

—Pues ya lo han oído —dijo Wong en un tono mucho más distendido, y destapó su bandeja para dar cuenta de la comida. Todos lo imitaron, y durante un rato no se oyó nada más que el tintineo de las cucharas sobre los platos y la succión de las cañas.

—¿Qué estamos comiendo, doctora? —preguntó Jon Zynks, el mecánico, con la boca llena.

—Un preparado a base de proteína estructural e hidratos de carbono complejos.

—A mí me parece papilla de frutas.

—Bueno, tiene que ser fácil de digerir. Ya sabe, el aparato digestivo también tiene derecho a despertar poco a poco.

—Por cierto, nadie podrá bajar a tierra hasta que sus tripas se hayan despertado del todo —dijo el capitán Wong—. Órdenes de la oficial médico.

—¿A qué se refiere con *despertar del todo*, capitán?

—A que no solo empiece a entrar comida, sino también a salir.

El resto del almuerzo transcurrió entre bromas de dudoso gusto acerca este particular. Todos participaron compartiendo anécdotas y risas, excepto el capellán Zoetrope, que comía en silencio observando la escena con el ceño fruncido.

Al terminar, la doctora realizó un chequeo rutinario a todos los tripulantes. La nave se aproximó a su destino y Gonsález y Zynks pusieron a punto el transbordador de descenso. Poco después entraron en órbita y se reunieron en el puente. Allí pudieron contemplar el mundo que se tendía a sus pies a través de la holopantallas tridimensionales. Era un planeta anodino, del habitual color azul con salpicaduras marrones aquí y allá, y evidente actividad atmosférica en forma de nubes blancas que se arremolinaban en bloques dispersos.

—¿Seguro que es este el planeta que buscamos? —se le ocurrió preguntar a Zynks.

Era la pregunta que muchos de los otros se hacían pero no se atrevían a verbalizar.

—Desde luego —dijo Minsky, la historiadora—. Este es el planeta de las leyendas. El origen de la especie humana. Estoy segura. Llevo toda mi carrera investigando sobre ello.

De nuevo Zynks hizo gala de una proverbial falta de tacto para decir en voz alta lo que los otros estaban pensando:

—Pues a mí me parece un planeta normal y corriente.

—Pero no lo es —dijo el capellán Zoetrope con voz cortante, y hasta Zynks comprendió que no era prudente insistir más.

Minsky observó la imagen tridimensional y la comparó con sus notas. Señaló un punto concreto situado al norte de una franja de tierra casi rectangular rodeada de manchas azules, y dijo:

—Este es el lugar, capitán. Debemos aterrizar ahí.

—¿Está segura?

—Completamente. Treinta y tres grados al norte del ecuador. Su forma es muy característica, ¿lo ven? Esas dos lenguas de mar entrando desde el sur, ese estrecho de forma caprichosa al suroeste, los grandes lagos al norte... Ese es el lugar, sin ninguna duda.

He leído las fuentes antiguas y todas coinciden. La civilización humana se originó ahí.

El capitán Wong ordenó lanzar una sonda de reconocimiento hacia el lugar señalado por la historiadora. La atmósfera inferior resultó contener una concentración de nitrógeno, oxígeno y otros gases idónea para la vida, aunque la temperatura en la superficie, cerca del lugar donde tenía previsto aterrizar, era de casi cuarenta grados Celsius.

—Vamos a pasar un poco de calor —dijo—, pero sobreviviremos.

—Habrá que doblar las raciones de líquidos —apuntó Kinsay.

—Ocúpese de ello, doctora —dijo Wong—. Gonsález, ¿el transbordador está listo?

—Sí, capitán.

—Bien. Pietr, establezca la órbita sobre ese lugar y ponga la nave en automático. Seguimos adelante. Les quiero a todos preparados en el muelle dentro de treinta minutos con la equipación de campaña. Esta noche cenaremos ahí abajo.

El capellán Zoetrope y la historiadora Minsky fueron los primeros en entrar en el muelle, puesto que no tenían ninguna tarea específica asignada que llevar a cabo antes del descenso. Cuando la doctora Kinsay llegó con su equipo de campaña, se extrañó al ver que Zoetrope ni siquiera se había cambiado de ropa. Como estaban cuchicheando en un rincón, se quedó un poco apartada para no inmiscuirse en la conversación pero, aún así, pudo escuchar retazos sueltos.

—¿...pero podemos estar seguros de que es correcto?

—Yo estoy seguro.

—No sé, capellán. Esas instrucciones pueden interpretarse de tantas maneras.

—Muchos teólogos más sabios que usted o que yo lo han hecho antes. El Concilio de Ómicron Persei 9 dejó clara cuál es la única interpretación verdadera.

—Pero esto ya no es un juego intelectual ni de alianzas de poder. Ahora estamos a punto de encontrar el posible origen de estos documentos.

—Ya se lo he dicho, Minsky —había un deje de impaciencia en la voz de Zoetrope

—. El dogma establece que...

—¡Déjese de dogmas! —gritó Minsky, de pronto muy nerviosa. Miró alrededor.

Florence fingió que estaba muy interesada en inspeccionar su botiquín de emergencia. Minsky bajó la voz y continuó: —Lo que quiero decir es que los académicos nunca se han puesto de acuerdo sobre el verdadero significado de esas escrituras.

—Porque ustedes no están iluminados por la luz de la fe.

Florence miró de reojo a las dos figuras envaradas. Minsky tenía las mejillas encendidas y parecía a punto de replicar algo. Zoetrope la miraba altivo, casi con desprecio. Al final, la historiadora decidió que no merecía la pena continuar con la discusión, y se apartó del capellán. Florence aún pudo ver como este guardaba unos documentos de aspecto muy antiguo en los bolsillos de su túnica.

Como no había nadie más allí, Minsky se acercó a Florence.

—Hola —saludó la doctora.

—Hola.

—¿Está usted bien?

—Sí.

—Le tiemblan las manos.

Minsky se las miró. En efecto, sus dedos pálidos estaban temblorosos. Apretó los puños en un gesto de rabia.

—Es solo que... Ese viejo cabezota... —farfulló en voz baja—. Es incapaz de apreciar la más mínima fisura en sus malditos dogmas. No se da cuenta de que en ellos puede haber tanto de realidad como de leyenda.

—Bueno, corríjame si me equivoco, pero ese es su trabajo, ¿no? Por eso nos obligaron a traerlo. Para no enfurecer a los dioses contraviniendo sus deseos. No sé, dándonos un banquete de papilla de frutas sin hacer antes la ceremonia, por ejemplo.

Minsky sonrió débilmente.

—Sí, supongo que sí. ¿Usted qué piensa de eso?

—¿A qué se refiere?

—A los dioses. ¿Cree realmente que estarán ahí abajo?

La doctora Kinsay fue quien sonrió ahora. Fue una sonrisa triste.

—Yo no creo en leyendas, Minsky. Pero, si los encontramos, los saludaré educadamente.

Minsky la miró entre divertida y escandalizada.

—Oiga —dijo Florence al cabo de un rato—, esos papeles que lleva el capellán encima... ¿son las escrituras sagradas? ¿Las auténticas?

—No, las auténticas no, desde luego —dijo Minsky—. Son demasiado valiosas como para llevarlas en un bolsillo. Pero nunca había visto un facsímil tan bien hecho. Incluso han imitado a la perfección el troquelado de los laterales.

Hubo un tumulto en un extremo y Gonsález y Zynks salieron del interior del transbordador, que descansaba en la penumbra de un rincón del muelle sostenido sobre sus soportes metálicos. Era una sencilla nave de descenso, capaz de bajar hasta la superficie de un planeta a un equipo de un máximo de doce personas y de regresar con ellos a la nave nodriza, siempre dentro de unos límites razonables de presión atmosférica y atracción gravitatoria.

—Revisada y a punto —dijo Gonsález, limpiándose las manos con un trapo grasiento—. ¿Dónde está el capitán?

—Estoy aquí.

Wong entraba en el muelle en ese preciso momento, acompañado del piloto. La doctora Kinsay miró su reloj. Habían pasado exactamente treinta minutos desde que el capitán los citó.

—¿Estamos todos? —dijo Wong—. Ya veo que sí. Capellán, no lleva puesta la ropa de campaña.

—No la necesito —respondió Zoetrope, que no había abandonado la expresión altiva que había usado con Minsky.

—Claro que sí. No es seguro bajar a un planeta desconocido con esa ropa.

—Eso de ahí abajo no es un planeta desconocido. Es el planeta donde viven los dioses.

Wong no perdió la compostura. Sabía que este momento iba a llegar antes o después.

—Eso está por ver —dijo—. Pero, mientras tanto, yo soy el capitán de la nave y tomo las decisiones que considero oportunas para preservar la seguridad de mi tripulación.

—Su capacidad de mando está muy por debajo de los designios de los dioses. Ellos dejaron claro en las escrituras cómo debíamos vestir los defensores del dogma. No espero que un ateo como usted lo comprenda.

Pronunció la última frase con los dientes apretados, como escupiéndola. Se hizo un silencio espeso mientras Wong asimilaba el golpe bajo. Todos miraban a los dos hombres casi sin parpadear, González con el trapo sucio aún entre las manos.

—Vaya, Zoetrope —dijo por fin Wong—. No creí que llegara al insulto personal tan pronto. Tengo mis certificados religiosos en regla. Si no, no me hubieran encomendado esta misión.

—Es muy fácil obtener uno de esos certificados, pero yo sé qué clase de hombre es usted en realidad. Me informé antes de venir.

—¿Ah, sí? Y por eso ha decidido ignorar una orden directa y defenderse acusándome a mí de ser ateo justo antes de iniciar un descenso que puede ser potencialmente letal para todos nosotros, ¿verdad? ¿Es ese su modo de contribuir al éxito de la misión o está interpretando una vez más los designios de los dioses?

—Ateo no es ningún insulto —la voz de la doctora Kinsay sonó débil pero decidida—. Es una postura muy respetable. Yo misma estoy casi segura de serlo. No me importa lo que digan los religiosos. Es lógico que ellos defiendan sus parcelas de poder.

Todos los ojos se habían vuelto hacia Florence, e incluso Wong se quedó boquiabierto. En otras épocas más oscuras, una confesión como esa le hubiera costado a la doctora algo más que la libertad, pero, incluso ahora, tendría muy difícil conservar su puesto en el Comité Médico cuando regresaran. Si es que lo hacían.

El rostro de Zoetrope se contrajo y pasó del blanco al encarnado. Señaló a la doctora con un dedo acusador.

—Usted... lo sabía... ¡Lo sabía!

—¿Qué es lo que sabía? ¿Que no creo en sus cuentos para niños? ¿Que sus escrituras sagradas me parecen leyendas interpretadas como a ustedes les ha venido en gana, o les ha convenido?

—¡Exijo que la doctora Kinsay sea relevada de su cargo inmediatamente!

—Y yo exijo que deje de intentar dirigir nuestros actos —dijo ella—. Y aparte ese dedo de mi cara de una vez. Usted es la prueba de que la religión y la moralidad no tienen por qué ir unidas.

Los ojos de Zoetrope parecían querer salirse de las órbitas. Se disponía a lanzar alguna nueva acusación cuando el capitán Wong se interpuso entre él y Kinsay:

—¡Es suficiente! —dijo—. Ninguno de los dos está en posición de exigir nada.

Doctora Kinsay, coja su instrumental médico y diríjase a su puesto en el transbordador. Capellán Zoetrope, póngase la ropa reglamentaria y regrese de inmediato al muelle. Es una orden. ¡Ya me ha oído! Le esperaremos cinco minutos. Ni uno más. Luego nos marcharemos sin usted.

—No puede hacer eso.

—Desde luego que puedo. Póngame a prueba y verá.

Los dos hombres se miraron en silencio. Luego, Zoetrope dio media vuelta y salió del muelle como un torbellino con su túnica ondeando tras él. El resto de la tripulación suspiró como si durante el enfrentamiento que acababan de presenciar se hubieran olvidado de respirar.

—Lamento el espectáculo —dijo Kinsay.

—No, no lo lamenta —dijo el capitán Wong.

—Es cierto. Pero no era el momento adecuado.

—Por supuesto que no —dijo Wong, muy serio—. Hablaremos después, usted y yo, doctora. Ahora tenemos algo importante que hacer. Todos a sus puestos.

El transbordador vibraba y se sacudía mientras atravesaba las capas superiores de la atmósfera en dirección al lugar señalado por la historiadora. La temperatura en la cabina había ascendido varios grados. A pesar de las gruesas capas de material aislante, el fuselaje exterior estaba incandescente y una parte del calor se difundía al interior.

La doctora Florence Kinsay miró a sus compañeros de viaje. Todos estaban atados a sus asientos, distribuidos a lo largo del pasillo central del transbordador. La mala suerte había querido que el capellán ocupase justo el asiento de enfrente al de la doctora, así que solo tenía que levantar la vista para toparse con su cara avinagrada. Al final, Zoetrope había

transigido en ponerse la ropa de campaña, haciendo todos los aspavientos imaginables para demostrar que su dignidad había sido ofendida. Florence se preguntó si llevaría guardadas en alguno de los múltiples bolsillos las copias facsímiles de las escrituras y, en tal caso, para qué demonios las querría allí abajo, si debía conocerlas de memoria tras una vida entera dedicada a su estudio e interpretación.

Pietr Dalcour, el piloto, y el capitán Wong estaban sentados en la cabina, a los mandos del transbordador. El descenso a través de una atmósfera densa era una de esas cosas para las que no se podía confiar completamente en los ordenadores de a bordo porque el número de imprevistos era demasiado grande. Convenía mantener a un ser humano experimentado, o mejor a dos, a cargo de la situación. A muchos, esa idea les resultaba preocupante, pero Florence, a pesar de que conocía de sobra la falibilidad de las percepciones sensoriales y de los procesos mentales humanos, se sentía muy tranquila cuando miraba hacia la cabina y veía a los dos hombres a los mandos de la nave.

La vibración cesó de pronto y la temperatura volvió a caer, mientras se escuchaba el zumbido de los acondicionadores de aire trabajar frenéticamente. La voz de Dalcour les llegó a través de los altavoces:

—Diez mil metros y bajando. Pónganse cómodos. Ya ha pasado lo peor.

Florence se relajó. No había sido consciente de que tenía todos los músculos en tensión.

—¿Qué cree que encontraremos ahí abajo, Minsky?

La voz ronca de Gonsález había roto el silencio incómodo. A Florence no se le escapó que había preferido preguntar a la historiadora y no al capellán.

—Bueno, este es un subplaneta sin supervisión desde hace siglos —dijo Minsky—. Muchos registros antiguos se perdieron en la Guerra de los Carroñeros, así que hay pocas fuentes fiables. He leído en persona los libros más antiguos de la Biblioteca de Términus, y he recorrido varios sistemas buscando otros libros perdidos. Libros de papel, ya saben. Muchos de ellos son fabulaciones más o menos imaginativas en las que resulta difícil discernir qué es inventado y qué es real. Describen mundos incompatibles entre sí, por lo que hay que ir contrastando la información de unos y otros para tratar de componer un retrato que...

—¿Pero qué cree que encontraremos? —la interrumpió Zynks, impaciente.

—Oh, sí. Disculpen. Los académicos siempre nos vamos por las ramas. Un desierto. Sin duda, el origen de la humanidad tuvo lugar en una zona particularmente seca de un planeta ya de por sí seco. No fue así siempre, claro. El clima fue cambiando poco a poco, a lo

largo de los siglos, empujando a nuestros ancestros a buscar otros lugares en los que vivir. No está claro si fue un proceso natural o provocado por nosotros mismos en los albores de la tecnología. También es posible que el clima haya vuelto a cambiar desde que se perdió la memoria de este lugar.

—¿Será peligroso?

—Hum. Eso es imposible de predecir. Si quiere saber mi opinión, no creo que quede nada ahí abajo con vida, más allá de algunas bacterias o algunas plantas bien adaptadas.

—Olvida a los dioses, Minsky.

El capellán Zoetrope había hablado con su habitual tono salmódico.

—Claro, claro —se apresuró a rectificar Minsky, que no había perdido su docilidad ante el capellán—. Los propios dioses. Como saben, una corriente muy importante de los estudios teológicos sugieren que Ellos viven ahí, y que fue uno de los motivos por los que tuvimos que abandonar el...

—No es una corriente —la interrumpió Zoetrope—. No hay opiniones ni duda al respecto. Es la verdad revelada por las escrituras sagradas. Los dioses son originarios de ese lugar, y son eternos, por lo que seguirán viviendo allí.

—¿Cómo están tan seguros de eso, capellán? —preguntó Gonsález empleando el todo más meloso que pudo encontrar.

—Solo los puros y dignos podrán entrar en la morada de los dioses —continuó Zoetrope, sin contestar a la pregunta—. Recuérdenlo cuando estén ahí abajo.

Un silencio oscuro cayó sobre el grupo. No importaba si todos consideraban a Zoetrope un chalado prepotente, pensó Kinsay: al final siempre aparecía el temor reverencial a los dioses, a sus intenciones, a sus designios, a sus represalias. El temor a lo desconocido.

La voz del capitán a través de los altavoces rompió el silencio:

—Aterrizaremos en treinta segundos. Por favor, asegúrense de que los arneses están bien sujetos. Pueden notar una sacudida.

Los motores rugieron, frenando el descenso en picado del transbordador, que se escoró visiblemente hacia un lado y luego hacia el otro. Florence se percató de que el capellán palidecía y se aferraba a los brazos de su sillón. Supuso que estaría rezando alguna plegaria.

Con un ruido grave y un zarandeo final, el nave se detuvo. Los arneses se soltaron. El capitán Wong se levantó del asiento y se dirigió al pasillo donde se alineaban el resto de tripulantes.

—Hemos llegado —dijo—. ¿Están todos bien? ¿Alguno mareado?

Nadie contestó. Todos estaban ocupados estirándose las ropas y mirando al exterior a través de la compuerta que el piloto acababa de abrir. Una luz amarilla que hacía entornar los ojos reverberaba ahí afuera.

—De acuerdo —continuó Wong, que se había puesto pálido—, Dalcour y Zynks se quedarán aquí, para cubrir la retirada. Gonsález y yo iremos armados. No me mire con esa cara, capellán. No sabemos lo que vamos a encontrar ahí afuera. Esto ya no es ninguna broma ni ninguna divagación teórica sobre el papel. Al otro lado de esa compuerta hay un mundo de verdad, del que sabemos muy poco, así que escúchenme con atención. Quiero que me obedezcan sin rechistar. Pase lo que pase. Luego lo discutimos si quieren, cuando estemos de regreso de una sola pieza, pero, ahí afuera, lo que yo diga son órdenes directas de los dioses, ¿me han comprendido? Y perdone la expresión, capellán.

Todos asintieron lentamente menos Zoetrope, que miraba al capitán con una mezcla de rencor e indignación. Wong no debió de considerar importante su conformidad, porque continuó:

—Gonsález cerrará el grupo. Toma este subfusil. Está cargado, así que nada de tonterías. Yo iré delante. Minsky, Zoetrope y la doctora Kinsay en medio. Solo será una primera incursión de reconocimiento, de modo que no esperen grandes cosas, al menos por ahora. ¿Están todos listos?

Hubo otro asentimiento mudo. Esta vez también Zoetrope movió la cabeza. Wong se dirigió hacia la compuerta y, sin una palabra más, salió con cautela al exterior.

El capitán Wong conservaba una calma contagiosa aún en las situaciones más tensas. Florence tuvo que reconocerlo mientras lo observaba avanzar por la carretera polvorienta con su radar portátil atornillado a la muñequera del uniforme acorazado. Wong no dejó de mirar la pantalla del radar ni un instante en los primeros minutos, sobresaltándolos en varias ocasiones al girar sobre sí mismo como una exhalación porque le había parecido detectar algo que se acercaba al grupo. Sin embargo, todas fueron falsas alarmas, y tuvieron que concluir que, al menos dentro del alcance del radar portátil, aquel territorio estaba deshabitado.

El capitán desplegó un mapa holográfico de la zona y señaló con el dedo.

—Estamos aquí —dijo—. ¿En qué dirección deberíamos hacer la exploración? ¿Minsky, Zoetrope?

—Hacia el norte —dijo Minsky, sin dudar. Luego pareció ponerse nerviosa—. Quiero decir, la ciudad de los dioses está... esta carretera era la forma de llegar a...

Wong miró a Zoetrope, pidiendo su opinión con los ojos. El capellán le devolvió una mirada cargada de desprecio, pero al final asintió.

Comenzaron a caminar hacia el norte. Hacía calor, y la carretera era una cinta negra y resquebrajada que atravesaba un paisaje árido, batido por un viento candente que levantaba volutas de arena, muy distinta de las carreteras de Términus, construidas con placas flotantes fotomagnéticas sobre los bosques rojos y violetas. Al cabo de un rato, la excitación inicial dejó paso al agotamiento. La arena se les metía en los ojos, se les enredaba en el pelo, la masticaban entre los dientes aunque mantuvieran las bocas cerradas. Todo cuando veían alrededor era un territorio inabarcable y monocorde de color terroso, y aquella línea de asfalto envejecido que se perdía en un horizonte de niebla.

Hasta que aparecieron las sombras a lo lejos. Era difícil precisar si se trataba de montañas o edificaciones, pero parecían artificiales, despuntando hacia el cielo sus siluetas siniestras, como dientes maltrechos y oscuros de una mandíbula gigante. Florence había visto alguna vez la fotografía de alguna de las grandes ciudades de la antigüedad, como Nueva York, Calcuta o Hinkemilk, y aquella sombra borrosa en el horizonte era la versión ruinosa de las imágenes que conservaba en su memoria.

Casi al mismo tiempo aparecieron las primeras construcciones a los lados de la carretera. Edificios pequeños y desolados, con los tejados y las paredes sumidos sobre sí mismos, sin nada en su interior salvo los escombros y el desierto arenoso que lo invadía todo. Los contemplaron en silencio. Florence sintió una amargura inexplicable atenazarle la garganta, la nostalgia de un mundo que nunca conoció y que ya no existía.

Unos metros más adelante, en un lado de la carretera, encontraron un cartel oxidado tirado en el suelo. Alguna vez debió de haber mostrado una indicación a los viajeros que iban y venían por aquella carretera. Wong se dirigió al cartel y los demás lo siguieron, salvo Zoetrope, que se quedó rezagado, mirando algo en el horizonte. El cartel tenía escritos unos caracteres incomprensibles, medio borrados por el tiempo y la intemperie.

—¿Eso es algún mensaje escrito? —preguntó Wong.

—Desde luego —dijo Minsky—. Inglés antiguo, y algún dialecto de árabe primitivo.

—¿Puede traducirlo?

—Sí.

Minsky caminó hasta ponerse del otro lado del cartel. Lo miró con expresión concentrada durante un instante y luego dijo:

—Bienvenido a Bagdad.

—¿Bagdad?

Los ojos de Minsky brillaron.

—La ciudad mítica. El origen de la civilización. La cuna de los dioses.

Nadie se fijó en Zoetrope perdiéndose en la distancia. Cuando lo oyeron hablar ya estaba lejos y él mismo solo era una sombra en la niebla polvorienta.

—Dioses de Arda, el número es siete —lo oyeron gritar— ¡Siete! Y la suma es veintiocho, ¡veinti...!

La deflagración los dejó a todos sin aliento. El ruido fue tan descomunal que Florence sintió vibrar sus intestinos. Fragmentos de asfalto volaron en todas direcciones y luego se hizo el silencio. Ya no se oía la voz de Zoetrope.

Wong fue el primero en reaccionar.

—¡Gonsález! ¡Cúbreme! ¡Los demás, no se muevan de aquí!

Corrió en dirección al lugar de la explosión, donde habían visto la silueta de Zoetrope por última vez. Gonsález lo siguió. Sus figuras empezaron a perderse entre las volutas de arena.

Otra explosión, como una maldición, sacudió el suelo.

Florence esperó sin respirar. ¿Qué demonios iban a hacer ahora? ¿Y si los tres estaban...?

Hubiera caído presa de la histeria de no ser por el grito desesperado que vino de entre las sombras.

—¡Doctora! ¡DOCTORA!

Corrió hacia allá sin pensar en nada. Saltó unos cascotes humeantes. Dos figuras humanas estaban en el suelo. Cuando se acercó los reconoció. Eran Wong y Gonsález.

—¡Doctora! —decía Gonsález sollozando, de rodillas ante el cuerpo del capitán—. ¿Está muerto? ¿Está muerto, doctora?

Florence se arrodilló también. Un vistazo experto le bastó para hacerse cargo de la situación. Gonsález estaba bien, pero Wong... Le tomó el pulso. Sacó el botiquín y preparó una jeringuilla. Le inyectó un líquido amarillento en el muslo izquierdo. Gonsález la miraba con los ojos muy abiertos, como sin llegar a creer lo que estaba ocurriendo.

—Necesito un trozo alargado de madera o de metal —dijo Florence.

—Ibámos caminando, cuando de pronto... —empezó a decir Golsález.

—Escuche, oficial —dijo Florence mirándola a los ojos—. Wong está vivo, pero se va a desangrar. Necesito su ayuda. Busque un trozo alargado de madera o metal. ¡Ahora!

Gonsález se puso en pie trabajosamente. Florence rasgó los pantalones de Wong. El resto del cuerpo solo tenía magulladuras, pero esa pierna... Era como si la explosión lo

hubiera alcanzado desde abajo. Comenzó a limpiar las heridas y enseguida supo que era inútil. Por debajo de la rodilla todo era un amasijo de carne y huesos. Ni siquiera en un hospital completamente equipado podrían haber hecho gran cosa.

Llegó Minsky, con el rostro atenazado por el pánico.

—No se mueva —le dijo Florence sin dejar de mirar a Wong—. Creo que hay explosivos bajo el suelo. Quizá se activen al pisarlos.

Gonsález reapareció en ese momento.

—He encontrado esto.

Le tendió a Florence un tubo de metal. No era muy largo, pero serviría. Pasó una venda por debajo del muslo de Wong y lo rodeó fuertemente. Luego utilizó el tubo para apretar el vendaje y afianzar el torniquete. Miró a las otras dos mujeres. Minsky era una estatua de cera y Gonsález parecía haber recuperado algo el dominio de sí misma.

—Gonsález —dijo Florence—. Tenemos que subirlo a bordo enseguida. Avise a Dalcour para que venga hasta aquí a recogernos.

Gonsález asintió y activó el intercomunicador para hablar con el piloto. Florence dejó un momento a Wong y se dirigió hacia donde estaba caído el cuerpo de Zoetrope.

Mucho antes de llegar a él se hizo evidente que el capellán no necesitaba su ayuda.

Había trozos de carne y ropa hecha jirones esparcidos en varios metros a la redonda. Aunque sabía que otros explosivos podían estar ocultos bajo sus pies, Florence se acercó a lo que quedaba de Zoetrope.

La arena se adhería a la sangre. Resultaba difícil discernir donde estaban las extremidades y donde la cabeza. Los papeles del capellán, sus preciados facsímiles de las escrituras sagradas, habían escapado del bolsillo donde los había guardado y ahora volaban en todas direcciones arrastrados por el viento. Uno de ellos llegó hasta Florence. En ese momento no supo por qué, pero cogió el papel y se lo guardó en un bolsillo. Luego regresó con los demás.

El transbordador aterrizó a unos metros de distancia. Zynks saltó de su interior y ayudó a trasladar a Wong. También Minsky colaboró, aunque seguía teniendo el rostro cadavérico. A Zoetrope lo dejaron. Sus restos estaban tan dispersos que resultaba demasiado arriesgado recogerlos.

Todos se ataron los arneses menos Florence, que se quedó en pie junto a la camilla improvisada en la zona de carga, vigilando las constantes vitales de Wong. Le cambiaba los vendajes de la pierna continuamente, pero nuevas manchas como flores encarnadas aparecían

sin cesar en las vendas limpias. El transbordador despegó y comenzó a ganar altura. Rápido, rápido, pensó Florence. Salgamos de este lugar maldito. No le queda mucho tiempo.

Llegaron a la nave nodriza tras veinte minutos que a Florence le parecieron horas. Trasladaron a Wong a la enfermería y Florence le hizo una transfusión de plasma. Tuvo que emplear todas las unidades de que disponían. Amputó la pierna destrozada y cauterizó la herida. Después de dos horas de actividad frenética, consiguió estabilizarlo. Luego le indujo el hipersueño antes de que sus constantes empezaran a fallar o la herida se infectase. En Términus finalizarían el trabajo y le injertarían una pierna biónica.

Suspirando, con el traje de campaña sudado y salpicado de manchas de sangre seca, salió de la enfermería y se quitó el peto y los guantes. En el puente aguardaban todos los demás. Aún estaban lívidos.

—¿Cómo está? —preguntó Gonsález, que ahora ejercía de capitán en funciones.

—Con un poco de suerte se pondrá bien. Le he inducido el hipersueño. Despertará en el hospital.

—¿Y la pierna?

Florence negó con la cabeza. Minsky se tapó la boca con las manos. Aquel gesto, sin que supiera por qué, enfureció a la doctora.

—Ha tenido mucha suerte, ¿sabe? —dijo.

Minsky parecía a punto de llorar. Gonsález quebró la tensión cambiando de tema.

—Hemos utilizado el transmisor superlumínico para hablar con el control de misión —dijo—. Ya sabe que solo debe utilizarse en caso de emergencia por su consumo energético, pero he creído conveniente hacerlo.

—¿Y bien?

—Nos ordenan abortar la misión y regresar de inmediato a Términus.

Florence asintió. Debería haber sentido alivio. Sin embargo eso significaba que aquel viaje, los meses de preparación, los años de vuelo, la pierna de Wong... la vida de Zoetrope... no habían servido para nada.

Fue entonces cuando reparó en el pliego de papel que aún llevaba en uno de los bolsillos. Era lo único que habían recuperado del capellán.

—Tenemos que volver a por Zoetrope —dijo muy decidida—. Luego nos iremos.

Todos la miraron con los ojos desorbitados.

—¿Está loca? ¿Bajar ahí de nuevo? —Minsky fue la primera en reaccionar. Florence pensó, de nuevo irritada, que no debía de estar tan histérica como aparentaba porque era capaz de razonar: —¿Y si vuelven a atacarnos?

—Nadie nos atacó —repuso Florence—. Esos explosivos estaban allí desde hace quién sabe cuánto tiempo.

—¡Precisamente! —gritó Minsky—. Esperando a visitas indeseadas como nosotros. No podemos volver. ¡De ninguna manera! ¿Qué pasaría si una de esas cosas explotase bajo el transbordador? ¿Eh?

Florence comprendió que no iba a sacar mucho más de Minsky. Miró a los demás. Dalcour, el piloto, y Zynks, el mecánico, tenían el aspecto de querer esconderse bajo la mesa y no volver a aparecer en un millón de años. Gonsález miraba a las dos mujeres muy pálida, con los labios lívidos, pero manteniendo el tipo, consciente de su nueva responsabilidad.

—Bien, según creo es usted quien ahora toma las decisiones —dijo Florence mirando a la ingeniera—. Usted dirá, Gonsález.

La mujer tragó saliva. Miró alternativamente a Florence y a Minsky. Luego dijo:

—Nos desacoplaremos de la órbita de inmediato. Nadie se jugará el tipo para recoger unos restos sin vida. Lo siento.

La última comida antes del hipersueño fue muy diferente de la que habían tenido poco después de despertar. Había dos sillas vacías en torno a la mesa de la cocina, y las bromas y conversaciones se habían transformado en silencio y derrota. Florence fue la última en llegar. Se había duchado y cambiado de ropa, pero aún se sentía sucia. En una mano llevaba un trozo de papel troquelado y en la otra una vieja pluma estilográfica que había encontrado en el compartimento de Zoetrope. Una idea fija, obsesiva, la había asaltado desde que aceptó que no iban a regresar a por lo que quedaba del capellán. Ese papel, precisamente ese papel y no otro, había llegado hasta sus manos justo después de que él muriera. El viento lo había arrastrado, llevándose los demás en otras direcciones. No podía ser solo una casualidad. Tenía que significar algo.

Los otros tripulantes se dispusieron a comer cuando ella se sentó, pero los detuvo con un gesto.

—Perdonen —dijo con la voz temblorosa—, pero antes de empezar me gustaría hacer algo.

Desdobló el papel. Los caracteres punteados se le emborronaron. Inició la ceremonia intentando que la voz no se le quebrase del todo.

—Dioses de Arda, os damos las gracias por los alimentos que vamos a recibir. Vosotros, pobres pecadores, decidme: ¿cuál es el número?

—Cinco —contestaron los demás en un tono apenas audible.

—Uno... dos... tres... cuatro... cinco —fue contando Florence mientras el bot dejaba la comida sobre la mesa. Luego dio la vuelta al papel y garabateó con la pluma: «la suma es 15». Le escocía la garganta cuando anunció: —Dioses de Arda, hemos calculado la suma según vuestros designios. Ahora podemos comer.

Dejó el papel extendido sobre la mesa donde todos pudieran verlo. El facsímil de las auténticas escrituras sagradas estaba troquelado con pequeños agujeros en los dos extremos, y su superficie estaba rallada en dos colores, blanco y azul pálido. Y el texto, el texto sagrado escrito del puño y letra de los viejos dioses, el texto que los teólogos de Términus llevaban siglos intentando descifrar e interpretar, decía así:

```
/* University of Technology - Iraq
Programming in C Language. Chapter One.
Loop Example #1 */
int number, i, sum = 0;
printf("Which is the number?");
scanf("%d",&number);
for (int i = 0; i < number; i++) {
printf(i);
sum = sum + i;
}
printf("The sum is: %d", sum);
```

Alfredo Moreno Vozmediano

Nacido en Puertollano (Ciudad Real) en 1974. Ingeniero en Informática por la Universidad de Málaga, trabajó como programador en Madrid durante dos años. Desde el año 2000 ejerce de profesor de enseñanza secundaria en diversos centros educativos de Andalucía. En la actualidad, está afincado en Almería y es padre de dos hijas.

Ganador precoz de premios literarios (Unión de Consumidores El Molino de Ciudad Real, 1988), ha publicado algunos textos técnicos (El software IEE: Informática educativa, realidad y futuro, Universidad de Castilla - La Mancha, 1995) y, más recientemente, ha quedado finalista del II Concurso de Relatos del Museo del Prado y del XVI Certamen de Narrativa Villa de Torrecampo. Diversos relatos suyos han sido seleccionados para su publicación en la revista Cosmocápsula (número 16) y en las antologías «Bajo la piel 1» (Carpa de Sueños, 2015), «Ellas» (Diversidad Literaria, 2016), «El cine de serie B» (El Lado Oscuro, 2016) y «Cartas que nunca escribiste» (Ojos Verdes Ediciones, 2016).

Bajo un mismo cielo

David Luna Lorenzo

I

Cuando llega —tarde— lo ve arrebujaado entre las sombras que generan los cortinajes, protegido aún de los focos del plató de holovisión; recuerda a un demonio a la espera del momento ideal para abalanzarse sobre su presa. Y lo hará, pero mediante el verbo, no manchará su immaculado hábito blanco, pues para el trabajo sucio ya lo tiene a él. Son mente y cuerpo. Sabiduría y músculo. Visto así forman un buen tándem. Si no fuera por las dudas que le taladran la conciencia...

Como si le hubiese olido, el Gran Maestro se gira despacio en su dirección. Por un segundo, los ojos le brillan en la negrura de la capucha. La retira de inmediato mostrando su cabeza pelada, su rostro pálido, sus ojeras de insomne, sus pómulos pétreos. Arruga una sonrisa de alegría sincera y le hace un gesto para que se acerque. Kann no duda y echa a andar con paso bamboleante. Una granada de fragmentación le machacó la pierna izquierda durante las revueltas y, tras siete soberbias operaciones financiadas por el hombre que lo aguarda con los brazos abiertos, le ha quedado ese movimiento pendular que parece más propio de chulería que de secuela.

Llegado a su vera, el olor a incienso le inunda las fosas nasales. Un incienso rancio que trae a su memoria sentimientos contradictorios: de angustia dichosa. Porque lo cierto es que todo cuanto rodea al Gran Maestro termina siempre envuelto en lo ambiguo, como si viviera en eterna danza sobre la delgada línea roja que separa el bien del mal. Al rato, lo que es arriba es abajo y uno se pregunta cómo lo ha hecho, cómo ha llegado a hacerle dudar de su propio yo.

Kann baja la cabeza, como un perrito en busca de la caricia de su amo. El Gran Maestro no llega a abrazarlo, le coloca su suave mano sobre el cuello y ejerce un ligero apretón que muestra a un tiempo cariño y enojo. La ambigüedad de nuevo a escena.

—¿Dónde estabas? —pregunta entre dientes con alivio cargado de rabia—. Llevo buscándote todo el día. ¡Has desconectado tu localizador! —Kann se encoje de hombros como si no supiera qué decir—. Hemos rastreado el nido y sabes que para este tipo de trabajo sólo confío en ti. El cónclave no deja de presionarme y requiere pruebas. Necesitan constatar la aplastante victoria.

—Lo harán —responde, y alza al fin sus enormes ojos tristes. La cabeza llena de bultos, repleta de cortes y cicatrices, le indica al Gran Maestro que su sicario se está esforzando, y que el que hace todo lo que puede no está obligado a más. Sabe que no ha de incrementar la presión, que corre el riesgo de que la cuerda se parta. Lo necesita en forma. Y contento. Conoce de primera mano sus dudas existenciales.

—Debes llevar a cabo un último trabajo antes de que te tomes un descanso. Tengo preparado un balneario en la montaña para ti. Allí podrás recuperarte y practicar la meditación profunda. No te faltará de nada. Te lo prometo. —Ya está ahí la voz melosa que introduce los problemas.

—Sus deseos son órdenes —asegura Kann endureciendo el rostro. El Gran Maestro espera unos segundos antes de hablar. Busca con mirada incisiva lo que expresa el gesto de su interlocutor bajo las apariencias. Cuando está seguro de que no hay nada oculto, echa mano al interior del hábito y saca un puñado de píldoras amarillas.

—Última generación. Te pondrán a tope. —Alza las cejas en un gesto conminatorio—. Cógelas, son tuyas.

Kann las toma componiendo un gesto de indiferencia al que contradice su mano ansiosa. Está deseando marcharse a una esquina y metérselas en el cuerpo.

—Vamos. Parte de inmediato —le instiga el Gran Maestro—. Tienes la información en el chip subcutáneo. —Hace una pausa—. Reconéctalo —añade con tono reprobatorio—. Lamentablemente, no puedo dedicarte más tiempo. En poco más de media hora, salgo en directo. Odio que me entrevisten, y más si el que lo hace es un maldito ateo, pero no me queda más remedio. El cónclave está esperando verme tomar las riendas. Debo pavonearme. Mostrar al mundo la unidad.

Kann ha dejado de escuchar. Siente en la palma de la mano las píldoras que lo llevarán muy lejos. Todavía más que la propia meditación profunda de ondas delta. Cumplirá con su cometido y la mascarada llegará a su fin. O eso espera. Aunque nada termina nunca, reflexiona. Ni siquiera con la muerte. «La muerte es una ilusión», repetía una y otra vez su maestro. Ejecuta una leve reverencia y se obliga a una minúscula sonrisa. El Gran Maestro se le acerca al oído.

—Grábalo todo y avísame cuando acabes. Para entonces espero haber terminado aquí. Y no lo olvides: que el amor sea nuestra guía. —Le planta un beso en la mejilla. Uno frío, de reptil.

Marceliu, el presentador, un rubiales repeinado que no deja de mostrar una enorme dentadura de blanco rutilante, despide entre risas y aplausos al último invitado y se dirige a la cámara 1.

—Pues bien, ha llegado el momento: hoy tenemos el placer de contar con la presencia de una persona muy especial, una persona que representa los valores de la Religare, la nueva religión que engloba al resto y que ha traído, o al menos eso aseguran, la paz espiritual al mundo entero. Sí, amigos, con nosotros... ¡el Gran Maestre Lampa!

Los aplausos vuelven a estallar junto a algunos vítores.



El cuarto de baño de los estudios de holovisión es puro lujo. Acostumbrado como está a las pocilgas de los monasterios rehabilitados en medio de ninguna parte, eso de que la cerámica brille y los grifos dorados se sucedan en una hilera interminable a Kann le parece como propio de la antesala al paraíso. Luego, se reprende por tal pensamiento, característico de herejes, y salmodia la cantinela: «El cielo está aquí y ahora, aquí y ahora, aquí y ahora...»

Pasa la manga por el granito pulido por si hubiera algo de agua y abre las píldoras para extraer el polvo y conformar unas rayas prometedoras. Prefiere esnifar el veneno; tiene efectos mucho más rápidos, lo ideal para su difícil misión relámpago. Necesita que la adrenalina se desencadene cuanto antes. Extrae tembloroso el succionador y procede como la mejor de las aspiradoras. Le arde la nariz; ahora la quemazón se desplaza tras los ojos. Pronto estará listo para la hazaña.



Tras alguna broma fácil y un par de preguntas que buscan romper el hielo, Marceliu y el Gran Maestre reducen pulsaciones. El presentador se acoda en una enorme mesa de cristal y su invitado se hunde a pesar de los esfuerzos en un sillón de baja altura que reduce cualquier atisbo excesivo de ego.

Marceliu: *Después de tan sólo quince años de vida, la religare se ha convertido en la religión no sólo de la mayoría, sino prácticamente en la única que se practica en el planeta tras las sangrientas revueltas. Eso, al menos, reflejan los datos proporcionados por la institución que usted encarna. ¿Cómo ha sido posible tal proeza?*

Gran Maestre: *Lo cierto es que lo de los quince años de vida es relativo. La religare aún a las distintas tradiciones, de modo que en realidad estamos hablando de una antigüedad de milenios. La religare no es un nuevo dogma, sino la transformación lógica de los anteriores.*

Marceliu: *¿Y cómo han podido evolucionar todas las religiones hacia lo mismo habiendo sido tan diferentes?*

Gran Maestro: *Porque en lo profundo todas las creencias compartían raíces. Los seres humanos más avanzados de su época (Siddharta Gautama, Lao Tse, Patangali, Jesús, Mahoma, Aurobindo...) a través de sus experiencias vitales captaron respuestas y ofrecieron mensajes que venían a decir, en esencia, lo mismo. La mística de cada religión terminaba coincidiendo en las conclusiones a pesar del tiempo y el espacio que separaba a cada doctrina. Hablaban de una realidad no dual que te une con todo lo que existe, y de que para comprenderla has de silenciar a tu yo. De este modo, pasas a entender el origen del sufrimiento, el drama de lo que existe. Comprendes que todo está relacionado y es interdependiente. Que forma parte de lo Uno. Así, el hinduismo da paso a la práctica yóguica, el budismo al Zen, el judaísmo a la kabalah, el islam al movimiento sufí, el cristianismo al camino místico... Los distintos senderos terminan conduciendo a la misma cumbre.*

Marceliu: *Y la diversidad en el modo de ver lo mismo, ¿no es parte de nuestra libertad?*

Gran Maestro: *Si lo piensas bien, te das cuenta de que no se coarta libertad alguna. Todo el mundo sigue practicando su propia religión, aunque evolucionada hasta lo fundamental para fusionarse al resto de acuerdo a lo que esas mismas religiones profesan, pues apuntan a la unión. ¿Qué es religare sino religar? Su objetivo no es otro que volver a unir. Aunar de nuevo al hombre con lo divino, ya que su escisión no se corresponde con lo real: ¡son una misma cosa! Con la división antinatura se generaban odios, disputas, guerras, matanzas... que terminaron desencadenando las espantosas revueltas de tan nefasta memoria. Eso llegó a su fin. Nunca más en nombre de la religión, pues la religión verdadera es simplemente amor. «Ama y haz lo que quieras», pregonaba San Agustín.*



Hace un frío que corta por las callejuelas húmedas del barrio clandestino que, como un embudo gigante, reúnen el viento helador para soplarlo a la cara. Kann se coloca el verdugo y se ajusta la gabardina. Tiene la dirección, el número de asistentes, el pecado y la penitencia. Tantea el bulto metálico que esconde e intenta respirar despacio para tranquilizarse. Es incapaz de evitar que el pecho le vibre con el corazón percutiendo indómito. Lo que está a punto de hacer le revuelve el estómago, pero sabe que no hay opciones. Cuando acabe podrá descansar al fin y ponerse en paz consigo mismo. Eso al

menos le asegura el Gran Maestro, pertinaz. En cualquier caso, lo que sea en aras del amor universal.

Revisa los datos. Se coloca el visor informativo que corrobora el emplazamiento y empieza a sentir el tránsito de su química a la fase dos. Los remordimientos, la comezón, se abotagan dando paso a un incremento de la adrenalina que le infunde el arrojo que no concebía hace unos segundos.

Llega hasta la puerta reforzada de acero y se acurruca esperando que se abra. No hay santo y seña. No hay palabras mágicas para acceder al otro lado. Nada como untar de por vida a un tipo para que se juegue la piel en su ejercicio de infiltración. Llegado a este momento, Kann se pregunta si el traidor cumplirá su parte del trato. Al fin y al cabo es un intrigante, un desleal hijo de... *Aquí y ahora, aquí y ahora*, vuelve la cantinela.

Se oyen pasos, un grito ahogado. Supone que pertenece al vigilante que su hombre acaba de degollar. Se descorren cerrojos, se liberan cerraduras y una franja luminosa rasga la oscuridad de fuera. Como un ratoncillo, el nuevo Judas se asoma, encogido por los remordimientos.

—Son todo tuyos —susurra con la boca casi inmovilizada por la vergüenza. Cuando va a echar a correr para perderse en la noche, Kann le chista con desprecio. Judas se detiene a la espera de algún posible cambio de última hora. Y no se equivoca.

—Roma no paga a traidores —escupe Kann antes de clavarle un estilete ponzoñoso en el cuello. Una sola vez. No es necesario más: el tóxico es infaliblemente rápido. A la víctima sólo le da tiempo a desorbitar los ojos percatándose de la cercanía de la muerte, a tantear en busca del finísimo chorro de sangre que sale disparado en abanico, e intentar ridículamente decir algo. Después, cae a plomo, derregado sobre la acera que centellea con la luz desgastada sobre la humedad ahora enrojecida.

Rezos amortiguados llegan hasta la calle desde las profundidades del escondrijo al fin abierto. Kann toma aire, introduce el cadáver en el edificio para que nadie lo descubra, lo coloca junto al del vigilante y vuelve a cerrar la puerta, ahora tras de sí. La serpiente se ha introducido en la madriguera.



Marceliu da un leve y falso trago de su taza en realidad vacía y entorna los ojos como cuando va a intensificar su ataque dialéctico. El Gran Maestro, entretanto, mantiene su media sonrisa con intención de denotar sosiego y paz.

Marceliu: *No obstante, el planeta es muy grande y no se puede llegar a todas partes, no pueden controlarse las mentes de todo el mundo. África es un ejemplo.*

Gran Maestro (con una risita previa): *Nuestra pretensión no ha sido, ni es, ni será controlar a nadie. Tan sólo mostramos una cura al sufrimiento del ser humano con una práctica espiritual infalible. A pesar de ello, nadie está obligado a llevarla a cabo. Mostramos un camino y cada individuo decide si tomarlo o no.*

»En cuanto a África: *son muchos los enviados de la religare extendiéndose por el continente que vio nacer al ser humano y que, por fortuna, se libró de las revueltas. Todos tenemos derecho a eliminar la angustia de nuestras vidas. Para asegurarnos de que ese derecho sea ejercido hemos de extendernos lo más rápido posible, lo más lejos posible.*

Marceliu: *Las malas lenguas sin embargo aseguran que esos... misioneros, podríamos llamarlos, son más bien cruzados. Se habla de amenazas, de asesinatos... Juran y perjuran que todo lo que se interpone en la expansión de su secta es quitado de en medio.*

Gran Maestro: *Usted mismo acaba de calificar como malas a tales lenguas. Poco hay que añadir aparte de que además de falso lo que dicen es ridículo. La religare es una simple hoja de ruta para alcanzar lo innumerable. Se basa en el amor, y el amor y la fuerza no son en absoluto compatibles. La letra con sangre no entra.*

»Nos denomina secta con cierto tono despectivo. Es su decisión. Sin embargo, carece de fundamento si con tal vocablo pretende definirnos como el conjunto de fieles a una religión que se considera falsa, pues la religare reúne las raíces de todas las religiones que en el mundo han sido, salvo que considere que todas las religiones son falsas, pero es que aun en ese caso, la religare continuaría siendo un sistema válido, incluso laico, con el único fin de liberar a uno de lo que le atrapa en el pesar. A las pruebas me remito: ha disminuido la violencia de cualquier clase y aumentado el nivel de felicidad si tenemos en cuenta las estadísticas del gobierno. Denomine como prefiera al efecto religare. No evitará que yo le quiera a usted como parte mía que en realidad es.

Marceliu: *¿Y qué me dice del Ojo Ígneo?*

Gran Maestro: *¿Del Ojo Ígneo? ¿Qué quiere que le diga?*

Marceliu: *No sé, ¿no le parece extraño que aparezca una nueva fe que comparte similitudes con ustedes, aunque con deidad a la que adorar, y que cuando comienza a adquirir más relevancia, a haceros sombra, desaparezca sin dejar rastro?*

Gran Maestro: *De nuevo, en su pregunta se halla la respuesta. Ha dicho que la religión del Ojo Ígneo compartía similitudes con nosotros. En efecto, tanto era así que, como usted sabe, sus principales cabecillas, al comprender lo absurdo de su posición separatista, han*

terminado engrosando nuestras filas. Las filas de todos, si me permite expresarlo de esta forma. El grupo, descabezado, terminó disolviéndose.

Marceliu: Lo cual nos lleva de vuelta a las malas lenguas, que denuncian ingentes cantidades de dinero para sobornar a esos líderes ahora tránsfugas. Cuentan que ese ha sido una y otra vez el sistema empleado con el resto de religiones cuando el jefecillo de turno no se pliega a las meras palabras.

Gran Maestro: Dura acusación esa, proveniente de lenguas que vuelve a calificar como malas. Pero dura acusación sobre todo para esos líderes si han sido capaces de abandonar su fe a cambio de riquezas.

Marceliu: Y por cierto, ¿sabe que existen rumores que afirman que el Ojo Ígneo se reagrupa de nuevo con renovados caudillos?

Gran Maestro: Los rumores nunca cesan. Mejor no darles demasiada importancia.

Marceliu: ¿Tampoco le da usted importancia a la grabación?

Gran Maestro: ¿Grabación? ¿Podría ser más preciso?

Marceliu: Por supuesto. Le explico: Hay una grabación. Una grabación en la que se escucha al Gran Maestro Tangiuti, uno de sus más cercanos colegas, hablando sobre cómo el mal de unos pocos podía significar el bien de muchos.

Gran Maestro (asiente como cayendo en la cuenta): Ah, esa. Bueno, dicha grabación fue definida por el juez como del todo falsa, pero es que incluso en el contexto adecuado no resulta una expresión escandalosa. En el supuesto caso, que además sabemos incierto, el Gran Maestro Tangiuti podría estar refiriéndose a esos pocos que ofrendamos nuestra vida en aras de los demás, que abandonamos cuanto tenemos para predicar las técnicas de depuración que nos reconectan con nosotros mismos y por ende con la totalidad. ¿Por qué no? En ocasiones, el mal de unos pocos, entendiéndose ese mal como un sinónimo impreciso de sacrificio, significa el bien de muchos.



Sí, son pocos. Kann cuenta once personas. Judas habría sido el duodécimo. Se hallan de rodillas rezando de cara a la representación de su dios: un ojo entre llamas. Está hecho de oro policromado. Kann se queda atónito al contemplar una pieza de tan fina orfebrería. Junto a los orantes hay una mesa cubierta de vasos y platos, restos de comida, botellas medio vacías. Han debido de planificar sus próximos movimientos mientras cenaban.

El chivato implantado en el iris de Kann resulta innecesario, pero aun así le suelta los datos. Uno por uno va confirmando las identidades de los presentes tras analizar las formas

anatómicas pese a encontrarse a cierta distancia, de espaldas y ataviados con oscuros y anchos ropajes. Componen el último reducto de una religión que debe desaparecer para restaurar la paz y conseguir que todo el mundo quede bajo un mismo cielo.

Kann se aproxima a la balastrada sin quitar ojo a los que siguen realizando postraciones sin descanso. Siente una oleada de poder; tiene la impresión de haberse convertido en un invisible juez supremo. En su mano, las vidas de los ignorantes que se muestran como absolutos pedigüños ante las fuerzas divinas. El veredicto está decidido y su dios —el Ojo Ígneo— no va a interceder por aquellos que no comprenden ni su propia religión. Para llevar a cabo la sentencia, Kann, con su química en fase tres (ferocidad desatada) busca en el interior de la gabardina y extrae el cañón, ancho y largo como su propio brazo. Comprueba que los cartuchos cristalinos se hallan encajados como deben y apunta sin casi aliento por la emoción al centro del grupo, frente al ídolo de oro. Un disparo seco —¡pum!— precede al estallido que genera el proyectil de llama expansiva. En apenas dos segundos, la sala, a los pies de Kann, se convierte en un flamígero tornado. Tiene los datos técnicos del edificio descargados en su chip: hay extractores de humo, pero los sistemas antiincendios están inutilizados. Tampoco hay salidas secundarias, así que, ante el insoportable calor y la seguridad de que nadie escapará, decide ascender las escaleras con presteza a pesar de su cojera y aguardar a que el fuego se extinga en cuestión de tres minutos tal y como la química sofocante que contiene este tipo de armamento determina. No está pensado para generar incendios, sino para calcinar a todo ser vivo en un sitio cerrado. Las llamas no se extenderán; los alaridos sí lo hacen. Kann se sienta en el escalón más alto con los codos en las rodillas. Se enfunda unos guanteletes de metal. Los gritos callan y, transcurridos los ciento ochenta segundos reglados, el crepitar del fuego muere. Un humo negro rodea ahora a Kann, quien se coloca una máscara y programa el ojo izquierdo para que empiece a grabar directo al chip. El humo asciende mientras Kann baja. Cuando llega a la sala va enumerando los cuerpos calcinados de modo que al cónclave le quede aún más claro. Oye su respiración encapsulada en la máscara durante la localización de bultos. Ocho, nueve, diez... ¿dónde está el undécimo? Los contó cuidadosamente, está seguro: ¡eran once!

El alivio recorre su cuerpo cuando el sensor térmico le indica la ubicación del cuerpo extraviado. Se halla tras él, acurrucado en el hueco de la escalera con la esperanza de pasar desapercibido al asesino.

—Sal de ahí —le ordena Kann. Su chivato ocular lo reconoce: se trata de Altidore, un millonario regordete que ha montado un pequeño imperio con una red de lavanderías. Es un tipo carismático en busca de un protagonismo paulatino que nunca le parecerá suficiente.

Kann deduce que pretende reflatar la religión del Ojo Ígneo como un plan para incrementar su popularidad.

—Déjame... déjame vivir —implora con un hilo de voz el empresario metido a santurrón. Poco a poco, reptando dolorosamente, emerge de su improvisado escondrijo—. Puedo duplicar lo que sea que te paguen, y tus jefes no volverán a saber de mí. Desapareceré sin dejar rastro. Te lo prometo.

La túnica que vestía se ha convertido en un conjunto de jirones que permite adivinar una piel repleta de ampollas. Cuando Kann comprueba los datos ambientales y concluye que el aire vuelve a contener el oxígeno necesario, se quita la máscara. Al descubrir su rostro, Altidor se detiene y queda boca arriba, inmóvil.

—¡Tú! —exclama con un asombro agostado por el fuego que aún siente dentro de su organismo—. Nunca me fíe de ti. —Ve como Kann abre y cierra el guantelete con un leve sonido hidráulico—. Supongo que esto es el fin. No puedo ofrecerte nada que no tengas.

—No es una cuestión de tener o no tener —replica Kann, gélido—, sino de comprender o no comprender. Y vosotros no fuisteis capaces de captar la esencia del Ojo Ígneo y quisisteis utilizarlo en vuestro favor. Algunos como tú, con ánimo de obtener poder en la sociedad, escupiendo a lo espiritual. Otros, para poder pedir a un dios como indigentes y así vivir en la burda esperanza ridícula, y digo ridícula pues deberían haber sabido que la divinidad no les iba a escuchar. ¿Por qué iba a darles trato de favor? ¿Acaso no recordaban que llueve sobre justos e injustos? ¡Idiotas! Merecéis la muerte y la muerte os he traído.

La mano de metal agarra el cuello del rebelde, quien apenas se resiste más que como puro instinto de supervivencia. Enseguida sus ojos se vuelven hacia atrás, hacia lo que existe más allá de la vida. Kann, sin embargo, no afloja la presa hasta escuchar el crujido del cuello al romperse.



La entrevista llega a sus momentos finales. El Gran Maestro sostiene su sonrisa profesional cada vez con mayor dificultad, pero redobla el esfuerzo, animado al observar en Marcelliu los gestos que le son propios (cruzar las piernas, atusarse el cabello) cuando alcanza las preguntas conclusivas.

Marcelliu: *¿Y qué me dice de los ateos?*

Gran Maestro: *Que dependiendo de cómo se entienda la religión, el ateo no existe.*

Marcelio: *Usted sabe que yo me declaro ateo, ¿verdad?*

Gran Maestro: *Eso me han dicho. (Risas). Y comprendo que si se vincula a la religión con dogmas y deidades, usted pueda hacerlo, pero que si se vincula a alcanzar la felicidad en comunión con lo que nos rodea, ya tendría más dificultades. En cualquier caso, somos libres para autodenominarnos como queramos.*

Marceliu: *Siento incidir, pero... ¿qué opinión le merece el hecho de que Nosson, líder del movimiento ateo, que abogaba por la vuelta de un estado laico en el que la nueva religión, la religare, no tuviera voto en las decisiones gubernamentales, apareciera ahorcado en su casa?*

Gran Maestro: *¿Qué va a parecerme? Una tragedia. No obstante, está demostrado que el vacío espiritual multiplica las posibilidades de suicidio.*

Marceliu (se inclina clavando una mirada suspicaz): *Dígame, para terminar, ¿el fin justifica los medios?, o dicho en su lenguaje: ¿vale todo en nombre del amor que pregona?*

Gran Maestro: *No vale todo en nombre del amor, sino que el amor lo es todo.*

Frío agradecimiento y aplausos y puesta en pie.

El público grita entusiasmado mientras el Gran Maestro saluda con renovados bríos. Acto seguido cruza el cortinaje resoplando con alivio. Aunque también rezuma indignación: los putos ateos parecen empeñados en discutir, en separar. Que les den. Le habría encantado poder confesar lo que aquella noche aconteció realmente en el lujoso ático de Nosson, el puñetero cabecilla de los ateos. No es que estuviera él presente, pero Kann se lo contó, y en nadie confía más que en Kann. Bueno, lo cierto es que no habría desvelado lo sucedido (tampoco se regodea por eliminar gente), pero sí habría dado a conocer las últimas palabras de aquel engreído al que le bajaron los humos cuando le subieron a la banqueta y le ciñeron la soga al cuello. Las pronunció Kann sin imitar al fallecido. Las reprodujo como lo habría hecho un juez:

—Oh, Dios, ayúdame.

—¿Eso dijo? —le preguntó entonces el Gran Maestro.

—Literal. El muy ateo.

Un pitido agudo, acompañado de una vibración, le devuelve al ahora. El Gran Maestro tamborilea en su muñeca para gestionar el mensaje que aparece como una luz verde en el centro exacto de su visión. Es Kann informándole en clave del éxito de su cometido. El Gran Maestro no puede reprimir cerrar el puño y sacudirlo en un ademán de máximo regocijo. Advierte que lleva adjunto un archivo de vídeo. Luego lo verá. Y piensa en lo satisfactorio del deber cumplido, de cómo la paz se asienta con mayor firmeza tras terminar con los, por ahora, últimos separatistas. Al fin, no existe más que una religión, la religión de religiones.

De los ateos ya se encargará. Es momento de regocijarse; hay un problema menos: ha muerto el último dios al que adorar.



Kann apaga la cámara tras grabar el plano del rostro quemado e inerte de Altidore y se gira despacio en dirección al ídolo áureo. «Esta parte prefiero que no la veáis», piensa. A continuación, envía el mensaje encriptado al Gran Maestro y adjunta las imágenes que atestiguan la matanza en pro de la paz futura ante el cónclave. Que se queden a gusto. Que se engañen a sí mismos. Toma aire y lo suelta muy despacio como ejercicio de purificación. Después, avanza con pasos conscientes hasta el dios, o al menos hasta aquello que lo representa. El ojo entre llamas permanece intacto aunque ha perdido algunos colores que lo decoraban. Es lo de menos. Aunque... ahora que lo piensa, funciona como un guiño divino. Sí, esos colores sobraban. Lo que ha ocurrido allí es un acto de purificación: Kann eliminó a aquellos que no comprendieron la esencia del Ojo Ígneo como el fuego ha acabado con las tonalidades que vestían innecesariamente al dios. Transcurridos unos segundos, se arrodilla con la mirada recogida.

—No lo entendieron —susurra—. Como tampoco los miembros de la religare. Pero yo te veneraré. Yo te resarciré. Yo te resucitaré. Y todos, bajo un mismo cielo, te cantaremos alabanzas.

David Luna Lorenzo

Nació en Toledo en 1976 y actualmente ejerce como bibliotecario en la Biblioteca Regional de Castilla-La Mancha. Escribe ciencia ficción, fantasía y rarezas varias.

Algunos de sus relatos han sido publicados en diversas antologías como *El abismo mecánico* (Cápside, 2015), *Inframundo* (Entre Libros, 2015) o *Contos da auga* (Meubook, 2014).

Con la novela *El Ojo de Dios* (Apache Libros, 2016) resultó finalista del prestigioso *Certamen Literario Alberto Magno de Ciencia Ficción*. Ha ganado numerosos premios, entre los que destacan el *SER Ciencia ficción: 75 años de la Guerra de los Mundos*; el *XVII Concurso Entre Libros*; el *I Certamen Tinta Negra*; el *XII Certamen Literario Cristo de la Nave*; el 2º premio del *XI Certamen El Mundo Esférico* y el 2º premio del *I Certamen de Ciencia Ficción Literatrón*. Ha sido finalista de otros muchos. Mencionar el *I Concurso CIFICOM de Relatos de Ciencia Ficción*, el del *Centenario del Instituto Español de Oceanografía*; el *II Certamen Pasión por leer* y el *Fanter Film Festival* en sus ediciones IV y V.

EL AQUELARRE

Ferrán Varela Navarro

El saco con el que me habían cubierto la cabeza me impedía ver hacia dónde me conducían, pero no me resultó difícil adivinar cuál era mi destino. Iba a morir. Lo sabía, y esa certeza se apoderó de mi cuerpo con tal ferocidad que los temblores me paralizaron. Estaba tan aterrorizada que casi tenía gracia.

Desde el primer momento, tuve muy claro que alguien como yo no podía aspirar a vivir demasiado. Tarde o temprano nos pillaban a todos, por muy buenos que fuéramos eliminando nuestros rastros de los servidores en los que nos infiltrábamos. Siempre quedaba un cabo suelto que llevaría hasta nosotros, y siempre había algún cabrón a sueldo del Gobierno tirando del hilo. Era solo cuestión de tiempo. Te trincaban, te sacaban a rastras de tu casa y te curaban la locura antipatriótica con su receta mágica: una dosis de plomo en el cerebro. Como le pasó a Voz. Como le pasó a Magno. Como le pasó a Pindox. Como le pasó a tantos otros hackers antes que a ellos y como les pasará a los que vengan después de mí.

Era inevitable y, por eso, en mi fuero interno creía haberlo aceptado. Yo no era una pobre desvalida, víctima de las crueldades de la sociedad y oprimida por la mano de hierro de la dictadura. De acuerdo que en apariencia solo era una redactora de noticias en un medio afín al Régimen, pero en realidad era mucho más que eso. Era una activista. Una rebelde. Una ciberguerrillera. Y como tal me enfrentaría a la ejecución. Había decidido que, cuando llegase la hora, mi último acto de rebelión sería aceptar el fin con serenidad y convicción.

Pero, en lugar de eso, estaba temblando de miedo como la cobarde que, en el fondo, sabía que era.

Tras un trayecto al que le calculé algo más de dos horas, sentí cómo el coche en que me habían metido por la fuerza se detenía. Mientras mis captores me sacaban del vehículo y me guiaban a pie tomándome de los antebrazos, me sorprendí pensando que quizá no existieran los héroes. Cabía la posibilidad de que solo fueran hombres con mala suerte a los que una doctrina ensalzó y mitificó cuando ya estaban muertos. Tal vez los mártires no fuesen más que el medio que las causas usan para reproducirse, como el virus que utiliza un archivo infectado para esparcirse por todo el sistema. Nunca había considerado esa opción

antes. No era tranquilizadora.

Un tirón en el brazo me frenó en seco y oí el inconfundible cliquear de unas llaves magnéticas deslizándose por la ranura de las electroesposas. Por un instante, el pulso eléctrico subió de intensidad, produciéndome un espasmo. Caí al suelo a la par que los grilletos se abrían y liberaban mis muñecas. Dudé un momento. No podía entender por qué querían soltarme.

Se me ocurrieron dos únicas posibilidades: o bien era una trampa para abatirme mientras huía, o bien era, simplemente, el final. Quise correr, pero mis piernas no respondían. Así que me quedé inmóvil, de rodillas, escuchando mi respiración y oliendo mi propio aliento. Sollocé en silencio mientras esperaba la descarga de plomo que iba a volarme la nuca.

—Bienvenida —me saludó una voz de ecos robóticos—. Espero que mis hombres no hayan sido demasiado bruscos al traerle aquí.

Cerré los puños con fuerza. El carcelero quería jugar conmigo. Hijo de puta. Me incorporé como pude y, antes de quitarme el saco que me cegaba, me enjuagué las lágrimas en su tela. No iba a permitir que esos cabrones me viesan llorar. Pensaba mirar a esos perros del Gobierno a los ojos y escupirles en la cara antes de morir. Solo que, cuando me deshice del saco, descubrí que no había nadie a quien dirigir mi esputo.

Estaba sola, de pie en el centro de una pequeña habitación de paredes metálicas. Parecía una prisión. O un refugio antiaéreo. Me escamaba que no hubiese ni rastro de mis secuestradores, pero no tenía tiempo que perder haciendo elucubraciones. Había dos puertas blindadas, una a cada lado de la estancia. Elegí una al azar y me lancé a abrirla. Aunque, por supuesto, no podía ser tan fácil. Estaba sellada herméticamente y el cuadro de mandos no respondía a ninguno de los códigos de infiltración que estaba introduciendo.

—Vamos —le siseé a la pantalla la cuarta vez que me respondió un mensaje de error al introducir un comando de apertura—. ¡Vamos, joder!

—No se asuste, no trabajo para quien cree. Solo quiero hacerle una pregunta. ¿Es usted la hacker que se hace llamar Logos?

Un escalofrío me trepó por la columna vertebral y me erizó el vello de la nuca. Era

la misma voz de deje robótico que me había dado la bienvenida. Así que por eso no me habían matado aún: querían que confesara y, de paso, seguro que esperaban sacarme información sobre mis contactos. Maldije para mis adentros. Había oído historias sobre las torturas a las que sometían a los reos políticos y, la verdad, prefería mil veces ser ejecutada sin juicio a enfrentarme a ellas. Sabía que no soportaría el suplicio físico, que me derrumbaría al instante. Maldita sea, yo era periodista y activista, estaba hecha para obtener y revelar secretos, no para guardarlos. Me volví con cautela, con la lengua entre los dientes, dispuesta a suicidarme arrancándomela de un bocado si encontraba algo amenazador a mis espaldas. Pero, de nuevo, no hallé nada.

—Logos. ¿Es ése su alias? —insistió mi interrogador invisible—. ¿Es usted la persona que accedió a los servidores restringidos del Gobierno y publicó información clasificada en, al menos, doce ocasiones?

Entonces me percaté de que las preguntas surgían de un altavoz, disimulado como una rejilla del conducto renovador de oxígeno en una de las esquinas superiores de la sala. Comprendí el juego. La celda estaría plagada de micrófonos para captar cualquier confesión mientras me martilleaban con una batería de preguntas. Tortura psicológica. Eso es lo que pretendían hacerme, minar mi moral con una guerra de desgaste. Casi me sentí aliviada; eso podía resistirlo, al menos durante un tiempo. Un tiempo que podía aprovechar para escapar.

—Que te jodan —susurré, antes de encararme de nuevo hacia el cuadro de mandos de la puerta.

—No sea malhablada y colabore, por favor —me recomendó el interrogador—. Todos saldremos ganando. Le aseguro que no pretendo hacerle daño.

Le di las gracias por su oferta, la decliné con educación y le sugerí un lugar muy específico por el que podía metérsela antes de centrarme de nuevo en el cuadro de mandos. Mientras el altavoz me avasallaba con un millón de preguntas, me fijé en algo que me hizo sonreír: la terminal era una MT-08s, un modelo que llevaba algún tiempo en el mercado. Y, según había descubierto en una de mis últimas infiltraciones, casi todas las '08 tenían un defecto que las hacía vulnerables.

Golpeé el cuadro de mandos hasta que conseguí sacarle la carcasa lateral y dejar a la vista sus tripas electrónicas. No me costó encontrar el cable de alimentación. Lo desconecté y

volví a conectarlo. Las terminales de este tipo de puertas blindadas habían sido diseñadas para resistir un bombardeo sin sufrir siquiera una bajada de tensión, para seguir funcionando aun en las peores circunstancias, para no desconectarse jamás. Sus creadores nunca pensaron que la máquina pudiese apagarse y, por eso, olvidaron algo elemental. Cada vez que se reiniciaban, la contraseña se restablecía y volvía a ser, por defecto, la misma con la que salía de fábrica: el número de serie de su placa base.

Fruncí los labios, nerviosa, cuando los seguros chasquearon y la puerta comenzó a abrirse con un siseo hidráulico. Aunque no hubiese cámaras grabando mis movimientos, estaba segura de que en la sala de control ya estarían sonando todas las alarmas. Escapar de la celda era solo el primer paso para huir de aquel maldito lugar. En tanto la mampara de acero ascendía, respiré hondo y me preparé para correr por mi vida hacia donde la suerte decidiera llevarme. Llegué a dar dos o tres pasos antes de darme cuenta de que el acceso que había abierto no daba a un pasillo, sino a una nueva sala cerrada. Estaba atrapada en una nueva celda. Con una nueva puerta. Con un terminal nuevo, modelo MT-09sst. Insalvable.

—Los sensores han detectado que ha logrado usted romper el bloqueo de seguridad de la puerta. Enhorabuena —me felicitó el altavoz, en un tono tras el que se intuía una sonrisa—. Pero permítame decirle una cosa más: según mis datos, solo una persona no autorizada por el Gobierno ha accedido a los archivos secretos en que se informa sobre la tara de las terminales '08. Gracias por confirmar su identidad, Logos.

Algo se heló dentro de mí e hizo añicos la poca entereza que aún conservaba. Los ojos se me anegaron en lágrimas. Acababa de delatarme de la forma más estúpida. Ya me habían vencido. Y de pronto, entre el dolor de mi derrota, sentí crecer el ardor de la rabia. Era fuego trepando por mi garganta.

—Cabrones... —mascullé, justo antes de ponerme a gritar—: ¡Sois unos hijos de perra! Tú y los que son como tú. Cerdos del Gobierno. Os creéis invulnerables en esos puestos de poder que habéis blindado con leyes absurdas, escondidos detrás de ese falso Parlamento que disfraza vuestra dictadura de democracia. ¡Hipócritas de mierda! Os vino de perlas que estallara la guerra, ¿verdad? No os importó que los muertos se contaran por millones, porque, al fin y al cabo, éramos el puto primer mundo. Era nuestra avanzada tecnología contra los desfasados fusiles enemigos. Y, claro, sabíamos que estaban desfasados

porque ¡éramos nosotros quienes se los vendíamos! Iba a ser un combate de bombas contra palos y piedras. Por cada soldado nuestro caerían veinte de los suyos. ¿No era esa la estimación oficial? Y en esa veintena ni siquiera contabais con las bajas civiles. O, mejor dicho, no os importaban, porque combatíamos lejos de nuestras fronteras. Los pobres diablos que morían por daños colaterales no eran de los nuestros... hasta que la batalla llegó a nuestra casa. Desgraciados.

» La amenaza del enemigo a las puertas os sirvió para hacer lo que os vino en gana. Aprovechasteis el pánico que vosotros mismos generabais entre la población a través de los medios de comunicación para recortar derechos que habían sido nuestros desde siempre. ¡A la mierda la libertad de expresión! ¡La libertad de culto! ¡La libre circulación! ¡El sufragio universal! Nos metisteis en la cabeza que todo eso son lujos para los tiempos de paz. Y, ahora que la guerra por fin está acabando, ahora que está ganada, ya nos tenéis domesticados y no pensáis aflojar la correa. —Mi voz temblaba de furia—. Pero asegúrate de decirle a tus superiores que hasta un perro domesticado puede morder la mano que le estrangula.

La respuesta se hizo esperar lo que a mí me pareció una eternidad. Me sentí indefensa, impotente y aislada en esa celda en que no había más que silencio, odio hacia mis captores y sollozos mal reprimidos. Cuando por fin llegó, no fue la que esperaba.

—Muy bien. Aprobada —respondió la voz—. Puede unirse a nosotros en nuestra lucha contra el sistema.

Tardé unos segundos en acordarme de cómo respirar. Nada tenía ningún sentido.

—¿Q-qué? —balbuceé.

—Ya le he dicho que no trabajo para quien usted cree.

—¿Para quién, entonces?

—Para el bienestar del hombre.

—¿Quién eres? —pregunté—. ¿Qué quieres de mí?

—La invito a pasar y descubrirlo usted misma.

Sonó un chasquido seco a mi espalda. Los seguros de la puerta con la terminal modelo MT-09sst se habían abierto. El telón de metal comenzó a levantarse, revelando tras de sí unas escaleras que descendían en espiral. Sin saber muy bien por qué, retrocedí unos

pasos. La posibilidad de que me hubiese secuestrado un psicópata me asustaba más que una ejecución sumaria. Con los perros del Gobierno al menos sabía a que atenerme.

—Antes de bajar, vístase con la túnica y colóquese la máscara y el distorsionador de voz, por favor —me pidió mi captor al tiempo que una placa de la pared de la celda se deslizaba hacia un lado, descubriendo un expositor en el que reposaba el disfraz que me había ordenado ponerme.

—No pienso seguirte el juego, mamón enfermizo —siseé—. Déjame salir.

—Vamos, no tenga miedo —intentó tranquilizarme la voz—. Además de hacker, es usted periodista, sé que lleva la curiosidad en la sangre. Le ruego que se dé prisa, la estamos esperando.

Puede que el tipo estuviese loco, pero desde luego había hecho los deberes antes de secuestrarme. No solo conocía mi identidad de hacker, sino que, además, parecía comprender mi personalidad y mis motivaciones. Obedecí. No tanto por no estar en posición de negociar como por mi casi patológica tendencia a investigar. Yo sabía que, aunque lograra huir de aquella especie de prisión, mi mente volvería una y otra vez a ese momento, a esa misma celda, preguntándose qué habría pasado si me hubiese atrevido a aceptar la invitación de ese demente. Así que me acerqué al expositor, me vestí con la túnica roja, me coloqué el ceñidísimo collar que alteraría mi voz hasta hacerla irreconocible y tomé entre mis manos la máscara que cubriría mi rostro. Representaba una cara de rata.

—Esto es absurdo —murmuré mientras me la ponía. Mi tono sonaba ahora tan impersonal y robótico como el de mi secuestrador—. Un ratón metiéndose en la boca del lobo.

Respiré hondo tres veces, repitiéndome que no tenía elección, y me encaré a la puerta. Tragué saliva, atravesé el umbral y descendí las escaleras hacia una misteriosa reunión sin saber, todavía, que también avanzaba hacia una nueva era.

Accedí a una enorme sala blanca que parecía extenderse hasta abarcar todo el horizonte. Por supuesto, eso era imposible. Debía tratarse de un efecto óptico o algún truco similar. El cerebro me decía que el fulgor blanco de las paredes, la iluminación indirecta y la aparente inexistencia de esquinas debían ser los responsables de ese espejismo. Mis ojos, sin

embargo, se perdían en una inmensidad de luz, como si nadasen a la deriva en un mar que no conocía límites ni fronteras. Sabía que la sala no era infinita, pero la sensación de vulnerabilidad e insignificancia que me generaba era real.

Solo un puñado de contornos manchaban aquella llanura nívea y conseguían centrar mi atención. Dispuestas en círculo, había once escaleras de caracol idénticas a las mismas por las que yo había bajado; en el centro de la circunferencia se hallaba una mesa de un solo pie, ovalada y oscura, con inscripciones cobrizas en su superficie; alrededor de ésta, doce sillas de aspecto regio formaban una corona. Solo dos estaban libres.

Me acerqué a una de ellas tratando que mi paso pareciese firme y decidido. Sentí cómo los diez individuos que me esperaban en la mesa me diseccionaban con la mirada. Todos ellos ocultaban su rostro bajo máscaras de animales y vestían la misma túnica roja que yo. Tuve que usar toda mi fuerza de voluntad para no dejarme intimidar por su tenso silencio, por lo tétrico de su porte, por la hostilidad que desprendían. No iba a dejarme amilanar. Pensé que podía aprovechar que las anchas ropas tapaban mi figura para hacerme pasar por hombre. A malhablada no me ganaba nadie, y ya me había servido de esa treta en otras ocasiones. Estaba segura de que si los investigadores Gobierno no habían dado conmigo antes era porque no concebían que Logos, uno de los mejores hackers, fuese una mujer.

—¿Y bien? —gruñí al sentarme en mi silla—. ¿Quién cojones sois?

—Cualquiera podría preguntarte lo mismo —me respondió, con voz metálica, el que portaba la máscara de un gallo.

—De eso trata este maldito teatro de sombras —intervino el que se escondía tras la cara de un gato—. Las máscaras, las túnicas y los alteradores de voz sirven para que mantengamos el anonimato entre nosotros. Es una práctica bastante común en los altos negocios; alguna vez he tenido que negociar en situaciones similares.

—¿Has estado aquí antes? —le preguntó el zorro. Sus palabras me sonaron extrañas, como si hiciese un esfuerzo por acentuar la sílaba incorrecta. Tal vez fuera extranjero.

—Nunca —negó el gato—. Es la primera vez que me citan en un sitio como éste.

—No pienso creerme tus putas mentiras —le espeté, con más rudeza de la que pretendía. El timbre robótico no ayudó a que mi voz sonara menos amenazante—. Tú y los tuyos me habéis secuestrado, y pagaréis por ello.

—¿Te han secuestrado? —inquirió, sorprendido, el pulpo—. ¡Eso es inaceptable! ¡Es...!

—No espero que te creas nada, Rata —le cortó el felino—. Me importa bien poco

cómo has llegado hasta aquí o las preguntas que tengas en la cabeza. Lo único que quiero es irme cuanto antes. Y, como consejo, te recomendaría que mostrases un poco de respeto cuando te dirijas a mí. No sabes quién podría estar debajo de este disfraz.

—Descúbrete, entonces —le pinchó el de la careta de serpiente.

Gato se creció en su asiento, enervado por el desafío, y se llevó la mano a la cara. Recuerdo que pensé que esa sería su perdición. ¿Ser el primero en descubrirse ante unos completos desconocidos? Menuda estupidez. A Gato le perdía el orgullo, podía leerlo en cada uno de sus gestos. Era arrogante e incauto, y no hay nadie tan fácil de vencer como los que creen tener algo que demostrar.

Aunque también era menos idiota de lo que parecía. Se detuvo en seco antes de quitarse la máscara.

—No —masculló antes de volver a posar las manos sobre la mesa—. No me interesa revelar mi identidad.

—Sospecho que no nos interesa a ninguno —señaló el de cabeza de paquidermo—. Creo que todos los aquí presentes tenemos algo que ocultar, y que nuestro anfitrión pretende exprimir esa debilidad en su beneficio.

—Sus deducciones no se alejan mucho de la verdad, Elefante, pero son inexactas. No voy a usarles en mi beneficio, sino en el de la humanidad. Voy a asegurar que exista un futuro, por el bienestar del hombre.

Nos volvimos hacia la dirección de la que provenía la voz. Una figura ataviada con nuestros mismos ropajes y una máscara de búho bajaba por una de las escaleras de caracol y se dirigía a nuestro encuentro.

—¿T-tú eres el que ha or-organizado esta locura? —dijo el que portaba una careta equina. El distorsionador podía ocultar su timbre de voz, pero no su tartamudeo. Ni su miedo—. Solo quiero ma-marcharme. No diré nada de lo que he visto, lo juro.

—¿Locura? Oh, no, no, no, no. No, querido Caballo. Es mejor que llamemos a las cosas por su nombre —comentó la lechuza en tanto se acercaba a la mesa y ocupaba su sitio—. Esto es un aquelarre y yo soy Búho, el maestro de ceremonias.

Hubo algo en esa frase. Algo tan frío, tan perturbador, que sentí cómo el presente se

congelaba junto a mi sangre. Vosotros, los jóvenes de ahora, afortunados que nacisteis después de que acabara la guerra, no podéis siquiera comprender la peligrosidad de aquella palabra. Caballo estaba en lo cierto: proclamar un aquelarre en plena Guerra Santa, en plena Cruzada, no podía calificarse más que de locura.

—Pero ¿qué...? —comenzó alguno de mis compañeros, no pude determinar quién.

—Les pido paciencia, por favor —interrumpió Búho—. Sé que la mitad de ustedes están aquí en contra de su voluntad, y no pretendo alargar esta situación ni retenerles más de lo necesario. Solo quiero que me concedan la oportunidad de explicarme. Estoy seguro de que les convenceré para que se unan a mi causa.

—¿Y si no es así? —quiso saber el zorro.

—Serán libres de irse a casa, por supuesto.

Todos nos callamos durante un momento. El búho había dicho que la mitad estábamos retenidos, lo que significaba que la otra mitad estaba confabulada con él. Si tuviese que apostar, me habría inclinado por pensar que dos de los aliados de mi anfitrión eran la serpiente y el mono. Se les veía demasiado cómodos en sus asientos. Sin embargo, no era más que una corazonada y, además, desconocía quiénes podían ser los otros cuatro. Puede que estuvieran fingiendo no saber nada. Puede que Búho se hubiese marcado un farol. En cualquier caso, el escenario que me parecía más probable era que seis de nosotros estábamos tratando de discernir dónde nos habíamos metido mientras los otros seis evaluaban nuestras reacciones con ojo clínico. Blasfemé en voz baja contra un Dios en el que no creía.

—Vivimos una época de caos y barbarie —comenzó el maestro de ceremonias—. Por fortuna, el caos es el campo de cultivo de las oportunidades. Todos los aquí presentes tenemos tres cosas en común. La primera es que estamos en contra de las dictaduras a las que han sucumbido nuestros distintos países. La segunda, que la guerra repercute negativamente en nuestros intereses, ya sean éticos o económicos. La tercera, y más importante, es que cada uno de nosotros doce es un destacado experto en su campo. Nuestro grupo cuenta con una variada gama de habilidades: tenemos genetistas, historiadores, antropólogos, teólogos, físicos matemáticos, ingenieros, legisladores... Somos la élite tecnócrata.

—Espero que no estés sugiriendo un golpe de Estado —intervino el gallo.

—¿Tienes miedo? —rió la serpiente.

—¡Eso es intolerable! —bramó Pulpo—. No pienso unirme a un grupo terrorista.

—Amigos, por favor, no sean tan cortos de vista —le calmó el búho—. ¿Cuántos años de estabilidad nos proporcionaría derrocar a un único gobierno occidental? Lo más probable es que ni siquiera uno. Si los nuevos dirigentes no se corrompen al alcanzar el poder, cederán ante presiones externas y, si no, acabarán asesinados por sicarios de gente con mucha ambición y pocos escrúpulos. No. La única forma de que el cambio perdure es ofreciéndole a la gente algo en lo que creer. Y, créanme, la población se aferrará a lo que sea con tal de aliviar la tristeza de la guerra. En realidad, yo había pensado en...

—Una religión —terminó el toro.

—Exacto —aplaudió el cuervo—. Sabía que habíamos hecho bien en convocarte, Toro. Aunque seas un moralista.

—¿Tú estás con él? —pregunté, fulminándole con la mirada—. ¿Estabas al tanto de esto?

—No. O no del todo, al menos —se disculpó el toro, alzando las palmas hacia mí—. Es por los grabados de la mesa. Estos dibujos forman el árbol de la vida de la cábala. Son los diez sefirots. Representan la Creación y, a la vez, las virtudes que deben equilibrarse entre ellas para formar un todo perfecto. La unión con Dios.

—Una religión —retomó el búho—. Una doctrina moral que no luche contra el sistema, sino que lo infecte y lo haga cambiar desde dentro, como hizo el cristianismo con el Imperio Romano. Es la única forma de conseguir un cambio duradero.

—Esto es ridículo —dijo el pulpo—. Fueron las diferencias entre las distintas religiones lo que nos condujo a la guerra, el pilar central del argumento que usaron tanto los gobiernos occidentales como los orientales para lanzar a sus soldados a una cruzada.

—Era solo una excusa como cualquier otra —rebatí el gallo—. Demasiados países llevaban años tratando de salvar la crisis económica y el paro masivo haciendo que buena parte de la población se dedicara a la carrera militar, a la producción de armas y a los recursos bélicos, y eso solo puede acabar de una forma. Pasó en mil novecientos catorce, pasó en mil novecientos treinta y nueve y pasó en dos mil veintiocho.

—Puede ser, pero si no fuese por ese fanatismo que despiertan esas religiones aún existirían París, Londres o Milán —continuó el cefalópodo—. Nunca se habría llegado tan lejos.

—Ahora Francia no es más que un erial radiactivo —se lamentó el zorro.

—Podría haber sido destruida muchísimo antes. Tras la caída del Imperio Romano, el cristianismo fue lo que salvó a Europa de la anarquía.

—Aunque quizá la religión tuviera sentido en la antigüedad —atajé al gallo—, en la

actualidad no es más que un nido de fanáticos que los cabrones del Gobierno azuzan para mover el mundo a su antojo.

—¿Y si solo existiera una, Rata? —me preguntó el búho, inclinándose hacia mí sobre la mesa—. Un solo punto de vista, sin ningún adversario contra el que los países pudiesen “azuzar” a los fanáticos. Imaginen una religión que prohibiese usar armas como mandamiento. Una que fuese capaz de mantener el orden en la moral de los individuos. Una que no se viera influenciada por las leyes que aprobasen los distintos Estados. Eso impediría que la gente se enfrentara entre sí.

—Claro, es fácil —escupió Gato. Se cruzó de brazos y se recostó en la silla—. Primero nos la inventamos desde cero y adoctrinamos a unos cuantos millones de acólitos, luego acabamos con el resto de religiones y con todos los gobiernos y, al final, repartimos paz y amor por todo el mundo. Un puto plan maestro. ¿A qué estamos esperando?

—Al pistoletazo de salida —sentenció el cuervo.

Búho se tocó el anillo que portaba en el meñique de la mano derecha. Debía accionar alguna suerte de mecanismo, porque uno de los círculos sefiróticos que adornaban la mesa chirrió al partirse en dos. De la finísima apertura que separaba sus dos mitades brotó una cortina de vapor sobre la que unos haces de colores proyectaron un holograma mudo. En la grabación, un bebé de no más de un año jugaba con una montaña de cubos marcados con distintos símbolos geométricos.

—¿Q-quién es el niño?

—Nuestro salvador. Hemos tenido que esperar a que alcanzase una edad adecuada para evaluarle.

—Así que incluso tenéis un mesías —bufó el gato—. Increíble.

—No es “un”, es “el” mesías —le corrigió la serpiente—. Las capacidades de ese niño están muy por encima de las de cualquiera de nosotros.

—Me encargué personalmente de clonarlo a partir de las muestras de ADN contenidas en la Sábana Santa —explicó el mono, no sin cierta suficiencia—. Serpiente cedió su vientre para la gestación.

El aquelarre estalló en un coro de blasfemias y expresiones de incredulidad. Tomé buena nota de quiénes parecían afectados por la revelación de forma genuina y quién parecía fingir sorpresa. Algunos, como Mono, Serpiente y Cuervo, no se dignaron ni a rebullirse en

sus asientos.

—Gilipollecés —exclamé.

—No es p- posible —coincidió Caballo—. Se demostró con la prueba del c-carbono catorce que la supu-supu-supuesta Sábana Santa databa del siglo cat-cat-cat-catorce. No puede contener inf-información genética de Jesús.

—Esos estudios fueron mentiras propiciadas por el propio Vaticano —aclaró Mono—. Me imagino que, precisamente, pretendían evitar lo que nosotros hemos conseguido.

El alboroto se mantuvo durante un rato en tanto que los que no sabíamos cómo manejar la situación gritábamos e insultábamos con tal de calmarnos. Cuando volvió a hacerse un relativo silencio me percaté de que, a mi lado, Toro meneaba la cabeza y murmuraba sin cesar.

—Y... ¿Es...? ¿Tiene...?

—¿Poderes mágicos? —aventuró la serpiente en una artificial carcajada.

—No, Toro. Puede practicar sus ritos judíos, islámicos, hindúes o cualquier otra herejía de esas que tanto le gustan tranquilo; no existe ningún ser divino que pueda juzgarle. Solo los humanos tienen esa odiosa costumbre —contestó Búho—. Sin embargo, el niño tiene un potencial enorme.

—Es superdotado —dijo Elefante. Cuando vio que algunos le mirábamos sin comprender, señaló el holograma y añadió—: La forma en que amontona los cubos no es casual. Hay un patrón. A esa edad, un niño normal no ordenaría los cubos, solo los lanzaría. Uno muy listo, conseguiría hacer torres colocando cubos de forma aleatoria. Uno excepcional, construiría una de cada color.

—Yo no veo que esté clasificando los cubos por colores —dijo Gallo.

—No —convino el elefante—. Los está ignorando a propósito. Está ordenando los dibujos poligonales de menor a mayor número de lados.

Comprobé, con la boca abierta, que el paquidermo llevaba razón. El chiquillo no solo demostraba una inteligencia enorme y precoz, sino también una capacidad de concentración abismal. Aunque el patrón geométrico resultaba mucho más lógico, no debía resultar fácil para un niño de su edad ignorar los chillones tonos de los cubos.

—Habla con bastante fluidez desde los ocho meses. Llevamos un par de semanas enseñándole matemáticas a través de diversos juegos. En cuanto tenga un poco más de fuerza en los dedos, le enseñaremos a escribir —anunció Búho—. Calculamos que su cociente intelectual supera con holgura los ciento ochenta. No es de extrañar que, en el siglo primero, creyeran que las obras de un cerebro como el suyo eran fruto de milagros y no de simple inteligencia.

—Ciento ochenta, siendo tan pequeño... —mustió el paquidermo—. A esa edad, todavía tiene un margen de mejora increíble. Jamás habría soñado con encontrar un potencial de esta envergadura.

—Pues ahora tiene la oportunidad de trabajar con él —le ofreció Cuervo.

—La educación de niños de intelecto superior es su especialidad, ¿no es cierto? —prosiguió el búho—. Si usted consigue desarrollar las habilidades de este niño hasta el límite, Elefante, no habrá nada que no pueda conseguir.

Búho se levantó entonces y, abriendo los brazos, dejó que las mangas de su túnica colgasen como alas escarlatas.

—Este niño acabará con las guerras, con las tiranías, con las fronteras, con las diferencias entre todos los hombres... —Bramó. Y, a continuación, completó la frase con un tono tranquilo y sosegado—: ...si nosotros le facilitamos el camino. Con la ayuda y la guía de un grupo de expertos como el nuestro, será capaz de llevarnos a una nueva era. Damas y caballeros, he aquí la oportunidad que les brindo: ser los doce apóstoles de la religión que cambiará el mundo.

Doce horas más tarde, al acabar aquel aquelarre que sería el primero de muchos, yo ya estaba convencida de que derrocaríamos a las dictaduras. Había dejado de ser una simple activista, una loba solitaria, para formar parte de algo más grande: estaba en el epicentro de un terremoto que haría que se tambalearan todos los tronos de la Tierra.

—¿De verdad es necesario? —le pregunté a Búho cuando, ya a solas, pretendía volver a ponerme el saco para que sus secuaces me llevaran de nuevo a mi casa. Resultaba tranquilizador haber recuperado mi timbre de voz. Ya no sonaba como una máquina sin personalidad ni sentimientos.

—Es por seguridad. No nos conviene que conozca el camino —insistió él mientras me colocaba el saco en la cabeza—. Pero tranquila, Rata; esta vez no habrá electroesposas.

—El aquelarre ha terminado. Llámeme Logos —le pedí, ya ciega—. He jurado que estoy de tu parte, no voy a delatar la ubicación de nuestro cuartel general.

—No está de mi parte —me aseguró Búho, en tanto me incitaba a caminar tomándome del brazo con suavidad—. Nunca lo estará.

—¿A qué viene eso?

—A que, para que esto prospere, vamos a tener que hacer cosas que alguien como usted no aprobará.

—Llevo años luchando contra el Gobierno con métodos más que dudosos —protesté—. Creo que eso demuestra que no me da miedo romper algunas normas con tal de que la gente pueda vivir en paz.

—¿Alguna vez se ha parado a pensar en la forma del demonio? ¿En por qué tiene infinidad de nombres distintos? ¿En por qué la lujuria es un pecado capital? ¿En por qué los científicos eran perseguidos como brujas durante el medievo?

—No —contesté. Las preguntas me resultaron inquietantes, pero lo cierto es que todo aquel día había sido de lo más extraño.

—La respuesta es la misma: control sobre la población —me explicó—. El diablo tiene cuernos y pezuñas, algo con lo que solo cuentan los herbívoros, a pesar de que lo más lógico sería que lo identificáramos con algún animal carnívoro, como el lobo o el tigre, que nos infunden un temor natural.

—Nunca lo había pensado —admití tras unos cuantos pasos en silencio.

—El caso es que el demonio no es un demonio —continuó él—. En su origen, esa forma entre taurina y cabría correspondía a un dios pagano al que el judeocristianismo quiso derrotar: Baal el príncipe o, dicho en su lengua, “Baal zebul”. Supongo que ese nombre le sonará más.

—Belcebú —asentí.

—El judeocristianismo demonizó a Baal y a toda divinidad que encontró a su paso con tal de que los fieles persiguieran al resto cultos y, así, la religión de Jehová ganara terreno.

—Vale, muy bien, pero no sé que tiene que ver eso con la lujuria o la inquisición.

—El primer paso es eliminar a los competidores; el segundo, dominar a los creyentes —dijo Búho, guiándome hacia la derecha para tomar un nuevo pasillo—. Una de las formas más efectivas de hacerlo es inculcarles sentimientos de culpa por cosas naturales

como, por ejemplo, practicar sexo o, incluso, por el mero hecho de desearlo. Eso asegura que los fieles acudan al confesionario a expiar sus pecados y, de ese modo, que los clérigos obtengan poder sobre sus feligreses. Conocen sus secretos, sus puntos débiles, y así pueden manejarlos.

—El último paso es monopolizar la cultura e impedir los avances —comprendí—. Mantener a la masa ignorante es igual a mantener el poder estabilizado y sin revueltas internas.

—¿Lo entiende ahora? Para conseguir lo que nosotros pretendemos, tendremos que hacer lo mismo que el judeocristianismo hizo en su época. —Nos detuvimos un momento. Al poco, escuché cómo Búho tecleaba en una terminal y, después, el siseo de una puerta. El frío del exterior me hizo estremecer—. Aunque sea por el bien del futuro, tendremos que mentir a la gente, hacerles creer en un dios que no existe, atarles a unas normas divinas que no son más que una ilusión que nos permitirá manipularles.

—Si eso acaba con los problemas de la sociedad, estoy dispuesta a aceptarlo —dije, encogiéndome de hombros—. Para hacer una tortilla hay que romper algunos huevos.

—Cierto —me concedió. Volvimos a ponernos en marcha—. Pero cuando caigan los gobiernos, Logos, se dará cuenta de que los preceptos religiosos llegan a lugares que la ley no puede alcanzar. De que controlaremos la vida de las personas a un nivel tan íntimo que las cadenas de la dictadura, a su lado, le parecerán ligeras. Estamos comprando la paz con la libertad.

—Entonces, ¿solo me ha reclutado porque mis conocimientos de hacker les permitirán ir un paso por delante del Gobierno?

—Prometeo. Seth. Loki. Lucifer —me enumeró—. Todas las mitologías cuentan con un traidor entre sus filas, con alguien que convierte al líder religioso en un mártir de la causa. Es necesario. No la he reclutado porque sea hacker, sino porque es periodista y, como tal, es incapaz de tener la boca cerrada. Usted será nuestro Judas Iscariote, y su traición alzaré a nuestro mesías a un nuevo nivel. Usted hará que, a su muerte, deje de ser un ser humano para convertirse en un ser divino. Un dios que será verdadero en la mente de los fieles.

—Siento decepcionarle, pero estoy a favor de la paz en el mundo —me refí—. No voy a traicionar al aquelarre.

—Oh, créame que lo hará —rió él a su vez, mientras me hacía agacharme para sentarme en el asiento de un coche—. Solo que, cuando lo haga, ya será tarde. En lugar de detener lo que hoy hemos iniciado, conseguirá justo lo contrario.

Oí cómo cerraba la puerta antes de darme tiempo a replicar. Me dio rabia que el muy bastardo creyese conocerme mejor que yo misma. Que estuviese tan seguro de cuáles serían mis actos que se permitiera contármelo sin ningún pudor. Que dudara de mi lealtad y, no contento con eso, tuviera la indecencia de asegurarme que mi traición formaba parte del plan.

Aunque lo que más furiosa me ponía, con diferencia, era sentir la historia hormigueándome en la punta de la lengua.

Ferran Varela Navarro

Nació en 1988 en Barcelona. Creció pegado a los libros, los cómics y los videojuegos, pese a lo cual encontró tiempo para cursar la carrera de Derecho y licenciarse en 2011. Actualmente ejerce de abogado, trabajo que compagina con su afición por la escritura. Es autor de un puñado de relatos, entre los que destacan *El Ariete*, ganador del I premio de relato fantástico y de terror Etrebol; *Lux Mundi*, accésit del IV premio Ovelles Elèctriques; *Preta*, finalista destacado en el II certamen de relato temático TerBi; y *La cola de la lagartija*, finalista de la V edición de ese mismo certamen. Su primera novela, *El Arcano y el Jilguero*, una historia de fantasía oscura sobre la culpa, la redención y la venganza, anda en busca de editor.

Cualquiera que lo desee, puede ponerse en contacto con él a través de la dirección varela-navarro@hotmail.com

El Dios Púrpura

Antonio Sancho Villar

—¿Falta mucho? Para la ciudad...¿Mucho?

El guía se giró en su montura, miró a Mendoza con esos ojos acuosos de los *mapi*, ovalados y cortados en dos por una pupila vertical, sobresaliendo a ambos lados de su cráneo puntiagudo. Ojos de batracio, de cabra quizás. Mendoza no habría podido compararlos con los de ninguna criatura de la Tierra. La verdad es que nunca se había interesado demasiado por la biología. El guía empezó a soltar una de esas largas retahílas llena de aspiraciones, sonidos guturales articulados en su protuberante garganta. Un idioma de salvajes. Mendoza se quitó su salakot de la cabeza y secó la catarata de sudor que corría por su frente.

—No entiendo...No... Señorita Desmond ¿Podría decirle que no entiendo lo que dice? Me está poniendo perdido de babas.

La mujer se adelantó, espoleando los costados de su galópedo. Se colocó a la altura del guía, y empezó a hablarle con aquellos sonidos, aunque incapaz de alcanzar la profundidad y fluidez de la que era capaz el *mapi*. Sus aparatos fonadores eran demasiado diferentes a los de los humanos, y la comunicación nunca era del todo satisfactoria. Era lo que Mendoza tenía entendido. Pero la señorita Desmond lo manejaba con una naturalidad aterradora. Casi parecía sentirse a gusto en aquella jungla dejada de la mano de Tekné. “Demasiados años en las colonias”, pensó Mendoza. “Casi se ha hecho nativa. Una lástima.” Dio un repaso visual a las sinuosas formas de la mujer, intuidas por debajo de su ligero vestido de fibra vegetal, adornado con plumas de vivos colores, a su cabellera rubia recogida en una larga coleta con forma de látigo, llena de barro y ramas. Sacudió la cabeza. Una verdadera lástima. Con la ropa adecuada, y después de un buen baño, haría furor en los bailes de la Tierra. A una chica de tan buena familia —una Desmond, nada menos— le sería fácil encontrar marido. Mendoza le hablaría sobre ello a Sir Jonas Desmond, su padre, cuando volviese a casa. Se habían conocido hacía unos meses, por casualidad, en la recepción de la *Imperial Geographic Society* de Nuevo Londres. Mendoza le mencionó que se proponía partir a Wesleydonia en el próximo exo—dirigible que se dirigiese hacia la nube de Magallanes, comisionado por el gobierno imperial terrestre para realizar un censo entre los nativos del planeta. Sir Jonas le comentó que su hija Susanna se encontraba en Wesleydonia, estudiando las costumbres de los *mapis*, sus habitantes aborígenes. Escribió una carta de

recomendación para Mendoza y envió una comunicación telemática a Susanna para que hiciese las veces de acompañante.

—Dice que no falta mucho. Un día más, a lo sumo. Dentro de poco acamparemos para pasar la noche.

Susanna lo trataba con cierta displicencia, cosa que Mendoza soportaba con dificultad. Cuando aquella jovencita asilvestrada lo había recogido en el puerto espacial de Wesley City, ataviada con prendas nativas, habían provocado un verdadero escándalo. Jamás habría imaginado que Sir Jonas hubiese podido criar una hija así.

—Gracias a Tekné, estoy agotado, no podría aguantar muchos más días de viaje. Esta selva es horriblemente húmeda. Y los insectos...¿No echa de menos la Tierra, querida?

La chica le lanzó esa mirada fiera, despectiva, con la que no había dejado de martirizarle desde que bajó del exo—dirigible.

—Esto me gusta, señor Mendoza. Más que la Tierra.

—Bueno, supongo que Wesleydonia tiene encantos que...

La mujer soltó una carcajada.

—Wesleydonia...Que nombre tan horroroso para un planeta, o para cualquier otra cosa. Llámelo por su verdadero nombre: *Uktu'map*.

Mendoza sintió un calor repentino en el rostro. Carraspeó.

—Ése es el nombre que le dan los salvajes, supongo. Pero Wesleydonia es el nombre que le dio su descubridor, el gran explorador espacial Phineas Wesley. No lo llamaré de otro modo.

Susanna permaneció en silencio. Palmeó a su galópedo en los cuartos traseros y se adelantó al guía, perdiéndose entre el ramaje. Mendoza cambió de posición la palanca de marchas de su andador todoterreno. Un cuerpo arácnido de metal articulado, propulsado con un modernísimo motor de aguas pesadas, que expulsaba vapor en pequeñas volutas verdosas por una serie de chimeneas situadas en su parte trasera. Era su montura oficial como censor y enviado del gobierno imperial, pero en aquel denso bosque no resultaba demasiado útil. No había ningún sendero, y el sensible mecanismo interno, aunque aislado, sufría por la humedad y el barro. Lo cierto es que se lo habían advertido en Wesley City, antes de partir. En la oficina de censores le habían entregado su acreditación, los formularios estadísticos a rellenar, que ahora descansaban en un arcón en el portaequipajes de su montura, y un mapa de la región que debía inspeccionar. Justo en el ecuador del planeta. En aquel momento la ciudad le había parecido un agujero hediondo, con calles sin asfaltar, barracones de madera haciendo las veces de casas y lleno de reatas de trabajadores *mapis*. En el aire flotaban nubes

de criaturas aladas, parecidas a mosquitos de enormes proporciones. Y el calor, asfixiante y húmedo, parecía taponar cada poro de su piel. Fue perdiendo capas de ropa a medida que avanzaba por la calle principal de la ciudad. Primero su chistera y su chaqué negros, después el chaleco, y por último se permitió, con extrema vergüenza, desabrochar los últimos botones de su camisa de seda. Pero al segundo día de viaje por la jungla, ya echaba de menos las más asequibles incomodidades de Wesley City.

No existían todavía carreteras en el planeta, aunque se había empezado a desbrozar algunas zonas de maleza. Solo había estrechos senderos, formados por las pisadas de infinitud de viajeros a lo largo de siglos, embarrados, con constantes altibajos y atravesados por las raíces de los monstruosos árboles del planeta. Enormes troncos, anchos como casas, elevándose a una altura indecible, rebosando lianas desde sus copas inalcanzables. Todo a su alrededor era verde, infinitos tonos de verde. De vez en cuando un parche de vivos colores, alguna criatura alada de plumaje diamantino, o una extraña flor gigante de tonos chillones. Se había acercado a oler una de éstas, en el segundo día de marcha, pero Susanna lo había detenido de un empujón.

—Si se acerca le escupirá un chorro de ácido.

Después había seguido su camino, como si tal cosa, dejando a Mendoza paralizado frente a la flor asesina. Deseando, con cuánta intensidad, estar de vuelta en un lugar civilizado.

El guía *mapi* y la señorita Desmond parecían viejos conocidos. Por las noches, al acampar, ambos iniciaban animadas charlas en su jerga alienígena. Mendoza se entretenía tomando apuntes en su libreta, o revisando las fichas que tendría que rellenar para el censo. Debía contabilizar el número de nativos en la región, apuntar sus nombres, su estado civil — si es que los salvajes entendían de qué se trataba— y de paso estudiar sus formas de reproducción, sus creencias, y cualquier apunte sobre su subcultura que considerase útil. Wesleydonia había sido descubierto tan solo hacía dos años, por una expedición organizada por la *Imperial Geographic Society*, y aún era mucho lo que se desconocía de sus habitantes, su naturaleza... Susanna Desmond era en esos momentos, sin lugar a dudas, la mayor experta en las costumbres de los *mapis* de todo el imperio terrestre. Pero su actitud la hacía insufrible. Esa noche, sin embargo, después de montar las tiendas colgantes en la rama baja de un árbol, el guía se ausentó del campamento, dejándolos solos. Las dos lunas del planeta estaban llenas, formando un rostro mudo en el cielo, moteado de estrellas. Mendoza y Susanna comieron una cena frugal, en silencio, suspendidos en el interior de sus tiendas de

lona. Mendoza pensó que era un buen momento para sonsacarle algo sobre las costumbres indígenas. Era su trabajo, al fin y al cabo.

Carraspeó.

—Bueno, señorita Desmond, es una noche preciosa, tengo que admitirlo.

Ella levantó la vista.

—Sin duda. Mucho más bellas que las que se podrían ver en la Tierra. Los cielos artificiales de las ciudades subterráneas no son más que una burla, un remedo de lo que el cielo nocturno debió ser hace tiempo...Demasiada industria, demasiado progreso.

—El progreso de una civilización va parejo a su desarrollo material, señorita. Sin duda no ha olvidado las enseñanzas de la Biblia Técnica luterana.

—Por supuesto, señor Mendoza. Es usted un hombre culto, lo había olvidado.

La había importunado de nuevo. Por Tekné, con aquella lunática como compañera no llegaría a ninguna parte.

—Y dígame ¿Sabe adónde ha ido nuestro guía?

—A rezar, probablemente. Mañana habrá un festival en la ciudad a la que vamos, es un día sagrado.

Mendoza rió entre dientes.

—Vaya, así que estos bárbaros todavía se aferran a supersticiones de tipo religioso. Debo escribir sobre ello en mi informe, para que pueda ponerse en marcha un programa de desconversión hacia el Teknicismo, igual que se hizo en las colonias de Marte y Centauri.

Susanna dejó de masticar. Ahora parecía estar verdaderamente furiosa.

—¿Y qué diablos sabe un hombre de la Tierra sobre las creencias de esos que llama “bárbaros”? Lo son mucho menos que usted, se lo aseguro.

Aquello ya era demasiado para Mendoza, no pensaba aguantar ni un insulto más de aquella mujerzuela desvergonzada.

—Escúcheme, señorita Desmond. Acudí a usted por recomendación de su padre, pero ahora veo que cometi un grave error al hacerlo. Su padre es un hombre respetable y cabal, así que dudo mucho que sepa el estado en que vive su hija. Le pondré al corriente de todo a mi regreso, no se preocupe. Este planeta, y esos *mapis*, han ejercido una influencia nefasta en usted. Lo que faltaba es que la convirtiesen en una creyente, a usted, una terrícola civilizada, después de tantos siglos de libertad científica desde que el gran Lutero inició la Cruzada Técnica contra el papado y todas las religiones. Las mentes impresionables como la suya, señorita, no están preparadas para abandonar el ambiente intelectualmente sano de la Tierra.

—Escúcheme usted a mí. No tiene ni idea de quién es mi padre, ni conoce las opiniones que expresa en privado. En cuanto a Lutero y su cruzada, por mi pueden irse al infierno. No establecieron la libertad intelectual, sino la supremacía de lo lógico y lo material sobre cualquier tipo de creencia trascendente, sobre la imaginación...No es sino una esclavitud de distinto signo para el pensamiento, pero esclavitud al fin y al cabo. La ciencia de Lutero y sus seguidores les ayudó a alcanzar cotas de desarrollo tecnológico muy superior al de sus enemigos, es cierto. Desarrollo que aplicaron a la guerra por entero. Así pudieron crear carros de combate propulsados a vapor, escuadrones de aparatos voladores basados en los diseños de Da Vinci, con los que barrieron al papado y los reinos católicos, primero, luego a los musulmanes, hasta la India y China...Hasta unificar la Tierra bajo un mismo Imperio mecánico. No veo nada beneficioso en ello, solo imposición.

—Vaya, ahora tendré que darle una lección de historia. ¿No sabe las atrocidades que se cometieron en nombre de la religión? En nombre de creencias absurdas carentes de toda demostración empírica, que solo servían para legitimar a déspotas. Torturas, masacres, todo para complacer a un supuesto ente superior al que nadie ha visto ni verá jamás, porque no existe. Puede que los técnicos de Lutero cometieran también crímenes...Pero eran tiempos salvajes, y gracias a aquellos sacrificios hemos podido construir una civilización nueva, racional ¡Hemos podido llegar a las estrellas!

—Si, hemos llegado a las estrellas, pero con el único propósito de esclavizar a toda forma de vida inteligente que encontramos, y robar sus recursos. Sobre todo se equivoca en lo más importante, Mendoza. Dios existe, yo lo he visto. El Dios de los *mapis*.

—Delira...

—Lo he visto salir de la ciudad a la que llegaremos mañana, *G'antulug*, la ciudad del Dios, y caminar por los bosques. Un gigante púrpura.

Mendoza resopló. Dejó a un lado la lata de la cena, y cerró la apertura de su tienda. Aquella pobre muchacha había perdido el juicio. Cuando llegasen a la ciudad les pediría a los lugareños que los llevasen de vuelta a Wesley City, donde podrían hacerle una evaluación psiquiátrica. Demasiado tiempo sola, alejada de la civilización. Pobre muchacha. Mientras caía en el mundo del sueño, Mendoza escuchó un extraño canto proveniente del bosque, demasiado enrevesado, melodioso, para ser producido por ningún animal. Cantos a las lunas gemelas, y a tierras de puro pensamiento. Los rezos del guía.

* * *

La mañana estaba avanzada cuando despertó. Susanna y el *mapi* lo esperaban en las raíces del árbol, con sus monturas dispuestas. Se adelantaron mientras Mendoza comprobaba el

depósito de combustible de su andador y ponía en marcha el motor de manivela. La máquina tembló con una pequeña explosión, se llenó del suave ronroneo de la vida mecánica. Mendoza acarició una de sus patas maravillosamente articuladas. No todo el mundo era capaz de apreciar la belleza de la técnica.

Se aupó a la silla del piloto y se puso en marcha, siguiendo el rastro de ramas quebradas que dejaban los galópedos tras de sí. No hizo un esfuerzo por alcanzarlos, sin embargo. Tras la desagradable charla de la noche anterior, no deseaba la compañía de la señorita Desmond, y estaba seguro de que en esos momentos ella y el guía estarían insultándolo en su lenguaje impenetrable. Tras superar una ligera pendiente se encontró en un llano. De algún lugar entre la maleza le llegaba un fragor líquido, como el sonido de una catarata. Accionó la palanca de conducción automática y sacó su libreta de apuntes.

20 de Termidor, año técnico 516.

Dejamos Wesley City hace cinco días. El clima caluroso y húmedo de la región parece similar al de las desaparecidas zonas selváticas de la Tierra, basándome en mis lecturas sobre los antiguos ecosistemas de nuestro planeta. No hemos encontrado ningún asentamiento de población estable, aunque en el tercer día de marcha nos cruzamos con un pequeño grupo de mapis, en torno a dos decenas de individuos, varones, hembras y algunas crías. Portaban instrumentos de caza, y caminaban prácticamente desnudos. Desmond intercambió algunas frases con ellos. Por lo que he observado, supongo que la mayor parte de la población de esta zona de Wesleydonia se distribuye en pequeños grupos de cazadores—recolectores como éste. Nuestro guía nos conduce a una “ciudad”, pero lo más probable es que no sea, con respecto a nuestros estándares urbanos, más que una aldea grande. Parece que se trata de un lugar con una cierta significación religiosa, lo cual deberá ser tenido en cuenta por los misioneros de desconversión.

Los mapis no parecen tener una disposición agresiva hacia nosotros, por ahora. Pienso que no tienen demasiado claro de dónde venimos, ni qué esperamos de ellos. Ha pasado poco tiempo desde los primeros contactos, pero cada vez van llegando más colonos humanos y la compra de tierras a los caciques indígenas ha aumentado exponencialmente, según los datos a los que tuve acceso en la capital. Creo que es solo cuestión de tiempo que surjan los primeros conflictos entre colonos y nativos. Las autoridades deberían enviar pronto un contingente mecanizado, y estar preparadas para intervenir con toda dureza en favor de los nuestros, llegado el caso.

Debo decir que la señorita Susanna Desmond, como ya he apuntado anteriormente, tiene una disposición negativa hacia mí y hacia el proceso de colonización. La he escuchado

insultar a la Biblia Técnica y a la Cruzada Luterana, e incluso manifestar opiniones de corte religioso. Parece haber caído en un estado de barbarie supersticiosa, sin duda producto del aislamiento y la exposición a un ambiente tan crudo. Debemos ser comprensivos. La mente femenina siempre ha sido más débil que la masculina, propensa al pensamiento mágico y a las artes, más que a los campos prácticos de la matemática y la ciencia.

Más peligrosas me parecieron las insinuaciones de la señorita con respecto a las opiniones privadas de su padre, Sir Jonas Desmond. Es posible que, al fin y al cabo, ella no sea el único caso de desviación intelectual en su familia.

Mendoza dejó de escribir cuando sintió las primeras gotas estrellarse contra su rostro, diminutas partículas de agua arrastradas por el viento. Se dio cuenta entonces de que el fragor de cascadas que había escuchado antes se había vuelto más intenso, ocultando cualquier otro sonido. Guardó su cuaderno y alzó la vista. Tuvo que hacer un esfuerzo por no dejar caer su mandíbula de puro asombro.

Una ciudad, una verdadera ciudad de grandes edificios de piedra, pirámides coronadas por gigantescos rostros tallados, avenidas construidas a varios niveles sostenidas por hileras de columnas, cubiertas de helechos y enredaderas. Se encontraba sostenida en un ancho risco, una isla de roca rodeada de cataratas, en el centro de una laguna formada entre dos saltos de agua. El fragor del agua y la neblina que levantaba al chocar contra las rocas le daban a la ciudad un aspecto de irrealidad. Un sueño, la fantasía de un escritor de folletines de aventuras espaciales, como los que proliferaban en la Tierra desde hacía unos años.

Se dio cuenta de que la señorita Desmond lo miraba, burlona. A su lado, el guía *mapi* no le transmitía emoción alguna con sus ojos de animal. Mendoza se quitó el salakot de la cabeza, se atusó el cabello, intentando mostrar una desesperada indiferencia.

—Bueno, una ciudad notable, sin duda. Nada comparado con las grandes urbes subterráneas de la Tierra pero aún así...Muy remarcable, señorita, lo admito.

—Quedará todavía más sorprendido esta noche, Mendoza, se lo aseguro. Cuando aparezcan las lunas empezará el festival.

—Nada me gustará más que ver a ese “Dios” del que me habló anoche con tanta vehemencia, señorita. Espero ser tan fácilmente impresionable como usted, o puede que ofenda a nuestros anfitriones.

El silencio de Desmond reafirmó a Mendoza, henchido de orgullo por su pequeña victoria verbal. Se encaminaron hacia un larguísimo puente de cañas, tendido sobre el agua turquesa de la laguna desde un saliente rocoso hasta la ciudad. Grupos de figuras atravesaban el puente recortados contra el telón blanco de las cataratas, algunos montados sobre bestias

de carga, otros a pie, sosteniendo delgados parasoles para protegerse de la luz y las salpicaduras de agua. El puente resultó ser demasiado estrecho para el vehículo de Mendoza, que se resignó a dejarlo al cuidado de una familia de indígenas, que parecían regentar algún tipo de local de bebidas junto al puente. Muchos caminos ocultos por la espesura iban a desembocar allí, donde se acumulaba una multitud vomitada por la jungla, camino de la ciudad. Una masa informe en movimiento, una peregrinación, como las que los lugares sagrados de la Tierra habían conocido siglos atrás. Mendoza se sentía asqueado y a la vez preso de una extraña excitación. Un ferviente deseo de mezclarse en el tráfico viviente, de dejarse llevar por el curso de la multitud. Miró al chamizo que hacía las veces de taberna, donde había dejado su andador. Le entristeció separarse de su máquina. Estaba seguro de no volver a verla, al menos no de una pieza. Pero estos pensamientos le abandonaron pronto. Desmond le pasó un parasol y cruzaron el puente. Mendoza se dejó inundar por las imágenes de la ciudad, sus calles empedradas, los extraños rostros que le observaban desde las ventanas, desde la entrada de las casas. Vio a muchos *mapis* que paseaban vestidos con túnicas holgadas, sus cabezas puntiagudas y escamosas cubiertas por complicados tocados de tela y plumas multicolor. No atraían demasiadas miradas curiosas o de extrañeza. Susanna saludaba a algún nativo de vez en cuando, unos pequeños *mapis*, crías, corretearon a su alrededor, intentando atraerla a sus juegos. Parecía ser conocida por los habitantes de la ciudad. Querida, incluso.

Los edificios tenían formas cuadrículadas, construidos con grandes bloques de piedra grisácea, que había mutado en un color verdoso por la aparición de maleza y líquen en su superficie. Hileras de glifos y escenas figurativas decoraban los muros de las casas, las escalinatas de los templos y edificios públicos, pero todos tenían un aspecto desgastado. Los rostros tallados habían perdido su relieve, reducidos a una masa informe por la acción del viento, del agua. Lo mismo ocurría con las grandes tallas de rostros fractales que coronaban algunos edificios. A Mendoza le pareció que aquella ciudad llevaba allí mucho tiempo, que guardaba en su piel pétrea una historia desconocida para sus habitantes. Parecía que éstos solo la habían heredado, que la habitaban como los gusanos a un cadáver. Aquel nivel de sofisticación, la organización social necesaria para erigir edificios así, no estaban al alcance de las tribus nómadas con las que se había encontrado hasta el momento. La ciudad debía haber sido levantada en el apogeo de alguna antigua civilización *mapi*, perdida hacía mucho, y ahora sus bárbaros descendientes la habitaban y adoraban como lugar sagrado. La presencia de estatuas y grandes edificaciones de piedra debían resultar un reto para el individuo

acostumbrado a vivir en la jungla, en una choza de caña, que solo podía explicar su presencia como una obra divina.

Desmond rompió el flujo de su razonamiento.

—Mendoza, hemos llegado. Esta es la casa de nuestro guía, descansaremos aquí hasta que anochezca.

Se encontraban en un callejón estrecho, cerca de una plazoleta con varios tenderetes de tela, donde se vendían frutas de colores chillones y cuerpos animales en salazón. La plaza estaba llena de los cálidos sonidos de lo cotidiano. Entraron en una casa, detrás de su guía. No había puerta en la entrada, sino una cortina de cuentas. En el interior encontraron una sala amplia y oscura, con suelo de tierra. Unas figuras diminutas se movían en la sombra, sentadas en torno a una mesa baja. Un par de crías, quizá los hijos de su anfitrión. Éste les indicó que pasaran más adentro, a través de una puerta hasta una segunda sala, más luminosa, con suelo de piedra donde se había excavado una piscina. Tenía forma rectangular, llena de agua cristalina, a través de la cual podían verse mosaicos en el fondo. Criaturas marinas, figuras antropoides buceando sobre praderas de algas. Una *mapi* hembra descansaba en la piscina, dejando flotar sus miembros palmeados en la superficie. Apenas prestó atención a los recién llegados. Desmond cogió a Mendoza del brazo, lo condujo a una escalerilla de madera que subía hasta un segundo piso, a un pequeño cuarto con dos camastros junto a una ventana, que daba a la plazoleta. Susanna se dejó caer sobre uno de ellos.

—Por fin...

La casa entera olía a humedad, a limo. A Mendoza no le resultaba agradable, pero se encontraba demasiado cansado. Se tumbó en su camastro, aunque no durmió. Dejó que la luz del día se fuese extinguiendo, poco a poco, acompañada de los sonidos del mercado.

* * *

No percibió la música hasta unos minutos después de la puesta de sol. Comenzó en forma de leve percusión, camuflada en el estrépito constante de las cataratas, pero fue creciendo paulatinamente, cada vez más cercana. Las calles de la ciudad se encontraban sumergidas en una oscuridad absoluta. La sombra se había introducido también en la habitación, como un animal que hubiese reptado al interior desde la jungla. Mendoza sintió que su corazón se desbocaba. Había algo extraño en la situación, una cierta tensión en el aire de la noche. Miró al camastro de la señorita Desmond. Estaba despierta, miraba hacia la ventana con la cabeza ladeada. Parecía un felino salvaje, como los que Mendoza había visto ilustrados en sus viejos libros escolares. Atenta al sonido, a la música. A los tambores los acompañaba ahora un sonido grave de viento, y coros guturales entrelazándose en una melodía monocorde. Era una

música seductora, pausada. Un resplandor rojizo apareció en la plazoleta seguido de cientos de *mapis*, vestidos con altos gorros cilíndricos y livianas túnicas de tela blanca. Algunos portaban antorchas, otros soplaban a través de retorcidos cuernos de bronce, o tocaban tambores de piel. Todos tenían los ojos cerrados, se dejaban arrastrar por una mano invisible que los guiaba a través de las calles, las plazas de la ciudad. Mendoza se asomó a la ventana, no había visto nada igual en toda su vida. A su pesar, se sintió cautivado por el despliegue, por la gravedad que flotaba en torno a aquel ritual supersticioso. Por un momento se olvidó de su misión, de sus formularios para el censo. El guía entró en la estancia, y con un gesto indicó a Susanna que bajasen. Ella se levantó sin decir una palabra, miró a Mendoza y ambos descendieron por la escalerilla, cruzaron las habitaciones de la casa y salieron a la calle. Su guía se había vestido con el mismo tocado y la túnica de los procesionarios, se unió al flujo de cuerpos en movimiento, a sus coros infrahumanos. Desapareció allí. Mendoza quiso preguntarle a Susanna qué debían hacer, pero ella seguía a los *mapis*, sin participar en la celebración pero poseída por un éxtasis expectante. La siguió sin decir una palabra. De todas las casas, de todos los rincones, surgían nuevas figuras pálidas. El clamor de la música hacía ensordecen a las cataratas. Mendoza miró al cielo, a las estrellas de aquel desnudo cielo alienígena. Las lunas gemelas, de nuevo, lo miraban fijamente. A él, un intruso de otro mundo.

La procesión cruzó un arco de piedra, y entró en un anfiteatro, unas gradas semicirculares que descendían hasta la laguna. Al otro lado, en las orillas que rodeaban la ciudad, y en el puente colgante que la conectaba con tierra firme, aparecieron miles de puntos de luz, viajeros y curiosos que acudían a ser testigos...¿Testigos de qué? Los miembros de la comitiva se distribuyeron a lo largo de las gradas del anfiteatro, fueron sentándose. Poco a poco, los instrumentos y los coros se acallaron. Solo quedó en el aire una nota sostenida por alguna garganta infatigable, una exhalación áspera que hacía temblar la oscuridad. Mendoza se quedó de pie, en la hilera de gradas más alta, al lado de la señorita Desmond. El corazón le daba saltos en el pecho, pero no ocurría nada. Los *mapis* parecían haber caído en un profundo sueño, se balanceaban de un lado a otro, hacia delante y hacia atrás, con los ojos cerrados. Y entonces, cuando ya empezaba a tranquilizarse, a volver en sí de aquella extraña pesadilla, Mendoza vio las primeras hebras de luz. Brillantes hilos de color púrpura, azul, rojo, saliendo de las bocas de los *mapis*. Las distintas hebras confluían en un punto en el centro del anfiteatro, junto a la orilla de la laguna, y allí empezaron a entretrejer una figura. Mendoza parpadeó, fijó la vista en los torrentes de color ramificándose, describiendo curvas en el aire. Parecían hechos de una sustancia a medio camino entre el líquido y el gas, con una

consistencia gelatinosa y aún así...Inasible. Algo se quebró en el interior de su cabeza, lo que estaba viendo era imposible. Un pavor frío se fue apoderando de sus músculos, quedó paralizado, ausente. En la orilla, la figura de hebras luminosas se iba agrandando, se irguió sobre unas piernas esbeltas. Unos brazos alargados crecieron de su cuerpo, y luego una cabeza piramidal en la que aparecieron una serie de rostros. Uno, dos, tres, diez, cien. Millares de caras se abrían paso en la cabeza de aquel ser ultraterreno, lleno de ojos cerrados en un gesto de suma paz, de labios congelados en una leve sonrisa. Y el resplandor...La cabeza diamantina de la criatura expedía una luz dolorosa, una estrella más en la noche. Se elevó a una altura inmensa, más allá de los edificios de la ciudad, de las cataratas, de los gigantescos árboles de la selva. Mendoza se obligó a articular unas palabras.

—¿Qué...qué es...?

—Es el Dios de los *mapis*, Mendoza. Un tulpa. — Susanna no dejaba de mirar a la criatura, que se internaba en el agua de la laguna.

—¿Tulpa?

—Es una emanación mental de los creyentes, un ser forjado a partir de puro pensamiento que toma una apariencia corpórea. Una vez al mes, los habitantes de *G'antulug* entran en éxtasis, y traen a su Dios de ideas al mundo de la materia. No es su esclavo, tiene una conciencia propia. Es todas las conciencias de todos los *mapis* que han vivido desde el comienzo de los tiempos.

Mendoza se sentó en el suelo. Necesitaba un respiro, pensar algo, una respuesta. El tulpa, el Dios púrpura de los *mapis*, se había internado en el lago y hundido sus brazos en el agua. Extrajo del fondo una roca, que empezó a derretirse en sus manos, hasta tomar la forma de un bloque rectangular perfecto. Se acercó a la orilla y lo colocó junto a una casa. Repitió el proceso, comenzó a grabar glifos en cada nueva roca que colocaba en la orilla, con sus dedos. Dibujó los recuerdos del primer *mapi* que existió, un ser consciente de sí mismo, producto de una evolución de millones de años. Dibujó leyendas de tiempos remotos, vidas pasadas, paisajes perdidos hacía milenios. Era la memoria viva de la especie, su espíritu. Siempre había caminado con ellos, en sus sueños, en sus pensamientos, y ahora había cruzado la puerta hacia su realidad. Las horas fueron pasando, y el Dios continuaba apilando rocas, dando forma a un nuevo edificio. Mendoza comprendió el origen de la ciudad. *G'antulug* era literalmente la ciudad del Dios, construida por él como un monumento a la historia de los *mapis*, a todas sus vidas pasadas. Un pensamiento aterrador pasó por la mente de Mendoza. ¿Habían sido capaces los humanos, en algún momento pasado, de hacer algo parecido? ¿Y si, en algún punto de su historia, habían matado literalmente al Dios humano,

aniquilado la conciencia viva de la especie y negado a los hombres la posibilidad de la trascendencia? Si tenía la consistencia de una idea habría bastado con extirparlo de su pensamiento, y ya se habría desvanecido para siempre.

Un espasmo eléctrico despertó los miembros adormecidos de Mendoza. Se levantó de un salto, echó a correr hacia la orilla del lago. Gritaba, no podía, no quería hacer otra cosa. Solo gritaba.

—¡No, no, no, no podéis...Salvajes, salvajes! ¡No podéis, nosotros también! ¡Nosotros también podemos! ¡Lo necesitamos!

La señorita Desmond intentó sujetarlo, se lanzó tras él. Pero Mendoza ya había entrado en las aguas negras de la laguna, seguía corriendo, chapoteando, en dirección a los pies del Dios. Éste se giró hacia el hombre gesticulante, lo observó con sus ojos infinitos, y le acercó la palma de su mano. Mendoza se aupó a aquella mano translúcida, llenando su superficie de ondas. Jadeó, durante un segundo, miró a aquel horrible Dios alienígena que le había robado para siempre su seguridad, su paz. Metió la mano en el interior de su ropa, sacó una pistola. Susanna gritó algo, en algún otro lugar, en un tiempo perdido. Mendoza apuntó a uno de los rostros luminosos que bailaban en el aire frente a él y disparó. Sintió un alivio mortuorio, y al instante una intensa quemazón que escalaba su cuerpo, desde la planta de los pies a su cabeza. Durante un instante se llenó de un dolor agudo, infernal. Se convirtió en una bola de fuego azul que lo devoró por completo. Después, nada. Susanna clavó las rodillas en el barro frío de la laguna, mientras el Dios *mapi* dejaba caer las cenizas de Mendoza al arbitrio del viento y retomaba su tarea de construcción.

Antonio Sancho Villar

Nací en Sevilla en 1992, donde he pasado la mayor parte del tiempo desde entonces. En el año 2014 terminé la carrera de filología inglesa, y en el 2015 estudié un máster de teoría de la literatura en Salamanca. He publicado un poemario titulado *Tierras Extrañas* (Ediciones en Huida, 2014), he participado en la antología de relatos *Visiones 2015* publicada por la Asociación Española de Fantasía, Ciencia Ficción y Terror, y en la antología *Novum* de microrrelatos de la editorial Ojos Verdes. También he colaborado en la revista digital de poesía *Nueva Grecia*, y las revistas de relatos *¡Por Crom!*, *Cosmocápsula* y *Relatos Increíbles*.

La Novicia

Leonardo Ropero Serrano

Desde que fui proclamado Pastor de la Asamblea de Fieles, he visto entrar a muchos desconocidos en las sedes de mi congregación. Mostraban todo tipo de expresiones: desde la simple curiosidad hasta el más puro desdén. Pero jamás contemplé un rostro que reflejara un miedo tan intenso como el de aquella joven.

Se llamaba Blik; nunca supe su apellido. Era una joven bastante alta, con media melena de un intenso color rojo y el rostro sembrado de diminutas pecas, unos bonitos ojos verdes, y quizás demasiado delgada para mi gusto. Aparentaba unos veintitrés años. La conducía el hermano Paciencia, que la guiaba cariñosamente rodeando sus hombros con el brazo derecho mientras le hablaba en voz baja. Sonriendo, me dispuse a recibir a la aterrada amiga de Paciencia.

— Buenas tardes, Paciencia —proclamé con mi mejor sonrisa—. Veo que vienes muy bien acompañado.

— Buenas tardes, Encargado —me respondió él—. En efecto, así es. Te presento a Blik. Esta joven quiere conocernos.

Ella me tendió la mano, que estreché con suavidad. Blik miraba en todas direcciones, como si fuera a saltar una fiera sobre ella en cualquier momento. Finalmente centró su atención en mí.

— Hola. Es un curioso nombre —respondió.

— Aquí los nombres no tienen demasiada importancia; se refieren a nuestros cometidos. Encantado de conocerte. Dime, ¿por qué tienes tanto miedo?

Blik retiró con rapidez la mano, y me miró como si estuviera a punto de cortarle el cuello.

— Esto... es ilegal. Puede tener graves consecuencias —contestó mirando hacia el suelo.

— Cierto, Blik. Pero eres libre de marcharte cuando quieras. Seguro que Paciencia no te ha obligado a venir, ¿verdad?

— No; tuve que insistirle mucho para que me trajera hasta aquí.

— Me lo imagino. ¿Qué te parece si nos sentamos y me hablas de tí, Blik? —pregunté haciendo un gesto con la mano hacia el desvencijado sofá del salón.

Ella no me respondió. Se limitó a sentarse, con las piernas muy juntas y las manos sobre las rodillas. Yo me acomodé en un no menos vetusto sillón, a su izquierda. Quería darle tanto espacio como necesitara. Paciencia se excusó y abandonó la estancia, dejándonos a solas.

— Eres del gueto Cuatro, ¿verdad? —le pregunté. Ella asintió con la cabeza.

— Sí. Es evidente.

Lo era. Llevaba puesto el mono de trabajo característico de ese sector, de color gris con dos pequeños rectángulos de color rojo en los hombros. Todo el mundo lo vestía allí, de la misma forma que nosotros, en el gueto Dos, íbamos uniformados con un mono verde oliva con rectángulos blancos.

— ¿Por qué has venido, Blik? Tú misma acabas de decir que lo que estás haciendo es ilegal, y te veo muy asustada.

Ella dudó unos instantes. Parecía estar librando una terrible lucha interior. Sus ojos se humedecieron. Yo me mantuve en silencio, mirándola con ternura, mientras aguardaba a que se decidiera por fin a liberar su alma o a salir corriendo por la puerta. Pero finalmente comenzó a hablar, mientras una gruesa lágrima relampagueaba en su mejilla derecha.

— Se llamaba Orel. Era mi novio. La persona más encantadora que he conocido en este mundo de mierda. Cariñoso, romántico, atento... era un cielo.

Hizo una pausa para limpiarse el rostro, que aproveché para intervenir.

— ¿Era? ¿Qué le ocurrió?

El rostro de Blik se crispó. Estaba haciendo grandes esfuerzos para no romper a llorar.

— No... no lo sé. Desapareció. Supongo que los de la ReliPol le descubrieron.

La ReliPol. Mal asunto. El novio de Blik, ese tal Orel, era un Creyente, por tanto. Debí ser descubierto por la ReliPol, la unidad del Departamento del Ministerio de Bienestar Emocional encargada de la persecución y erradicación de las religiones, y se lo quitaron de medio. Un juicio rápido de cinco minutos, en el que la sentencia de muerte se proclamaba antes de que éste comenzara, y a continuación, la horca.

— ¿Y aun así has venido hasta aquí? ¿Sabes que te espera el mismo fin si te descubren? —interrogué, a sabiendas de que posiblemente en lugar de responder la chica se marcharía corriendo de la casa. Pero no se movió.

— Sí. Lo sé.

— Querría saber por qué te estás jugando la vida. ¿Acaso buscas consuelo?

— No —dijo ella con firmeza—. Sé que no volverá. Lo que quiero es llegar a ser alguien como él. Una buena persona. Quiero que la vida cobre algún sentido para mí, y poder disfrutarla, aunque me rodee la miseria, la violencia y la desesperación. Por eso vine.

Esa joven estaba a un paso del suicidio, cosa que no era de extrañar dadas las circunstancias. La cuarta parte de la población mundial no llegaba a cumplir los treinta años. Se ahorcaba, se tiraba de un puente, se arrojaba a las vías del tren... cada uno elegía su propio método. Quizás Blik, en su afán por morir, escogió la religión. Si no tenía fuerzas para matarse, la ReliPol no tendría inconveniente en hacerlo.

— Blik, antes de continuar, debo dejarte algunas cosas muy claras, para que sepas a qué te estás enfrentando, ¿de acuerdo?

Ella no respondió; tan sólo asintió levemente con la cabeza.

— Te encuentras en una de las sedes de la congregación de Nuestro Señor Gralodio. Por motivos de seguridad, nunca nos reunimos más de un par de veces en el mismo lugar. Solemos escoger casas abandonadas, como ésta; las usamos y nos trasladamos. Toda precaución es poca cuando se trata de zafarse de la persecución de la ReliPol. Es la primera vez que entramos aquí, por lo que puedes estar tranquila. No corremos ningún peligro.

Ella me miró con desconfianza. Creo que le daban lo mismo mis intentos de tranquilizarla acerca del lugar de encuentro. Lo mejor era ir directamente al grano.

— No sé si en tu gueto os enseñan algo de Historia en la escuela, o si los niños en lugar de ir al colegio son obligados a trabajar antes de los catorce años. En el fondo da lo mismo, puesto que si te han enseñado Historia, seguro que es la versión manipulada, alterada y distorsionada que el Ministerio de Educación ha fabricado para mantener al ganado humano bien amarrado.

— Algo nos enseñaron. Fui a la escuela hasta los catorce —respondió ella.

— Pues olvídalo, te lo ruego. Voy a resumirte lo que le ocurrió al mundo en los últimos doscientos años. La Tierra era un lugar cómodo para vivir. Se disfrutaba de un grado aceptablemente elevado de bienestar; no existían los guetos ni los campos de trabajo, las personas estudiaban si querían incluso carreras universitarias, y se pagaban unos salarios más o menos adecuados. La gente tenía casas propias, coches, y muchos otros bienes. Aunque existían desigualdades, y no todos los países disfrutaban del mismo nivel de riqueza, en términos generales los humanos eran felices.

Ella sonrió por primera vez.

— Todo es mentira. ¿Casas, coches? ¡Eso es imposible! ¿Pagar a cambio del trabajo? Absurdo. ¿Y qué es una carrera universitaria? ¿Algún tipo de competición deportiva?

Yo sonreí también. Era lógico que Blik pensara que me lo estaba inventando.

— No sólo eso. Las personas llegaban a vivir cien años, e incluso más. Sé que no puedes creer nada de lo que te estoy contando, pero si quieres y me das tiempo, te lo demostraré. Lo malo es que todo aquel mundo desapareció en muy poco tiempo. En concreto, treinta años. La Humanidad se enzarzó en una serie de guerras cruentísimas; guerras de religión. Comenzaron como simples ataques terroristas, que se convirtieron en luchas entre países, y finalmente se recurrió al armamento nuclear, químico, e incluso bacteriológico. Una buena parte del planeta quedó arrasada. Y todo ello a causa de los fanatismos e intolerancias religiosas. Por ese motivo, cuando finalizaron los combates, sin un vencedor o vencido claro, se decretó, por consenso entre todos los países que aún existían como tales, la prohibición y erradicación de toda forma de religión. Las naciones que sobrevivieron se fueron agrupando en entidades más grandes, hasta que toda la población mundial quedó reunida en cuatro gobiernos que se odiaban mutuamente, pero que estuvieron de acuerdo en algo: la creación de la ReliPol, una unidad de policía secreta de carácter supranacional dedicada a exterminar cualquier tipo de creencia, credo o religión.

— Pero si las religiones destruyeron una sociedad feliz, ¿por qué perteneces tú a una, desafiando al gobierno? ¿Y por qué las personas creyentes que he conocido eran buena gente, y no los fanáticos asesinos que me has relatado?

Una buena pregunta, sin duda.

— Porque las religiones de aquel entonces eran simples invenciones de un grupo de carniceros exaltados que querían imponer su credo a cualquier precio. Pero el hombre ha sido, es, y seguirá siendo, trascendente. No existe policía o tortura capaz de eliminar ese hecho. Hay miles de personas que, como tú, saben que existe algo más. Y por eso desafiamos al Estado para mostrar el verdadero camino de la salvación.

— ¿Pero adoráis a los mismos dioses que aquellos que arrasaron el planeta?
—preguntó Blik con desconfianza.

— Nosotros veneramos al Único, al Verdadero, al Justo, al Clemente. A Gralodio, el Gran Logos Diosala. Los dioses paganos de nuestros antepasados han sido olvidados. Resulta sorprendente que se destruyera una buena parte del mundo a causa de unas deidades de las cuales no conservamos ni sus nombres. Se derruyeron los templos, se quemaron los libros sagrados, y entre los seguidores de todas las religiones se hizo un auténtico genocidio. Pero no se puede eliminar algo que está tan arraigado en el ser humano. Nuestro fundador fue iluminado por la Revelación, y aquí estamos. No llevamos ropas que nos diferencien de los

demás, no tenemos templos, y nuestro credo se transmite de forma oral. Por eso les cuesta tanto dar con nosotros. Por eso sobrevivimos.

Blik se quedó callada entonces. Parecía estar intentando digerir todo el torrente de información.

— Tengo tantas preguntas... —comenzó a decir ella.

— Y serán respondidas, pero a su debido tiempo. Ahora debes descansar y comer. Te lavaremos y arreglaremos la ropa mientras te aseas. Aunque te parezca mentira, disponemos de agua caliente. El hermano Paciencia te acompañará. Y si realmente quieres respuestas a tus preguntas, y que te mostremos el Camino, te facilitaremos un nuevo lugar de encuentro para que puedas comenzar tu aprendizaje. Ha sido un placer, Blik, y deseo de todo corazón que pases a formar parte de nuestra congregación.

Paciencia entró en el salón inmediatamente, y se llevó a la aturdida Blik. Yo me recosté en el sillón y saqué un arrugado cigarrillo del bolsillo superior de mi mono. Lo encendí y aspiré el humo con auténtico deleite.

Las primeras volutas de humo comenzaban a disiparse en la estancia cuando se abrió de nuevo la puerta. Cumpliendo el protocolo de seguridad, el hermano Guardián se plantó ante mí para informarme. Como Defensor de la Doctrina y Protector de la Congregación, ni una mosca entraba en nuestras sedes sin que él lo supiera. Le rogué que tomara asiento, pero él declinó la invitación con un leve movimiento de la cabeza. Aún me costaba creer que aquel hombre de baja estatura, delgado, con cara de niño, enfundado en su mono de color rosa del gueto Tres, fuera nuestro custodio. Y si era necesario (y frecuentemente lo era), un despiadado asesino.

— Te escucho, Guardián.

Él sacó una pequeña libreta, muy manoseada, y la abrió con parsimonia. Pude entrever la irregular y diminuta letra de Guardián escrita a toda prisa con un lapicero sin afilar sobre la hoja.

— Número de identificación siete-siete-cero-uno-dos-seis-tres-cero. Nombre: Blik. Residente del gueto Cuatro, asignada a la planta de reciclado de desechos orgánicos. Su madre se llama Beve, y trabaja en un matadero de roedores; complementa su asignación de racionamiento en dicho trabajo ejerciendo de prostituta. Su padre se llamaba Brian y en su parte de fallecimiento figura que era alcohólico oficial no recuperable. Le reventó el hígado en un antro próximo al domicilio conyugal, que por cierto apenas pisaba. A tenor de los comentarios de quienes lo conocían, era un montón de mierda.

Lo habitual en un gueto, pensé yo. Nada de lo que escandalizarse por el momento.

— Los compañeros de la planta de reciclaje donde está asignada Blik me contaron que, en efecto, estuvo saliendo durante dos años con un tipo llamado Orel —prosiguió Guardián—. Debía ser muy idiota, porque casi todos a los que pregunté me dijeron que pertenecía a un grupo religioso, sin especificar cuál. No es de extrañar que un día desapareciera.

— ¿Era de los nuestros? —pregunté.

— No. Quizás perteneciera a los Iluminados, o al Templo Eterno. A saber.

— ¿Cómo nos encontró Blik?

— Paciencia escuchó una conversación que la joven estaba manteniendo con unas amigas en un tugurio de venta de sucedáneos de bebidas alcohólicas. Le llevó dos meses entablar amistad con ella. Finalmente le habló de nuestra congregación, cuando yo ya la había investigado a fondo.

— Entiendo por tanto que no es peligrosa —afirmé.

— No podemos asegurar tal cosa; yo no me fío de nadie. Aparenta no serlo. Pero al más mínimo movimiento sospechoso, la abro en canal.

— Gracias, Guardián. ¡Qué sería de nosotros sin ti! —proclamé.

— Estaríais todos muertos —sentenció. Acto seguido me saludó con una inclinación de la cabeza y abandonó el salón. Lo peor de todo es que estaba en lo cierto: sin los Protectores, a pesar de todas las precauciones, la ReliPol nos habría exterminado hace tiempo.

Saqué otro cigarrillo y lo encendí, mientras pensaba que quizás el ser humano no merecía la salvación.

Al cabo de tres meses, Blik se había integrado completamente en nuestra asamblea. Asistía con regularidad a las reuniones de oración, y también a las charlas de formación e instrucción. Aunque seguía siendo una chica bastante introvertida y solía hablar poco, desde luego había cambiado mucho. Se la veía más relajada, incluso contenta; todo lo que una persona que hubiera tenido la desgracia de nacer en un gueto pudiera estar, claro. Pienso firmemente que uno de los motivos por el que la gente estaba jugándose la vida volviendo a la religión era porque estaba necesitada de esperanza. Creer que en otra vida alcanzarían la felicidad que les estaba negada en ésta, algo que supongo no había cambiado desde la Antigüedad. Quizás por ese motivo los gobernantes prohibieron todo tipo de culto. Al fin y al cabo ellos no la necesitaban: vivían en el Centro, aislados de las castas inferiores de los guetos, rodeados de lujo y comodidades. Por algo se llamaban los Máximos. La mayor parte

de la riqueza estaba en sus manos, y por supuesto, el ejército y la policía con la que nos mantenían a raya. Cuando se aislaron en sus barrios amurallados, y se decretó la separación de las castas, hubo conatos de revolución, que fueron simplemente aplastados. Desde entonces, los Mínimos, es decir, nosotros, trabajábamos como bestias para que ellos pudieran ser cada vez más ricos. A cambio se nos concedieron los medios de subsistencia básicos para sobrevivir. Muchos no fueron capaces de soportarlo, y decidieron poner fin a su vida. Como los suicidios disminuían la mano de obra, fueron prohibidos, y como no se podía castigar a los infractores (al fin y al cabo ya estaban muertos) se decidió aplicar fuertes penas a sus familias. Los índices de natalidad descendieron hasta límites nunca vistos (¿quién desea traer al mundo un hijo sabiendo que se va a convertir en un esclavo?), por lo que los Máximos tomaron una decisión muy simple: obligar a las mujeres a tener hijos, siendo condenadas a pena de tortura y muerte si se negaban. Desde el Centro se decidía cuántos niños tenían que nacer para mantener el nivel de mano de obra, teniendo en cuenta, por supuesto, el elevado índice de mortalidad infantil, pero sin que la población llegara a crecer tanto que tuvieran que dedicarnos más recursos. Nos convirtieron en animales y nos trataron como tales.

Por desgracia yo conozco a los Máximos bastante bien. Los guetos son estercoleros, pero las calles del Centro están impolutas. Necesitan a Mínimos que las limpien, y que hagan las tareas pesadas, como reparar instalaciones, hacer obras de reforma, retirar la basura... A mí me tocó, en el reparto de trabajos que se realiza a los catorce años, formar parte de uno de los equipos de Mínimos que se dedican a esas labores. Entraba y salía todos los días del Centro. Catorce horas de trabajo en el Paraíso para regresar a continuación al Infierno. Hasta que me cansé y pasé a la clandestinidad. Fue entonces cuando me convertí, y fui ascendiendo en la congregación hasta mi puesto actual. Como Encargado no tengo ningún tipo de salario; vivo de la caridad de los feligreses. Y si me coge algún día la policía, aunque ignoren que ocupo una posición elevada en una comunidad religiosa, me ahorcarán igualmente por haber abandonado mi trabajo. Pero me tiene sin cuidado. Ojalá pudieran ahogarse todos en su mierda.

La sociedad ya no tiene remedio, así que volvamos con Blik. Hace seis meses tuvimos un incidente al que, en su momento, no le di demasiada importancia. Estábamos reunidos en un almacén semiderruido, cercano al puerto, cuando de pronto el hermano Guardián entró como una exhalación. Llevaba empuñado un fusil de asalto.

— ¡Fuera! ¡Fuera todos! ¡Ahora mismo! —gritó—. ¡Redada de la ReliPol, están a cuatro manzanas!

No hizo falta que lo repitiera. Todos salimos disparados del local; pero observé que Blik se quedaba parada sin saber qué hacer. Un ataque de pánico, sin duda. La cogí del brazo y la saqué del almacén sin contemplaciones.

—Hay que largarse de aquí de inmediato, Blik, o dentro de un rato estaremos muertos. ¡Vamos! —le dije. Ella me siguió como si yo fuera su perro pastor.

Cuando nos alejamos lo suficiente de la zona como para considerar que ya no corríamos peligro, le dije a Blik que se fuera a su casa, y que todos los planes de reunión quedaban aplazados hasta nueva orden. Ya le comunicaríamos la siguiente fecha y lugar de encuentro. Ella aún estaba aterrada.

— ¿Cómo es posible que esto haya sucedido? ¿Nos habrán delatado? —preguntó en voz baja.

— No. Debe de tratarse de una redada aleatoria. Si nos hubieran denunciado, habrían caído sobre nosotros como buitres, matándonos a todos.

— ¿Es esto frecuente?

— En absoluto. Somos muy cautelosos, como sabes.

— Hay algo que no comprendo. Guardián llevaba un arma. ¿De dónde la sacó? ¡Está terminantemente prohibido!

— Como ya no existe el mercado negro, imagino que se la quitaría a un policía después de asesinarlo. No me interesa saber de dónde la sacó. Lo único que cuenta es que no dudará en usarla de ser preciso. Si nos cogen, nuestro único consuelo es intentar matar a todos los que podamos antes de que nos exterminen. Es una lástima que no tengamos más armas como ésa.

— ¿Pero no prohíbe Gralodio matar a nuestros semejantes?

— Sí, pero también dictamina que tenemos derecho a la legítima defensa. Y esos no son nuestros semejantes, recuérdalo. Son Máximos. Esclavistas, asesinos, carroña de la peor especie. Aunque no está escrito, creo que a Gralodio no le importaría que los matáramos a todos. La felicidad implica libertad. La libertad, igualdad. No tendremos nada de ello mientras esos cerdos sigan siendo nuestros dueños. Conseguiremos un paraíso en la otra vida gracias a nuestro Dios, pero es nuestra obligación intentar mejorar también el mundo presente. No lo olvides, Blik.

— Suena bien, pero... ¿Cómo luchar contra todo un sistema? ¿Acaso tenemos armas o bombas? Si comenzamos una revolución, ¿cómo terminaría?

— En un baño de sangre, Blik —respondí con presteza—. Nos masacrarían. No podemos pensar ni siquiera en la más pequeña de las revueltas... por ahora. Tenemos que

aprender de nuestros propios errores, y recordar qué es lo que le ocurrió en el pasado a este planeta. Así que ni hablar de guerra. Pero hay otras alternativas. Tengamos paciencia, hermana. Y ahora salgamos de la zona, antes de que Guardián se enfade.

Blik no respondió. Se limitó a seguirme como un corderito mientras miraba a Guardián con una mezcla de miedo y admiración.

Un mes después del incidente, las aguas parecían haber regresado definitivamente a su cauce. No hubo más redadas por los alrededores, ni se nos molestó en modo alguno. Guardián me transmitió su informe sobre lo sucedido, como siempre verbalmente, así que tuve que memorizar cuidadosamente los detalles más importantes. Coincidimos, no obstante, en que había que volver a reunir a la congregación. Si se dejaba pasar más tiempo, corríamos el riesgo de que el rebaño, asustado, se dispersara. Así que fijamos una fecha y un lugar de encuentro, y se lo transmitimos a los fieles.

Blik fue de las últimas en llegar a la asamblea de Creyentes. Parecía más asustada que nunca; como si su fe se hubiera quebrado tras la escapada del almacén. Pero acudió. Me hubiera gustado agradecerle su valentía, y reconfortarla en privado para aliviar su tensión, pero mis obligaciones me lo impidieron: antes había que organizar el culto, dirigir la asamblea, coordinar los seminarios... el grupo estaba antes que los individuos; ella lo sabía, así que esperaba que lo comprendiera.

En aquella ocasión nos habíamos reunido en un antiguo cine. Era un lugar perfecto, puesto que tenía múltiples vías de escape y todo el edificio era un laberinto de corredores, que nosotros conocíamos al detalle.

Antes de iniciar el culto, tenía que dar una importante noticia a la congregación. El próximo mes se conmemoraba el aniversario de la muerte de nuestro Fundador, y como hacíamos anualmente, todos los hermanos de la ciudad nos reuniríamos para realizar una celebración especial. Era nuestra única fiesta, y un momento especialmente peligroso, dado que al estar todos juntos, de un solo golpe la ReliPol podía hacer desaparecer a los Hijos de Galodio.

Comprobé de un vistazo que ya estábamos todos (pude ver a Blik sentada en el suelo, con la espalda apoyada en la pared, junto a una de las salidas de emergencia, al final del pasillo). Iba a subirme a lo que quedaba de escenario, con los jirones de la pantalla de cine tras de mí, a modo de enorme mortaja, cuando de pronto alguien me agarró del brazo. Era Guardián.

— Tenemos que hablar, Encargado.

— ¿Ahora? Es mal momento, Guardián. ¿No puede esperar el asunto?

Él me miró como si fuera imbécil.

— ¿Crees que te molestaría si no fuera importante? Por lo pronto tienes que cambiar el lugar de reunión para el mes que viene. En lugar del aparcamiento del antiguo centro comercial, la asamblea deberá congregarse en la octava planta del Edificio Norton.

El Edificio Norton. Un desvencijado bloque de oficinas que se mantenía en pie por casualidad. De los más viejos del gueto. Sólo dos entradas. ¡Y en la octava planta!

— Guardián, ¿Te has vuelto loco? Ese edificio es una ratonera.

Él me miró con furia.

— Si me das un minuto, te lo explicaré. Creo que esto es lo suficientemente importante como para que la congregación espere, ¿no crees?

Desde luego que lo era. Guardián salió al pasillo; le seguí en silencio. Ya allí, tras asegurarse de que nadie podía oírnos, comenzó a explicarme el motivo del cambio.

He de reconocer que se me heló la sangre en las venas.

Un mes después, Blik se aproximó a la entrada trasera del Edificio Norton. Junto a la puerta, sentado en el suelo y con la espalda apoyada en la pared, estaba Guardián. Tenía una botella de sucedáneo de alcohol en la mano derecha; aparentaba ser uno más de los muchos borrachos que deambulaban por el gueto. Blik se acercó a él.

— Hola, Guardián —dijo en voz baja.

— Pasa, date prisa. Eres la última, deben estar esperando por ti.

— Pero ¿tan pronto ha llegado el resto de la congregación?

— Se nota que llevas poco tiempo con nosotros. Este lugar es peligroso, así que la celebración deberá realizarse en tiempo récord.

Blik asintió con la cabeza y entró en el edificio. Comenzó a subir por las destrozadas escaleras; en el cuarto piso ya estaba sin aliento. Y al llegar a la séptima planta, una voz la llamó. Era Encargado.

— Bienvenida, Blik.

— Pero ¿la asamblea no iba a realizarse en la octava planta?

— Así es, pero antes quería hablar contigo.

— Te escucho.

Encargado sacó un revólver del bolsillo de su mono, y le apuntó directamente a la cabeza. Ella abrió muchísimo los ojos, e intentó hablar. Pero Encargado no la dejó.

— Quítate la ropa. Absolutamente toda. Y si haces un solo movimiento extraño, te mato.

— ¿Te... te has vuelto loco? —dijo Blik. Por toda respuesta, Encargado amartilló la pistola.

Ella se quitó las botas, el mono y la ropa interior. Encargado apartó las prendas con el pie, y la obligó a dar una vuelta completa.

— Pero ¿qué quieres de mí?

— Comprobar que no llevas ningún arma o transmisor. Dime, Blik, ¿crees que somos estúpidos? ¿Que no íbamos a enterarnos? ¿Cuándo te captaron? ¿Qué te prometieron?

— No sé de qué me hablas. Estoy muy asustada y tengo frío. Si esto es una prueba, por favor, ya basta. Deja que me vuelva a vestir. ¡Y baja esa pistola!

— Paciencia cantó de plano —respondió Encargado desapasionadamente—. Bastó media hora con Guardián para que nos contara cómo finalmente fue descubierto y capturado por la ReliPol. Que debía ayudarles a localizarnos y destruirnos, o le matarían lentamente. Fue blando, y aceptó. Tenía que introducirte a ti en nuestra congregación. Tú harías el resto. Pobre Paciencia... Guardián le hizo pedazos, literalmente. Bien, ¿eres una agente de la policía?

Blik frunció el ceño. Dejó de taparse el sexo y los pechos y puso los brazos en jarras.

— No. Tan sólo soy una Mínima que quiere dejar de serlo. Acabando con vosotros me aseguro el paso al Centro. Una casa, comida de verdad, ropa limpia y variada... Con tal de salir de aquí, os habría matado a todos con mis propias manos de ser preciso. ¡Mira a tu alrededor! Vivimos como las ratas que nos rodean y que nos comemos a diario. ¡El mundo no va a cambiar! ¡Y creer en dioses o duendes no soluciona nada! Quedaros con vuestro dios y vuestras ratas, yo me largo. Y como dispaes, te aseguro que la ReliPol te quemará vivo. En cinco minutos este edificio estará totalmente rodeado.

Por toda respuesta, Encargado soltó una carcajada. A continuación se bajó la cremallera del mono. Debajo llevaba puesto un arnés. Cogió el mosquetón de anclaje y se aproximó a la ventana del pasillo sin dejar de apuntar a Blik. Cuando estaba junto al marco, bajó la pistola.

— Blik, eres una imbécil. Pero ¿crees realmente que los Máximos te van a dejar con vida? ¿Que van a cumplir su palabra? ¡Ellos no tienen palabra! Te matarán como a todos los demás y usarán tu cuerpo para fabricar las salchichas con las que nos alimentan. ¿Piensas que eres la primera? ¿O que serás la última? Tus deseos se van a convertir en realidad. Vas a salir del gueto, pero convertida en longanizas.

— ¡Mientes, cabrón!

— Cuando la ReliPol masacró a Los Puros, le metieron veintitrés balas en el cuerpo al pobre idiota que introdujeron en la organización. ¿No me crees? Pues pregúntale a Guardián. En una ocasión me preguntaste de dónde había sacado su fusil de asalto. Pues bien, no mató a ningún policía. Él era agente de la ReliPol, hasta que en una ocasión vio algo que no debía e intentaron matarlo. Se refugió en el gueto, y nosotros lo acogimos. ¡Pareces sorprendida! Creías saberlo todo sobre nosotros, ¿verdad? Pues no sabes una mierda, Blik.

— Mejor. Él va a ser el primero en caer.

Encargado rio de nuevo.

— Vamos a ver, Blik, ¿crees de verdad que Guardián está ahí abajo, esperando a que lo maten? ¿O que toda la congregación está aquí reunida para que la masacren? ¿Por qué te crees que escogimos este edificio? Porque sabíamos que te tragarías el anzuelo. Ahora mismo tan sólo tú y yo lo ocupamos.

En la calle se oyeron llegar vehículos. Frenazos, portazos, gritos, carreras. Sonidos de botas golpeando los escalones.

— Adiós, idiota —sentenció Encargado mientras aseguraba el mosquetón a un cable de acero fijado a la ventana y que cruzaba la calle hasta el edificio contiguo—. Al menos me queda el consuelo de que no te comeré en mi ración de salchichas. Porque cuando el edificio esté lleno de policías, vamos a demolerlo. Y no va a quedar gran cosa de ti.

— Hijo... Hijo de puta... —murmuró Blik.

Encargado se deslizó por el cable. Y justo en el momento en el que alcanzó la vivienda del otro lado de la calle, cuando la policía entraba en tropel en el pasillo de la séptima planta, una atronadora explosión voló los cimientos del Edificio Norton.

Luz. Oscuridad. Y la nada.

* * *

Sintió un fuerte golpe en la cabeza. No sabía dónde se encontraba. Una leve penumbra iluminaba la estancia. Con la mano derecha se asió a algo suave y liso. ¿Una sábana? Se sentó en el suelo, intentando poner orden en su cabeza. Una luz se encendió. Estaba en un dormitorio. Amplio y bonito. Por todos los demonios, ¡estaba en su casa!

— Blik, ¿te encuentras bien? ¡Te has caído de la cama! ¿Pesadillas?

Reconoció al instante al hombre que, sonriendo, entró en la habitación. Orel, su novio desde hace tres años. Lo conoció en el restaurante de comida rápida en el que trabajaba. Se

enamorado perdidamente de él, hasta el punto de que llegó a abrazar la religión que profesaba, y convertirse en una de sus principales activistas. Blik se incorporó.

— No me extraña que estés agitada —dijo Orel—. ¡Hoy es el gran día! Todo está listo. La furgoneta con los explosivos, las armas... todo. Vamos a crear un nuevo mundo. Hermoso y puro.

Blik no respondió. Abrió el cajón de la mesita de noche, y extrajo el 357 Magnum que siempre guardaba allí. Lo amartilló y apuntó a Orel entre los ojos.

— Vamos a crear un nuevo mundo, Orel. Es cierto. Pero no va a ser ni hermoso ni puro. Va a ser la peor mierda que puedas imaginarte.

Orel levantó las manos, asombrado.

— Pero... ¿Qué haces, Blik? ¿Te has vuelto loca? ¿Cómo puedes saber que el nuevo mundo va a ser eso que dices?

— Porque he estado allí y lo he visto. Llámalo revelación, profecía, o pesadilla. Me da lo mismo. Adiós, Orel. Si te encuentras con tu dios saluda a ese hijo de puta de mi parte.

El disparo le acertó a Orel entre los ojos. Cayó de espaldas, con el asombro pintado en el rostro. Mientras un charco de sangre se formaba bajo su cuerpo, Blik dejó el arma sobre la cama, cogió el teléfono móvil, y marcó el número de la policía.

— Quiero denunciar un intento de atentado con explosivos. Y un asesinato.

Tras pronunciar esa breve frase, Blik cerró los ojos. Nunca se había sentido mejor que en ese instante. Si el mundo se convertía en un estercolero, al menos no sería por su culpa.

Leonardo Roperó Serrano

Nació en León y es ingeniero industrial. Lleva escribiendo desde el año 2004, y su primera novela (*“Crónica de Nerdhos”*) quedó finalista en el IV Premio Internacional Minotauro de Literatura Fantástica y de Ciencia Ficción, siendo publicada bajo el título *“La Estrella Oscura”* (AJEC, 2009). Volvió a quedar finalista en la siguiente convocatoria del mismo concurso con la obra *“Ángeles de Titanio”*, publicada por Apache Libros (marzo de 2016). En cuanto a sus relatos, *“Recuerdos de un futuro improbable”* recibió una mención de honor en el Concurso Andrómeda de Ciencia Ficción Especulativa 2007, y fue publicado en la colección *“Libro Andrómeda”* (2009). Ha colaborado en los cuatro volúmenes de la serie de relatos temáticos *“(Per)Versiones”*. *“The Strange”* fue publicado en la antología *“The Best of Spanish Steampunk”* (Ediciones Nevsky, 2015). *“Pobres ovejitas”* fue uno de los cinco finalistas del XXIII Concurso Domingo Santos 2014. Por último, *“Ya no soy Sam”* fue finalista en el I Concurso Cificom de relatos de ciencia ficción (2015), siendo publicado en la antología *“El Abismo Mecánico”* (Cápside Editorial, 2016).

El último número de la Meta-Revista Interplanetaria Asteroidal

Mario Daniel Martín

Tropo: El último número de la *Meta-Revista Interplanetaria de Minería Asteroidal*

Categoría: Mensaje abierto Mente-Mente 1-d-open-δ

Subcategoría: Panfleto

Código: δ1298Sagg23mondragón44FCSS7θĩ -ΦΩ

Fecha: Saggiatore 23, 1298 d.G. (29 de diciembre de Greg-2862)

Locación física del envío original: Asteroide Mondragón

Autor: Triplemente Anonimizado

Lengua: HS-broca-I-Español-Clásico-(Bolivariano)

Dispositivos de Neuro-inducción: No se aplica

Simulación Sinestética 3D: No disponible

Aditamentos Multisensoriales: Desconectados

Estimulación de Trochas Genitales: Desactivada

Estatus de Redistribución: Desconocido (cifrado-δ)

Instrucciones de Decodificación: Este mensaje de texto está compuesto de 6 partes: Una cita opcional (CM-0-opc), y 5 secciones de procesamiento cognitivo obligatorio (CM-1-obl a CM-5-obl), que deben ser percibidas en el orden provisto. El mensaje es de libre acceso para todos. No se requiere respuesta algorítmica ni identificación bidireccional de unicidad de la conciencia para acceder al contenido.

Contenido del Mensaje. Sección 0: Cita (Opcional).

Código: δ1298Sagg23mondragón44FCSS7θĩ -ΦΩ-CM-0-opc

Como la materia de todas estas formas de gobierno es mortal, ya que no sólo mueren los monarcas individuales sino también las asambleas enteras, es necesario para la conservación de la paz de los hombres, que del mismo modo que se arbitró un hombre artificial, debe tenerse también en cuenta una artificial eternidad de existencia; sin ello, los hombres que están gobernados por una asamblea recaen en la condición de guerra en cualquier época; y quienes están gobernados por un hombre, tan pronto como muere su gobernante. Esta eternidad artificial es lo que los hombres llaman derecho de sucesión.

Thomas Hobbes, Leviatán (3 a.G.; Greg-1651)

Contenido del Mensaje. Sección 1: Prefacio.

Código: δ1298Sagg23mondragón44FCSS7θĩ -ΦΩ-CM-1-obl

El presente comunicado es un panfleto unidimensional de distribución textual exclusiva redactado por un grupo de científicos cooperativistas proveniente del *Conglomerado de Granjas Espaciales "Concord"* en la *Franja Troyana "Walden IV"*, en la órbita 3c de Júpiter. Hemos decidido usar este arcaico canal de comunicación para que no puedan identificarse las subsecuentes fuentes individuales de redistribución del mensaje. Encomendamos el uso del cifrado δ estricto cuando se reenvíe su contenido dentro de la órbita de Júpiter. Nos disculpamos de antemano por la ausencia de meta-datos multisensoriales en el contenido, pero sabemos a ciencia cierta que aún su mínima inclusión podría comprometer el anonimato de los potenciales redistribuidores. Recomendamos no incluir comentarios adicionales, excepto cuando se traten de textos unidimensionales singulares, triplemente anonimizados.

Para evitar confusión respecto a las fechas mencionadas en las siguientes secciones del panfleto para aquellas conciencias residentes fuera del *Conglomerado Thoureauviano*, hemos incluido, después de la fecha estándar en el sistema galileano (a.G. / d.G.), la fecha correspondiente en el obsoleto calendario gregoriano (precedida por el prefijo *Greg-*). En honor a los mártires científicos archivados en las compañías-estados leviatanianas, hemos omitido las fechas en el calendario fordiano, pero éstas pueden ser calculadas fácilmente sumando 299 años a las fechas galileanas provistas en el texto.

Contenido del Mensaje. Sección 2: Propósito de este panfleto.

Código: $\delta 1298Sagg23mondragón44FCSS70\grave{t} -\Phi\Omega\text{-CM-2-obl}$

El *Papa Urbano MVIII*, *Líder Solar* de la *Coalición de Compañías Leviatanianas*, y *Capitán-CEO* de la compañía minera registrada como *NAMC*¹, ha anunciado hoy en su residencia en *Kalgoorlie IX* el cierre de la publicación interactiva de la *Meta-Revista Interplanetaria de Minería Asteroideal* en su formato multisensorial de inducción neuronal razonativa. Se presume que el cierre está relacionado con la reciente adquisición y reestructuración cultural de la última sede jupiteriana de la *Universidad del Espacio Exterior* por un consorcio liderado por las corporaciones *China-Cola*² y *NAMC*.

En nuestro rol de científicos residiendo tanto en el *Asteroide Mondragón* como fuera de él, queremos expresar nuestro más contundente repudio a esta injusta maniobra de la *Coalición de Compañías Leviatanianas* contra el libre ejercicio de la ciencia y las actividades cognitivas objetivizantes. También queremos comunicar que hemos enviado una protesta formal a la *Corte Interestelar de Alfa Centauri*, condenando el cierre de la meta-revista, y el subsecuente bloqueo de acceso a su hemeroteca, que se ha anunciado dos horas más tarde en el portal interactivo de la publicación.

¹ Más conocida como *Nueva Australia*. El nombre actual proviene de las siglas de su nombre original en inglés clásico, *New Australia Mining Company*, cuando fue registrada por primera vez en el entonces *Protectorado de Marte* en 795 d.G. (Greg-2359) antes de la expansión homínida al *Cinturón de Asteroides*.

² El nombre completo era *China-Cola Space-Colonization Company* cuando fue fundada en 716 d.G. (Greg-2280), en el Planeta Terra. Fue la primera compañía-estado en el *Sistema Solar*, es decir la primera que absorbió a todos los ciudadanos de uno de los llamados "estados nacionales" en nuestro planeta madre.

Contenido del Mensaje. Sección 3: Una breve historia de la meta-revista.

Código: δ1298Sagg23mondragón44FCSS7θĩ –ΦΩ-CM-3-obl

La revista fue publicada por primera vez en 955 d.G. (Greg-2519) en la base de colonización multi-corporativa de *Ceres Invicta*³, bajo el nombre *Revista Interdisciplinaria de Minería Asteroidal*, en formato e-papel bidimensional para lectores flexibles, que era la tecnología punta de la época. Rápidamente se convirtió en uno de las publicaciones más influyentes entre aquellas que renacieron con una filosofía de investigación libre e independiente durante la expansión terráquea al *Sistema Solar Interior* de los siglos 9 y 10, después de la larga *Penumbra Científica*⁴ inducida por los desastres del así llamado “efecto Sagan⁵” en las sociedades de nuestro planeta madre. La apertura intelectual de la revista se evidencia en el editorial de su número inaugural, donde se proclama:

Nuestro objetivo es que toda la comunidad científica libre tenga acceso a los nuevos desarrollos en la tecnología de la minería de asteroides, para estimular el uso pacífico de los recursos espaciales y encontrar nuevas alternativas de hábitats de colonización para todos los seres sensibles de origen terrestre, sin especismo ni restricciones artificiales por su origen cognitivo.

La revista fue una importante plataforma de discusión de los desarrollos inducidos por la conquista terráquea del *Sistema Solar Interior*, y la difusión de la tecnología que la permitió. Como puede claramente deducirse de la cita anterior, defendía la hoy casi olvidada presuposición de que el espacio exterior⁶ pertenecía a todos los habitantes de nuestro planeta madre, sin importar su configuración genética o tecnológica, ni la historia de su desarrollo cognitivo.

Los cambios tecnológicos que vieron nacer las plataformas de diseminación basadas en la inducción neuronal de razonamiento científico asistido a fines del siglo 10 requirieron que la publicación cambiara su nombre a *Meta-Revista Interplanetaria de Minería Asteroidal*. También que se trasladara el equipo editorial a la primera sede de la *Universidad del Espacio Exterior* en *Vesta Millieu*⁷, que compró la revista para evitar que las compañías levitiánicas, interesadas en restringir la difusión de la tecnología de colonización planetaria, pudieran interferir con su política de libre distribución científica y anti-especismo. La meta-revista influyó muchos de los hitos científicos del naciente siglo 11 bajo su nuevo nombre. Fue un espacio de distribución estratégica de la información termo-ética negantrópica necesaria para preparar los protocolos de intercambio tecnológico con las civilizaciones extra-solares que iniciaron su segundo intento de contacto en 999 d.G. (Greg-2563), y coordinó la elección de representantes de origen terráqueo a las convenciones que firmaron el *Pacto de Ceres*, y su ratificación solar, el *Tratado de Próxima Centauri*. Sin su influencia, ni la insistencia en enviar

³ Hoy *Walden III*, un asteroide-estado asociado al *Conglomerado Thoreauviano*.

⁴ También conocida como la *Edad Oscura de la Ciencia en el Antropoceno*.

⁵ Nombrado en honor al científico pre-solar homo-sapiens Carl Sagan, que lo descubrió estudiando la atmósfera de Venus. Es llamado en forma eufemística “cambio climático” y “efecto invernadero” en las compañías-estado levitanianas.

⁶ Es decir, el espacio fuera del planeta Terra.

⁷ Hoy el asteroide estado *Wachusett*, asociado al *Conglomerado Thoreauviano*.

representantes de todas las configuraciones quiméricas a la primera convención, la incorporación condicional de las razas solares a la *Confederación Científica de la Vía Láctea* de 1003d.G. (Greg-2567) no hubiera sido posible, ni probable⁸.

Durante la rápida reconfiguración de la política solar y las prioridades científicas de desarrollo causadas por la absorción de la ciencia extra-solar, la meta-revista llegó al punto más alto de su influencia. Su más recordado éxito fue la promoción del movimiento que logró implementar el *Calendario Solar Unificado* de 1000 d.G. (Greg-2564), estableciendo como el año cero el del nacimiento de *Galileo Galilei* (1656 en el entonces todavía vigente calendario gregoriano), que hoy por desgracia sobrevive únicamente en algunos planetas y asteroides-estados del *Conglomerado Thoureauviano*⁹. Sin embargo, este desarrollo, por el que la meta-revista es recordada con frecuencia, encubre otros éxitos, mucho más importantes en sus consecuencias, durante el siglo 11.

A pesar de la creciente presión de las compañías que colonizaban el área jupiteriana, y las numerosas críticas que empezaron a evidenciarse desde diversos frentes, la meta-revista mantuvo su tradición de apertura durante los cambios socio-genómicos que se desarrollaron a continuación. Fue la primera meta-revista científica que designó a un homo-neandertal como editor en 1004 d.G. (Gre-2568), y apoyó el decisivo caso judicial intergaláctico que le otorgó derechos de consciencia plena (estatus de persona) a los homo-cetáceos y los homo-caninos en 1005 d.G. (Greg-2569). Su apoyo incondicional al multi-especismo también fue crucial para expandir los derechos de conciencia plena a los homo-marsupiales, homo-paquidermos y homo-felinos en 1007 d.G. (Greg-2573) y elaborar la *Declaración Universal de los Derechos de los Seres Sensibles* en el año siguiente¹⁰. Además, fue la primera meta-revista en producir subrevistas hermanas multi-sensoriales en lenguajes no-broquianos (incluyendo lenguajes feromónicos), lo que eventualmente permitió la creación de otras meta-revistas científicas y no científicas en toda la variedad de lenguajes solares. A pesar de toda esta larga y coherente trayectoria de reivindicación de los derechos homo-quiméricos, algunas asociaciones pro-quiméricas radicales, en especial *La Liga de Roedores*, y *La Coalición de Paquidermos*, que vieron frustrados sus intentos de excluir la ciencia homínida de la publicación, nunca aceptaron la oferta de crear meta-revistas hermanas en sus lenguajes, y desde entonces han denunciado sistemáticamente a la meta-revista como un instrumento de legitimización de la expansión y hegemonía homocéntrica.

No obstante ésta, y otras controversias, la clausura de la *Meta-Revista Interplanetaria de Minería Asterooidal* puede sólo interpretarse como un ataque deliberado al multi-especismo. El anuncio está disponible sólo en lenguajes homo-

⁸ Debe recordarse que las civilizaciones de la Vía Láctea iniciaron su primer contacto con las civilizaciones de base terráquea en 620 d.G. (Greg-2184), pero luego impusieron una veda de transferencia científica ante la imposibilidad de llegar a acuerdos para salvar al planeta Terra de la destrucción casi completa de sus hábitats naturales.

⁹ Desgraciadamente, poco tiempo después de que lograra imponerse, las compañías leviatánicas cambiaron a una medición de la cronología solar basada en el calendario fordiano, que conmemora el nacimiento del prócer y santo levitaniano Henry Ford en 299 d.G. (Greg-1863), lo que, a su vez, indujo que otros asteroides-estados no alineados también cambiaran sus calendarios. En la actualidad existen 16 diferentes calendarios en uso dentro de la órbita de Neptuno.

¹⁰ Firmada entonces por la mayoría de las compañías-estados del *Sistema Solar Interior*. Como veremos, fue repudiada por *China-Cola* y *Nueva Australia* en 1294 (Greg-2858)..

sapiens tipo Broca-I. Además, el comportamiento del *Papa Urbano MVIII* desde su ascensión sugiere que puede haber otros motivos más oscuros detrás de la innoble decisión de cerrar el acceso a una de las fuentes claves para entender el desarrollo de la ciencia solar en los últimos cuatrocientos años. De hecho, como veremos a continuación, puede argumentarse que ésta es una maniobra deliberada para reescribir la historia científica de nuestro sistema planetario, y así extender el culto a la personalidad del nuevo Papa.

Contenido del Mensaje. Sección 4: Una breve biografía no autorizada del Papa Urbano MVIII.

Código: δ1298Sagg23mondragón44FCSS70ñ-ΦΩ-CM-4-obl

Nacido en el asteroide troyano provincial de *Abbott Point*¹¹ en 944 d.G. (Greg-2508) bajo el nombre de *Nikita-Mustafa Arredondo-Li*, el *Papa Urbano MVIII* obtuvo su primera reencarnación en la sede *LA Broken Hill* de la *NAMC* cuando sólo tenía 99 años. Inició su carrera corporativa como un técnico cerebral de segunda categoría, y formó parte del legendario grupo científico de la compañía que introdujo los nano-tubos de carbón con esqueletos axónicos de platino e iridio en los cerebelos cuánticos GJ-88, el modelo en el que se basan la mayoría de los cerebelos cuánticos de reencarnación individual en uso en la actualidad. A medida que fue ascendiendo en su compañía, sus pretensiones de haber sido el líder del exitoso proyecto de investigación aplicada fueron haciéndose más evidentes. Una mirada más detallada a las publicaciones científicas de la época, rescatadas de la *Hemeroteca Pansolar del Asteroide Mondragón*, y de repositorios de las sedes no intervenidas de la *Universidad del Espacio Exterior*, muestra, sin embargo, que *Arredondo-Li* era el tercer o cuarto autor en los artículos publicados por el grupo de investigación, y que no era el líder del equipo que realizó el crucial descubrimiento. En algunos de los primeros artículos figura incluso como un técnico. Después de que la *New Australia Publishing Company*¹² comprara los derechos de publicación de las meta-revistas *Reencarnación* y *Transhumanismo*, *Naturaleza de la Longevidad*, *Posthumanidad*, y *Ciencia Neuroresurrectiva*, en donde se habían publicado los principales descubrimientos del grupo, todos ellos fueron borrados de sus hemerotecas públicas.

Una comunicación neuro-inducida en el volumen 368 de la *Meta-Revista Interplanetaria de Minería Asteroidal* era la única evidencia que quedaba del modesto rol que el futuro Papa había tenido en el famoso descubrimiento. El artículo resumía los procedimientos de implantación de cerebelos cuánticos en masas homo-quiméricas para la creación acelerada de mineros y personal de apoyo en la *NAMC* y tomaba una posición crítica sobre las precipitadas técnicas de crecimiento de la compañía. Creemos que el cierre de la publicación está relacionado en forma unívoca con las escandalosas maniobras realizadas por el *Papa Urbano MVIII* para reescribir la historia del

¹¹ Pertenece al campo griego de los asteroides troyanos de Júpiter, los primeros en ser colonizados y planetizados por la *NAMC*. En la actualidad, ha sido expandido considerablemente, tiene tres ciudades y un helipuerto interasteroidal, y ha cambiado su nombre por el de *Super-Asteroides Menzies*.

¹² El servicio oficial de publicaciones de la *NAMC*, creado en 1010 d.G. (Greg-2574), como una plataforma de acceso restringido para ciudadanos de la compañía-estado y sus aliados corporativos.

descubrimiento, ya que todos los testigos de su humilde rol en la creación de los cerebelos cuánticos, incluyendo los otros siete co-autores en los artículos, han sido purgados de las instituciones científicas y tecnológicas de la compañía. Sus cerebelos cuánticos fueron archivados definitivamente a través de decretos firmados por *Arredondo-Li* o sus cómplices, y otros decretos impidieron que pudieran ser reencarnados en cualquier compañía del *Imperio Homínido II*. La primera bula del nuevo Papa después de su ascensión los declaró herejes neuro-keynesianos, y ordenó la destrucción definitiva de sus cerebelos cuánticos¹³. Esto imposibilita, por supuesto, que puedan reivindicar sus nombres en el futuro, ya que junto con ellos han desaparecido de la conciencia solar muchos otros científicos que eran ciudadanos de compañías leviatánicas pero creían en la libre comunicación de los descubrimientos científicos.

Para entender en profundidad las razones detrás de estos ataques deliberados a la ciencia por alguien que quiere ser recordado como un prominente científico, es necesario repasar en más detalle la carrera corporativa del *Papa Urbano MVIII*. Entre todos los miembros del equipo científico que creó el cerebelo cuántico GJ-88, *Arredondo-Li* fue el único que accedió a crear una nueva versión compatible con la tecnología de crecimiento acelerado de cuerpos homo-quiméricos desarrollada entonces por *China-Cola*. Esto le permitió convertirse en el jefe de la *Sección de Transferencia de Tecnología* de la *NAMC*, y luego escalar en distintas posiciones administrativas cuando un nuevo equipo de investigación, liderado por él mismo (que ya no contaba con ninguno de los integrantes originales¹⁴), creó el cerebelo cuántico GJ-89, usado para acrecentar el capital cognitivo de la compañía durante la conquista de las Hildas. En su segunda reencarnación fue promovido a Jefe Supremo del *Directorio de Colonización de Nueva Australia*, y se le atribuye haber escrito el borrador del pacto¹⁵ con *China-Cola* que le permitió a las dos compañías (y sus compañías asociadas) ganar el control del *Directorio de Notables del Imperio Homínido I*. Esto resultó, entre otras cosas, en el casi completo monopolio de las compañías leviatánicas para la minería asteroidal y creación de nuevas granjas espaciales en el complejo Hildas-Schubart después de *Guerra L5 Jupiteriana*¹⁶.

Desde sus primeros pasos en la vida pública, el futuro *Papa Urbano MVIII* suscitó numerosas controversias. A pesar de ser el hijo vivíparo de un oficial homo-homo de la policía mental de la *NAMC* en *Abbott Point* y una de sus esclavas sexuales homo-bonobo, eligió reencarnarse como una entidad homo-sapiens pura. Cambió entonces su nombre a *Clive Joh Abbott-Palmer* y se negó a hablar nunca más lenguas primate-broca-

¹³ Se ha especulado que la destrucción se realizó con el propósito de impedir que las conciencias de esos científicos pudieran ser reclamadas como *patrimonio solar* por las compañías del *Conglomerado Thoureaudiano*, ya que éstas presentaron un caso de *habeas bona mens* en la *Corte Interestelar de Alfa Centauri* en 1142 (Greg-2706).

¹⁴ En la comunidad científica se especula que los miembros del desarrollo original de los cerebelos cuánticos GJ-88 fueron usados en los experimentos de reencarnación (mucho de ellos fallidos) en esta nueva fase de desarrollo de la tecnología. En otras palabras, pasaron de ser miembros del equipo de investigación a sujetos involuntarios de la experimentación. Sólo cuando los procedimientos eran seguros, el futuro Papa fue reencarnado.

¹⁵ Este pacto asignó de modo ilegal a *China-Cola* el completo control de la porción Schubart de las Hildas, asignada previamente por el primer Papa Solar, *Espíritu Santo LIII*, a las compañías asociadas con el *Asteroide Mondragón*.

¹⁶ Mejor conocida como la *Guerra de la Libertad de Expresión*.

II en público. Cuando fue acusado por la *Asociación Thoureauviana Ecológica de Chimpancés y Bonobos* radicada en *Liga Troyana de Walden* de especismo y supremacismo-sapiens, respondió simplemente que tenía derecho al perfeccionamiento moral. En una de sus pocas declaraciones públicas, su madre biológica, *Helena Agripina Abbott-Palmer*, quien también renegó de su configuración corporal homo-bonobo para ser reencarnada en una entidad homo-sapiens-pura, justificó la elección de configuración cerebro-corporal de su hijo como la única manera de ascender en las jerarquías administrativas de la *NAMC*. Esto es fue aún más necesario después de que él mismo cambiara las leyes de ciudadanía de la compañía, al convertirse en su *Capitán-CEO* en 1069 d.G. (Greg-2633), y requiriera que todos los subdirectores, prelados, alcaldes y oficiales con cargos directivos tuvieran configuraciones corporales y cerebros humanoides. En 1078 d.G. este requerimiento se extendió por decreto a todos los oficiales del servicio público de la *NAMC*, y hasta a los voluntarios de las instituciones de caridad que operaban en los predios de la compañía asistiendo la eutanasia de las homo-quimeras prematuramente envejecidas a las que se les había negado el derecho de resurrección por razones de conciencia¹⁷. El promulgar un decreto de sapiensitación tan amplio tuvo además numerosas consecuencias inesperadas, ya que excluyó a homocanguros y homo-emus de los rangos medios de la compañía, que habían ascendido a posiciones de poder durante la rápida expansión a las Hildas. Estos dos grupos eran importantes (en la percepción de los líderes homínidos) para controlar el ascenso social de homo-quimeras no autóctonas, que empezaron a organizarse políticamente durante el masivo incremento en migración quimérica a las granjas espaciales que proveían de ATP al capital sensible y cognitivo que colonizaba la zona.

Una lectura superficial de la historia solar podría argumentar que el decreto de *Arredondo-Li* erosionó en forma transitoria la base social de su poder. Cuando uno de sus tenientes homo-macacos a cargo de la flota espacial de la *NAMC* intentó aplicar las restricciones para excluir homo-marsupiales y homo-pájaros que rehusaban sapiensitarse en 1080 (Greg-2643) se produjo una masiva rebelión en los ejércitos novoaustralianos, que incluyó hasta a la guardia pretoriana personal homo-tilacina de *Arredondo-Li*¹⁸. Después de la insurrección, cuando, de acuerdo a las versiones oficiales, salvó su vida por milagro, se produjeron cambios estructurales importantes en los ejércitos. El hecho de que el ejército homo-neandertal de *China-Cola* lo rescatara en forma tan eficaz de su propia guardia pretoriana, sin embargo, sugiere que la revuelta fue planeada, y que fue usada como una excusa para purgar los altos mandos de posibles competidores y conspiradores contra su poder. Los homínidos y los homo-dingos reemplazaron a los homo-marsupiales en todos los cargos estratégicos, incluyendo la guarda pretoriana del futuro Papa, ahora compuesta principalmente de homo-neandertales y homo-dingos.

Para entender por qué no existía ni la más remota posibilidad de que *Arredondo-Li* fuera archivado por la asamblea de accionistas de *Nueva Australia*, como lo fueron tantos otros líderes que provocaron rebeliones innecesarias en las compañías leviatánicas, es necesario comprender que su dirección económica permitió que la *NAMC* se convirtiera en la compañía minera líder en el *Sistema Solar*. Su agresiva

¹⁷ El decreto también cerró la *NAMC Charity and Social Assistant Association*, una subsidiaria de la compañía que asistía a inmigrantes quiméricos a encontrar trabajo en los dominios de *Nueva Australia*.

¹⁸ Los historiadores solares coinciden en que ambas rebeliones estuvieron inspiradas en la famosa rebelión de los homo-pandas del ejército imperial de *China-Cola* en 1079 d.G. (Greg-2642).

política de amalgamación forzada, adquisición o destrucción de otras compañías o cooperativas de minería asteroidal permitió que en la mitad de los años 1070, el 70% de los materiales de construcción de granjas espaciales en las fronteras de expansión homínida fueran provistos o procesados por *Nueva Australia* o sus compañías subsidiarias. Esta proporción se incrementó de manera progresiva en la frontera entre Júpiter y Saturno, donde llegó casi al 85% en 1098 d. G., cuando la intervención de *Arredondo-Li* en los acuerdos para declarar Terra como una *Reserva Solar de Biodiversidad* aseguró que la compañía tuviera los derechos exclusivos de la planetización de Saturno¹⁹, adonde se transportaron los homo-sapiens y las homo-quimeras que todavía residían fuera del continente antártico en nuestro planeta madre. También es necesario comprender que la rápida expansión y amalgamación forzada de asteroides-estados previamente no asociados con compañías leviatánicas en el área griega del punto L4 joviano generó la necesidad de administrar un gran número de prisioneros, refugiados y rebeldes. Primero, éstos fueron derivados a cárceles contratadas en predios de compañías leviatánicas de segundo orden, como *Monsanto-Burma* o *K-mart-Colombia* asociadas entonces con la *Rama Ambrosiana* de la *Corporación Berlusconi-Vaticano*²⁰. Cuando el número de prisioneros aumentó de manera drástica por la creación del *Ejército de la Liberación de las Quimeras* en 1108 d. G. (Greg-2672), *Arredondo-Li* comprendió que la *NAMC* necesitaba crear sus propias colonias penales para sus prisioneros, y también para otras compañías que no se dedicaban a la minería asteroidal. Inició entonces la creación de cárceles de conciencia a lo largo y ancho de los dominios de la compañía, que implementaron un programa de investigación para reciclar y reentrenar mentalmente al capital sensitivo rebelde. Esto expandió en forma considerable el accionar de la policía mental de la compañía, que desarrolló y exportó las técnicas de asimilación cultural desarrolladas después de las rebeliones de los años 1070, temidas y admiradas a lo largo y a lo ancho del *Imperio Homínido I*. De hecho, puede argumentarse que la violación sistemática de la *Carta de los Derechos Quiméricos* por las policías de la *NAMC* y su cercana aliada *China-Cola* crearon las condiciones para la creación del primate-céntrico *Imperio Homínido II*²¹. Para esto, debieron luchar una guerra no declarada con la ya mencionada *Corporación Berlusconi-Vaticano*, la que, hasta entonces tenía el monopolio en las técnicas de reentrenamiento mental y reorganización cognitiva en la *Liga de Compañías Leviatánicas*. Algunos historiadores solares independientes aseguran que la creciente rivalidad entre el llamado *Eje del Placer*, compuesto por la *NAMC*, *China-Cola*, y sus aliados cercanos con la *Corporación Berlusconi-Vaticano* puede explicar la historia del renacimiento de la religión como brújula política en nuestro sistema planetario.

Bajo la mano de hierro de *Abbott-Palmer*, la *NAMC* también se expandió a otras áreas de actividad, además de la minería asteroidal y las colonias penales. En particular,

¹⁹ Lo que también generó otra controversia, ya que se decidió dismantlar los anillos del planeta para proveer del agua necesaria para los pioneros terráqueos que establecieron las primeras granjas espaciales en el área.

²⁰ Creada en 717 d.G. (Greg-2281) en el planeta Terra para combatir los innumerables milenarismos durante la *Penumbra Científica* con técnicas de neuro-entretenimiento. Se declaró heredera de la *Iglesia Católica Ecuménica*, pero en realidad era inicialmente una cadena de senso-teatros primitivos, combinada con una compañía de distribución de armamentos a través del *Banco Ambrosiano Tercermundista*.

²¹ Hay también muchos desarrollos paralelos en relación a la preservación del medio ambiente solar que no pueden ser desarrollados aquí. Véase nuestro panfleto *Religión, Minería Asteroidal y Biodiversidad Solar*, disponible en el portal telepático público de la hemeroteca central del *Asteroide Mondragón*.

la tecnología genital y el entretenimiento religioso se convirtieron en proyectos empresariales significativos del futuro Papa. *Nueva Australia* fue la primera compañía leviataniana que reemplazó todos los genes del punto-D²² con genes tantra-extáticos²³ en todo su capital humanoide y quimérico reencarnado, y forzó la conversión de todos los ciudadanos de categorías alfa y beta al *Cristianismo Tântrico*. Esto inició la llamada *Guerra de las Biblias*. La subsecuente absorción hostil de la cadena de senso-teatros *Lujuria y Sensibilidad*, perteneciente a la *Corporación Disney-Mónaco* en 1188 d.G. (Greg-2797) se ha vinculado a la necesidad de expandir el mercado del reemplazo de partes genitales y el proselitismo del *Dogma del Placer Irrestringido* entre las masas quiméricas hiper-sexuadas que se convertían a la nueva ortodoxia. La *Coalición de Anfibios y Reptiles* denunció que había convertido los senso-teatros (hasta entonces primordialmente sexuales laicos) de la compañía en oficinas de propaganda para el incipiente movimiento que apoyaba la *Biblia Tântrica*, responsable por el *Cisma de Ganimedes* al que se le atribuye la obliteración de la espiritualidad genética en el *Imperio Homínido II*.

Como sucedió en la década de los 1070 con las compañías de minería asteroidal, durante los años 1190 el conglomerado de compañías bajo el manto de la *NAMC* absorbió a las más importantes compañías de entretenimiento y proselitismo religioso. A pesar de sus conocidas posturas anti-quiméricas, durante el lanzamiento de su nueva cadena de distribución de *penes dobles de erección perpetua®* y *anos permanentemente lubricados® Arredondo-Li* declaró que había tenido una conversión religiosa, y que su conglomerado de compañías estaba abierto a hacer negocios con todas las compañías y estados libres del *Sistema Solar*, sin importar la configuración genética de sus directivos o la proporción de homínidos en sus directorios. Eventualmente, eso le permitió convertirse en el primer exportador de partes y juguetes sexuales en el *Sistema Solar* entre 1204 y 1209 d.G. (Greg-2768 a 2773). Sin embargo, la percepción de que los homínidos y sus fieles aliados mantenían el más absoluto poder dentro del ámbito de la compañía era el mayor obstáculo que la *NAMC* encontraba para vender sus partes sexuales fuera de su esfera de influencia directa, a pesar de su retórica de multiespecismo. Predeciblemente, los homo-marsupiales originarios volvieron a ocupar cargos de relativa prominencia en la *NAMC*, aunque se mantuvieron restricciones sobre los homo-emus, en parte debido a la creación de la beligerante *Coalición Apícola-Dinosauria Joviana* en esa misma época. Se permitió asimismo que algunos selectos homo-marsupiales fueran promovidos a la élite corporativa, especialmente en la frontera L3 de las Hildas, donde en 1216 (Greg-2780) una homo-echidna fue ordenado como obispa-gobernadora, a pesar de haber rehusado reencarnarse como una homo-sapiens públicamente al dictar una tantra-misa. En el mismo año, el primer homo-wombat fue promovido a general en el ejército novoaustraliano. No obstante éstos, y otros pocos contraejemplos ampliamente publicitados para crear la ilusión de la diversidad quimérica, la asimilación homínida después de reencarnaciones de promoción sigue siendo la norma en la *NAMC*.

²² También conocidos como genes de los neuromoduladores monoaminas, responsables por las catecolaminas que inducen experiencias místicas o espirituales en cerebros de base homínida.

²³ La mayoría son genes que maximizan el número de repeticiones polimorfas del receptor dopamínico RD4-1 en los exones III-htntr de los alelos 7+ homínidos.

Abbott-Palmer se atribuye también laureles como táctico militar. Durante la *Guerra de las Biblias* libró numerosas batallas contra la *Rama Castengandolfo* de la *Corporación Berlusconi-Vaticano*, que se declaró rebelde y se separó de las compañías leviatánicas. Sin embargo, su mayor éxito militar se debe en realidad a sus habilidades como empresario. Después del colapso de la *Bolsa Interplanetaria de Ganimedes* en 1283 d.G. (Greg-2847) sus tácticas bursátiles le permitieron comprar la mayoría de las acciones de su compañía archi-enemiga, la *Rama Ambrosiana* de la *Corporación Berlusconi-Vaticano*, la indiscutible compañía líder en la *Liga de la Religiosidad Recreativa del Sistema Solar Interior*. Después de muchas maniobras corporativas que contaron con el apoyo táctico de *China-Cola*, consiguió los votos necesarios de todas las compañías de entretenimiento y proselitismo religioso operando entre las órbitas de Marte y Júpiter, para ser declarado Papa Solar en 1285 (Greg-2849) en el *Concilio de Titán*. Poco después, durante el *Sínodo de Iglesias Terráqueas de San Sísino* en 1291 d.G. (Greg-2855), declaró anti-Papa al depuesto *Papa Espíritu Santo LV*, líder de la *Rama Castengandolfo* de la *Corporación Berlusconi-Vaticano*, que logró resistir sus intentos de absorción corporativa hostil e intentó volver a tomar el pontificado en la *Guerra Santa Jupiteriana*. Después de la derrota de las fuerzas castelgandofianas en la *Batalla de Nubes de Magallanes* en 1294 (Greg-2858), los pactos de capitulación obligaron al *anti-Papa Espíritu Santo LV* a exiliarse fuera del *Sistema Solar*, junto a todos los técnicos cerebrales de la famosa *Entidad*, la policía mental responsable por las loterías de resurrección quiméricas que la *Rama Castengandolfo* administraba. El *Papa Urbano MVIII*, ahora totalmente legitimado en su rol de *Unívoco Papa Solar*, declaró la creación del *Imperio Homínido II*, y repudió públicamente la *Declaración Universal de los Derechos de los Seres Sensibles*, argumentando que ahora que todos los habitantes del imperio eran iguales, el documento era innecesario²⁴.

Hay muchos otros desarrollos que podríamos enfatizar para mostrar el peligro bajo el que se encuentra la ciencia solar bajo el nuevo Papa. Para cerrar esta sección, y no cansar al perceptualizador de este panfleto, sólo nos concentraremos en tres:

1) La elección del nombre de *Urbano MVIII* es extremadamente preocupante. Es la primera vez desde el nacimiento del *Método Científico Tradicional* que el nombre de “Urbano” ha sido reciclado para nombrar a un Papa Homínido. El temor de que dañaría el libre intercambio de ideas científicas, que expresamos en el momento de su ascensión, se ha realizado en menos de dos años de su ascensión. Todas las sedes de la *Universidad del Espacio Exterior* residentes en planetas o asteroides pertenecientes a las compañías leviatánicas han sido intervenidas, y convertidas de forma sistemática en politécnicos de ciencias mineralógicas. En particular, sus secciones de *Historia de la Ciencia Solar* y *Transferencia de Tecnología* han sido cerradas, y los cerebelos cuánticos de los académicos que las operaban archivados.

2) Siete meses después de ser declarado *Unívoco Papa Solar* en la *Catedral Polihomínida de Ganimedes*, *Urbano MVIII* ha reivindicado la *Infalibilidad Papal*, repudiado la apología de la *Iglesia Católica Canónica* sobre el caso de *Galileo Galilei* en 428 d.G. (Greg-1992), y prometido implementar el calendario fordiano a lo largo y a lo

²⁴ Se presume que la *Rama Castengandolfo* todavía existe, y que ha colonizado un sistema planetario de la Constelación Virgo. Supuestamente, el depuesto anti-Papa se ha reencarnado en un homo-insecto al abandonar nuestro sistema planetario. Su inusual reencarnación se ha interpretado como un gesto simbólico para enfatizar su vínculo con las masas quiméricas crecientemente desatendidas en el *Imperio Homínido II*.

ancho del Sistema Solar, lo que fue interpretado como una provocación en el *Conglomerado Thoureauviano*.

3) Al justificar el cierre de la *Meta-Revista Interplanetaria de Minería Asteroidal* el Papa ha declarado que “la distribución gratuita de información tecnológica a nuestros enemigos ha terminado definitivamente”. Ante las previsibles críticas de aquellos con configuraciones homo-quiméricas no favorecidas en *Nueva Australia*, ha agregado que “los roedores, paquidermos, equinos y cetáceos deben dejar de quejarse siempre y estar agradecidos de haber sido humanizados”, ya que “sin la ayuda de los homínidos, estarían todavía matándose unos a otros en los pantanos del planeta Terra”.

Contenido del Mensaje. Sección 5: Un llamado a la acción.

Código: δ1298Sagg23mondragón44FCSS7θĩ –ΦΩ-CM-5-obl

Invitamos a todas las conciencias solares libres a unirse a una *protesta mental interplanetaria* liderada por la *Meta-Revista Equina de Minería Asteroidal*, una revista hermana de la publicación cerrada hoy por el *Papa Solar*, para protestar en la forma más enérgica posible por su clausura, y exigir que se reabra de manera íntegra su hemeroteca pública. La protesta incluye una *objeción de conciencia colectiva* para exigir que los beneficios de la colonización espacial vuelvan a ser propiedad de todos los seres sensibles de nuestro sistema planetario, y no solamente de una minoría de homo-sapiens y sus aliados homínidos, marsupiales y caninos. El llamado a la acción ha sido apoyado en forma unánime por la *Fraternidad Eusocial Interplanetaria* (y su revista hermana *Reciclado Asteroidal para Insectos Sociales*), así como la *Liga Felina*, la *Confraternidad Porcina*, *Bovina* y *Camélida*, la *Red Argonautoidea-Octopoidea* y la *Coalición Apícola-Dinosauria* (así como sus meta-revistas científicas asociadas).

La Ciencia no se reduce a la *Ingeniería Inversa de la Tecnología Extrasolar*, a crear nuevas formas para minar los planetesimales de la *Nube de Oort*, o a simular un mejor orgasmo con nuestros favoritos porno-divos o divas. La Ciencia es una actividad legítima de todas las especies del *Sistema Solar*. Nos ha permitido llegar a los más inhóspitos lugares de nuestro sistema planetario y nos está permitiendo expandir nuestras civilizaciones a estrellas vecinas deshabitadas en el *Brazo Perseo* de nuestra galaxia. Además, nos ha ayudado a superar el camino hacia la autodestrucción inherente en las culturas *Hobessianas Anti-Ecológicas* y *Anti-Cooperativistas* que convirtieron nuestro planeta madre en un basurero irrecuperable. Les rogamos a nuestros colegas científicos, independientemente de su configuración quimérica, que se alcen a defender la *Ciencia Ortodoxa Clásica* en este momento crucial en la historia de la inteligencia solar.

La *Meta-Revista Cetácea de Minería Asteroidal*, una publicación independiente que reside en el Asteroide Mondragón desde 1213 d.G. (Greg-2777) ha producido un senso-documental sobre la *Historia de las Meta-Revistas de Minería Asteroidal* para ejemplificar lo más valioso de las *Culturas Terraqueas Thoureauvianas*, la tolerancia multi-especista. El senso-documental contiene además neuro-videos triplemente anonimizados con una cronología de los desarrollos de la *Ciencia Solar Independiente*, que permitirán obtener una visión balanceada de la contribución de los homínidos a la explosión de la inteligencia multi-quimérica. Los materiales pueden ser accedidos telepatizando el archivo de la *Red Ecológica Delfínica Phi-∩*, donde también pueden

obtenerse copias de los documentos censurados por el Papa Urbano MVIII, incluyendo la *Declaración Universal de los Derechos de los Seres Sensibles* de 1032 d.G. (Greg-2596), el *Pacto de Sostenibilidad de las Iglesias Terráqueas* de 659 d.G. (Greg-2223) y la *Declaración Solar de los Derechos Quiméricos*, redactada el año pasado en el *Asteroide Mondragón*.

Si unirse a nuestra *protesta mental interplanetaria* no compromete sus futuras posibilidades de reencarnación, invitamos a todos los científicos o simpatizantes de la ciencia pura a apoyarnos, como lo han hecho colegas de todas las configuraciones quiméricas en nuestro sistema planetario. Invitamos asimismo a redistribuir este panfleto entre sus colegas, sean éstos personas físicas o digitales. Sin embargo, si el apoyo público a esta causa podría potencialmente limitar el ejercicio de la *Ciencia Ortodoxa Clásica* en su área de influencia, o convertirlos en sospechosos para la policía mental homínida, los invitamos a esperar hasta que acciones más decisivas que unirse a una protesta mental sean requeridas en los turbulentos tiempos que sin duda se avecinan.

Fin del mensaje δ1298Sagg23mondragón44FCSS7θĩ –ΦΩ.

Platypus

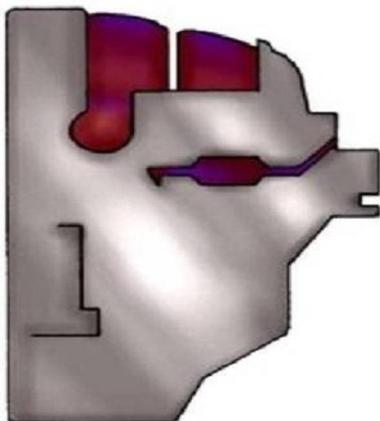
Mario Daniel Martín

Nació en la ciudad de General Güemes, provincia de Salta, República Argentina. Es Licenciado en Matemáticas y Doctor en Lingüística. Actualmente trabaja como catedrático de lengua y cultura hispanoamericana en la Universidad Nacional de Australia en Camberra. Además de artículos académicos, ha publicado libros de poesía, cuento y teatro en Argentina. En el ámbito de la ciencia ficción, ha sido declarado finalista en el Premio Andrómeda 2008, y el Concurso de relatos de Ficción y Ciencia organizado por la Universidad de Málaga en 2012. También ha publicado cuentos en las revistas Axxón, Próxima, MiNatura, Alfa Eridiani, Tiempos Oscuros, Planetas Prohibidos, SciFdi y Cosmocápsula. Su primera novela de ciencia ficción, *Piratas Genéticos*, fue publicada por Ediciones Ayarmanot en 2015.

<http://www.tercerafundacion.net/biblioteca/ver/persona/25766>

Algunos de nuestros colaboradores

T
E
R
B
I



Juan José Aroz

editor **espiral** ciencia ficción

Apdo. Correos 6064, 48012 BILBAO

<http://aroz.izar.net> aroz@izar.net

La difusión cultural sin ánimo de lucro tiene su principal apoyo en los pedidos de los lectores aficionados al género. Si quieres ayudarnos en la tarea de promocionar a nuestros escritores, suscríbete a la colección. La suscripción o petición de números por

Ingreso/transferencia en Caja Madrid

Nº cta. 2038.4213.20.3000310808

T
E
R
B
I



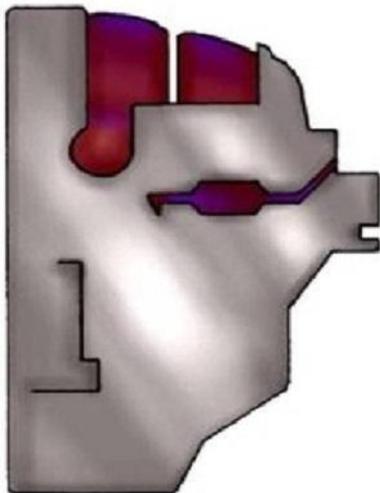
Mariano Villarreal

Administrador del portal **Literatura Fantástica**

<http://literfan.cyberdark.net>

Es administrador del portal web *Literatura Fantástica* y miembro de la AEFCFT, de la que fue administrador de los Premios Ignotus durante cinco años. Ha sido seleccionador de las antologías *Fabricante de sueños 2000* y *Visiones 2006*, ha colaborado en diversos medios especializados (*BEM*, *Solaris*, *Hélice*), desarrollado la línea de ficción del sello PortalEditions durante un año, además de ser jurado en varios premios como el Xatafi— Cyberdark de la crítica especializada en literatura fantástica, El Melocotón Mecánico, Los Sueños del Espantapájaros y el Astro de Ficción Científica.

T
E
R
B
I



Ángel Rodríguez

Fundador del primer grupo escéptico *Alternativa Racional a la Pseudociencias*. Organizador y fundador del primer grupo de estudio de la obra de un autor de ciencia ficción español en España **Amigos de Ángel Torres Quesada**. Coautor del fanzine **Mundo Olvidado**, que se entregaba junto al fanzine “El Fantasma”. Colaborador de **Augusto Uribe** en el listado de bolsilibros de ciencia ficción así como la ordenación de las obras de Torres Quesada junto a Uribe y Cidoncha, también colaboró con varias críticas a libros en las hojas de Uribe. Miembro desde casi su fundación de la tertulia de Bilbao TERBI.

Seleccionador de **Fabricantes de sueños 2006**.
Colaborador de varios autores, revisando sus originales.



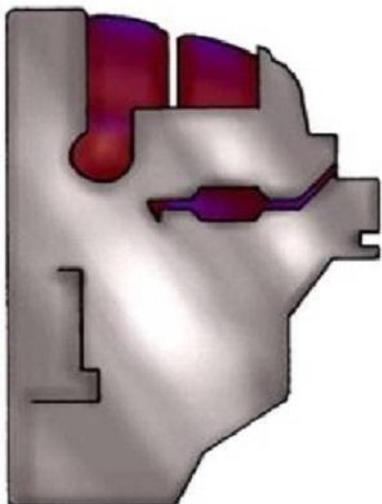
Alt64 es una asociación afín a la TerBi, cuyo principal proyecto es la construcción de una enciclopedia on—line sobre ciencia ficción.

La enciclopedia, en formato wiki y bajo licencia GNU FDL, está abierta a la colaboración por parte de todo aficionado que lo solicite. Sus contenidos abarcan desde biografías de los autores y comentarios a sus obras (sean literatura, cine, televisión o cómic), hasta artículos acerca de la propia ciencia ficción y conceptos fundamentales dentro del género.

Actualmente cuenta con más de tres mil artículos y ha recibido cerca de diez millones de consultas en los últimos seis años

Su dirección web: www/alt64.org/wiki/

T
E
R
B
I



Joserra Vila

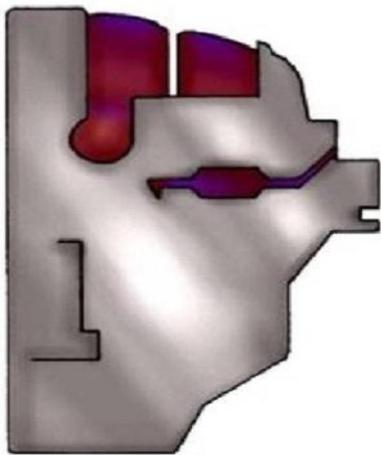
El primer relato publicado de Txerra fue *Su seguro servidor* en la revista electrónica Axxon nº 162 <http://axxon.com.ar/rev/162/c—162cuento5.htm>.

Más tarde ha publicado en papel *Generación espontánea*, en la antología GRAGEAS, Cuentos breves de todo el mundo (Ediciones Desde la Gente), *Ne frustra vixisse videar* seleccionado para Mundos desconocidos (**Libro Andrómeda**), *Tafiofobia* seleccionado para el **Visiones 2008** (AEFCyT).

Recientemente, ha ganado el **II premio Cryptshow Festival** en la modalidad Ciencia Ficción con el relato *Frías máquinas, almas de metal*.

Se pueden encontrar algunos de sus relatos en el blog: <http://txerra—desdeelrinconoscuro.blogspot.com/>

T
E
R
B
I



Ricardo Manzanaro

Mantiene un blog sobre actualidad de literatura y cine de ciencia—ficción: <http://notcf.blogspot.com>

Colaborador de “**Literatura Prospectiva**” donde tiene una sección sobre próximos estrenos y otra sobre novedades literarias en EEUU:

(<http://www.literaturaprospectiva.com>), así como en BEMonline (<http://www.bemonline.com>)

Escritor de relatos de ciencia—ficción y terror de corte humorístico, tiene publicados numerosos en diversas webs. Se puede acceder a ellos en el siguiente enlace: <http://relatospublicados.blogspot.com>



ACTIVIDADES E INICIATIVAS DE LA TERBI



TerBi, Asociación Vasca de Ciencia Ficción, Fantasía y Terror

<http://terbicf.blogspot.com> terbicf@gmail.com

La TerBi es una asociación cultural sin ánimo de lucro. Nuestro objetivo principal es la difusión del género fantástico en sus diferentes medios, principalmente el literario. Este año cumple su 20º aniversario celebrándose sin interrupción.

La TerBi se reúne el primer viernes laborable de cada mes, a las 20.00 h. en el Aroaldi, (Elcano, 24). La tertulia está abierta a todo el mundo, así que si te gusta el género fantástico eres bienvenido a tomarte un café con nosotros. Estaremos encantados de conocerte. Puedes contactar con nosotros en terbicf@gmail.com

Fanzine de la TerBi La TerBi edita dos números al año de su revista electrónica, la cual incluye relatos, artículos entrevistas y más. Se puede descargar en: <http://terbicf.blogspot.com.es/>

Grupo de Facebook de la TerBi Hay un grupo de Facebook de la TerBi con notable actividad. Todos los días se publican noticias, se informa de novedades literarias o se incluyen enlaces de interés para el aficionado a la ciencia-ficción.

<https://www.facebook.com/groups/60167318666/>

Certamen de relato temático Ya se ha convocado la quinta edición del Certamen TerBi de Relato Temático. Se piden relatos cortos de corte fantástico que traten sobre un tema concreto. Esta quinta edición el tema es “Mundo envejecido”. Las bases se pueden leer en: <http://terbicf.blogspot.com.es/2014/10/v-premio-terbi-de-relato-tematico.html> El autor ganador del certamen recibe un trofeo especialmente diseñado para el certamen. Se pueden leer los anteriores ganadores y finalistas en el fanzine de la TerBi: <http://terbicf.blogspot.com.es/>

Taller literario de la TerBi La TerBi mantiene un taller online de relatos a través de un grupo de Facebook. Mensualmente se propone un tema, acerca del cual debe tratar el relato. Los relatos publicados son comentados por el resto de los miembros del taller. Está abierto a cualquier aficionado a escribir relatos de ciencia-ficción. El enlace es: <https://www.facebook.com/groups/1375355086037758/>

Canal de la TerBi en YouTube ¿No has podido asistir a las **Jornadas TerBi**, la Tertulia Bilbaína de Ciencia-Ficción? En éste enlace puedes ver todos los videos de sus actividades. Bienvenido al Universo Alternativo de la TerBi. www.youtube.com/user/TerBiCCFF



¿QUIERES SABER MAS...?

NOS PUEDES ENCONTRAR EN:

<http://terbicf.blogspot.com/>

<http://notcf.blogspot.com/>

En el Grupo **TerBi** de Facebook

**Y puedes ver nuestras Jornadas en el
Canal TerBiCF de YouTube:**

[HTTPS://WWW.YOUTUBE.COM/USER/TERBICFF/VIDEOS](https://www.youtube.com/user/terbicff/videos)

